

La Firma (reescribiéndola)

Dabone (Lucio)



Capítulo 1

CAPITULO I.

Dale, arrancá de una vez:

Hola...

No estoy seguro de contarles esta historia.

¿Tímidamente? ¿Sos joda?

Ni siquiera ahora mismo, con mis dedos dubitativos buscando las palabras adecuadas sobre esta pantalla.

Siento, sin embargo, una especie de necesidad por llevar a cabo la siguiente narración.

¿Debido a...? Ojalá fuera sencillo de explicar.

¿Instinto? No sé. Pero... ¿Instinto en qué? Nop. Mmmm, no creo.

¿Sacar hacia el mundo algo que me quema dentro, y así sentirme mejor? Quizás. Egoísmo, hay mucho de eso en mi accionar creo.

¿Miedo? Creo que también es más que influyente en mi caso particular.

Sea como sea, ustedes juzgarán por sí mismos conforme mis letras, lo que creo pasó, fluya lo más objetivamente posible (o no) en este intento de crónica.

Vamos, basta de blabla...

Casual day. Viernes. Día de "las peores tareas", traducido en mi organización. Dejabas lo que hacías, sea lo que sea, y ipum! ... a ponerle garra al trabajo sucio. Te podía tocar desde oficiar de cuasi cartero a acabar en un meeting sin sentido de seis horas (ininterrumpidas) de duración.

La superioridad dicta: archivar. Manos a la obra. Ya de camino a los galpones que se hallan al final del predio, recordé, no sé por qué motivo, una apuesta que hice hace unos días con ese amigo que todos tenemos en

nuestro lugar de trabajo. El fiel. El que no te tira si estás engordando o jode con que hace medio año que no salís con una mina.

Consistía en identificar el autor de alguna novela, cuento o poema, con la condición que el texto propuesto, extraído de alguna de sus obras y sin exceder una cantidad cierta de palabras (50 en nuestro caso), no sea fácilmente hallada con el matabobos moderno, Google. Nos intercambiamos fragmentos y el otro debía ensayar la respuesta. Cosas que hace la gente cuando se aburre, ¿no?.

Lo cierto es que pensaba en Cortázar. En su "se puede vivir sin pensar". Qué frase tan cierta. Bueno, es que, a decir verdad, el trayecto se hizo eterno. ¿Adivinaría mi colega el autor y la obra? Facilongo se la estaba dejando che.

"El artista es responsable sólo ante su obra. Será completamente despiadado si es un buen artista. Tiene un sueño, y ese sueño lo angustia tanto que debe librarse de él"

Esa la sé. Faulkner.

Vuelvo a la labore. Menos mal que no me hallaba solo: el bulto acarreado se encontraba bastante pesado, dificultando su traslado.

-Vamos, ayúdame con ese lado, sostenlo fuerte. Del resto me encargo ¿Lo tienes? Bueno, a las tres. Uno, dos, y itres! ¡Arriba!- me dijo mi compañero, que aclaro no es la misma persona que antes señalé.

-Demonios, ¿cuántos kilos tiene esto? ¿Y ahora?- dije mientras acomodaba mi cabello de lado. Advierto que mi decir es poco serio, quejándome cuando la mayoría de la fuerza no la hice yo.

-Déjame pensar un poco. Mmm...- se rascó la nariz.

-Si pudiéramos hacerlo llegar a esas maderas, podríamos transportarlo más fácil. Como si fueran rieles, ¿me entiendes?- gesticulé un poco mientras lo dije, aparentando conocimiento de causa.

-¡Bien! Puede ser una buena idea. Bueno, este lugar está lleno de porquerías. Quizás hallemos alguna sogá o una barra para que no se nos escape de las manos. ¡Ay ay! Algo es seguro, ratas y arañas sobran.- miró alrededor muy atentamente.

-Hubieses traído ese gato flaco y horrible que anda merodeando cerca del despacho de Gutiérrez, se hubiese hecho un banquete en esta pocilga-

-No está taaan delgado ni es taaaan feo, ja ja ja. Ah, y es ella y no él: una

siamés de raza.- lo hice reír.

Es un gato más feo que bostezo de hamster.

-Siamés... seguro... mmm... Siamés cruzado con zorro. Como sea, es un animal muy pero muy desagradable a los ojos. Y arisco... corrijo, arisca. Para colmo. Meta meta, apurémonos, no contamos con mucho tiempo.-

El viejo depósito era el último bastión de porquerías de la empresa. Un basurero bajo techo. Enorme, de unos treinta metros de largo y aproximadamente la mitad de esa distancia en su ancho.

Se hallaba plagado de estanterías y cajas, así como de mobiliario antiguo, en condiciones de extremo abandono. Se podían observar en algunas de aquellas unas chapitas con el logo identificatorio de la LA FIRMA, sumado a un código numérico, supongo de inventario.

Siempre creí que los archivos eran una cosa innecesaria. Con ello me refiero a lugares como éste, repletos de documentación almacenada por años sin otro fin específico que no sea el de desperdiciar recursos... digo, ¿qué otra cosa hacer salvo la posibilidad de hallar algún papel relativo a un impuesto no prescrito o a las necesidades de algún sabueso auditor se puede hacer allí? Descripción precisa: juntadero de desperdicios.

Que se yo. Digo nomás. Es sabido que en determinadas organizaciones se tomó la decisión, acertada por cierto, de trasladar a formato electrónico aquella información que podría ser utilizada o buscada en el futuro; en cuanto a la restante, pues, derecho a reciclaje. Este no es el caso aquí, de seguro, ja.

La iluminación del lugar también dejaba mucho que desear. Esas viejas lámparas colgando desde lo alto del techo van quemando bombillas de a dos o más por año, y el recambio no cuenta con el mismo promedio. Incluso la araña espléndida sobre lo que otrora fue un bello escritorio de dalbergia, no solo ha perdido su color original sino también su luminaria lujosa. La reemplazaron con tres focos ordinarios de 60 watts cada uno. Olvidate, ileds ni ahí! Otro desperdicio. Desde el centro, un espiral finamente decorado, se desprenden cinco brazos como si fueran ramas de un árbol, las que a su vez se ramifican en extensiones que terminan entrelazándose entre sí. Notablemente bella, cuanta con una indudable mezcla de rasgos románticos y modernos (en mi parecer): francamente no sé demasiado al respecto como para opinar con fundamentos, pero algún que otro documental he mirado. Digamos que, sin faltar a la verdad, una veintena de ellos. Ja. Benditos canales de la H y de la D... puedo decirles que esa araña es una auténtica obra de arte.

El olor a vaho invadía todo el ambiente. Las anchas paredes yacían cubiertas de humedad, con parte de la pintura blanca que se despegaba de a grandes trozos. El piso, en los bordes con los muros, tenía sobre sí capas de sus restos pétreos. Siempre tuve esa manía de arrancar manualmente pedacitos de mampostería, cuando eran corroídas por el paso del tiempo y las filtraciones de agua. Desde chico me encantaba, es decir, aún me encanta, quitar lentamente y con mis uñas si es posible, ese polvillo debajo de pintura levantada... este sitio hubiese sido el paraíso terrenal para dichos fines. Es un hecho. Esta vez, me contuve.

Los detalles, no sobreabundes.

Es mi relato y por algo lo hago, ¿no?

Prosigue entonces...

Mi compañero transpiraba debido al peso que habíamos trasladado. Lo hacía copiosamente. Las gotas caían rodando a través de su cara ovalada. Jesús Weiss fue, y es, buena gente. Alto, rubio, de ojos azules y de una caja torácica gigante, se podía definir como el modelo de compañero que cualquier persona desearía tener. Descendiente de alemanes de la zona de Baviera, como él orgulloso afirmaba, dueño de un semblante serio y rasgos toscos, era, en mi opinión, la persona más trabajadora de toda LA FIRMA. Podía pasar horas y horas en sus labores, sin descansar siquiera unos minutos. Puedo dar fe de ello. Una auténtica maquinita.

Ambos teníamos puestos ropa de "trabajo", dadas las circunstancias. Jesús normalmente se desempeñaba en el área de transporte. En realidad, él era la rueda de auxilio de varios sectores de la organización, siempre relacionadas con "sus" puntos fuertes: robustez, resistencia, boca cerrada y... conducción de vehículos pesados. Era un excelente chofer, completamente atento, siempre con la mirada adelante y sin celular con el cual distraerse. Extremadamente cuidadoso en limpiar los parabrisas de los vehículos, Weiss controlaba más de una vez al día el aceite del motor, el nivel de agua, la presión de los neumáticos; manejando, chequeaba el tablero periódicamente sin mover la vista del parabrisas delantero, y por supuesto, cumplía a rajatabla su autoimpuesto requisito de tener el volumen de la radio bajo.

-Uno tiene que escuchar lo que pasa afuera de la cabina, en toda ocasión- solía decir a menudo.

En los minutos que relato y sobre manera en estas tareas tan "pesadas", me salvó el pellejo: no voy a andar con vueltas.

La mugre invadía cada parte de nuestros cuerpos. Movíamos algo pequeño, por ejemplo un trocito de madera del tamaño de un lápiz, y se desprendía tanto polvillo como el que hubiese dejado el paso de una

tropilla de caballos galopando ante nosotros. Vamos, no es gracioso.

Sí, lo es.

Quizás exagero un poco, lo admito, pero se trató de algo alevoso de cualquier forma. Finalmente pudimos, usando las tablas que mencioné (mi idea ah) llevar la carga a destino. Estoy plenamente seguro que pesaba más de cien kilos. Cien por ciento convencido. Así son las cosas en LA FIRMA: un día en el escritorio, otro día de mula; eres buena gente y les das una mano... ellos, los que mandan, te toman por el codo.

Me apoyé unos minutos sobre un pupitre descuajeringado. Luego de observarlo por unos instantes me pregunté: ¿Para qué lo habrán usado aquí? Estaba ya cansado. No me importaba que mi traste se llenase de un poco más de polvo. Sonó a que se hallaba próxima a quebrarse: el crujido hizo que me moviese instintivamente. Levanté apenas la cubierta: avizoré una especie de poster o mejor dicho, diagrama.

Le quité algo de polvo. Se trataba de un mapa de la parte conocida de nuestro sistema solar. Era viejo, aún Plutón era considerado un planeta y no un enano. Cómo yo lo había aprendido, sin noticias de Eris y compañía. Se desplegaba en tres y contaba con información detallada; fue editado en 1986 por una prestigiosa revista española de divulgación científica. Se lo mostré a Jesús, quien hizo un gesto con los hombros como significando "yo tampoco sé por qué demonios se halla eso aquí". Lo dejé de donde lo tomé.

Saqué la botella de gaseosa que tenía fijada en forma precaria a mi riñonera, aún no estaba del todo caliente. Se podía beber. Antes de tomar un regio trago, le convidé a mi compañero. Negó con su cabeza, mientras se secaba la parte superior de su cabello con un pañuelo que en otro momento fue blanco. Lo admiraba, sinceramente: seguramente si tuviéramos, ahora, que realizar una carga similar a la anterior, Jesús aceptaría sin problemas y continuaría sin beber líquido alguno; es como un robot, reitero.

Te salvó las papas.

Las llaves del candado, no las hallaba: palmé el bolsillo izquierdo sobre mi pecho y sí, las tenía yo. Salimos del encierro y tomamos un poco de aire puro. Obviamente, Jesús llevaba a cuestas el carro con el que trajimos la carga. Intenté conversar un poco.

-Tus cosas, ¿cómo van? ¿Todo en orden en el hogar?-

-Bien Jonathan, bien. Mi hija cumple quince el domingo que viene, así que

he trabajado algunas horas extras, por los gastos de la fiesta, has visto.-

-Entiendo amigo. De paso te felicito, no me imaginaba que estaba tan grande. Cuando tenga una hija, si se da, espero no ser todo lo celoso que me imagino. ¿No te habrá llevado ya algún "noviecito", no?- tal vez no debería haber hecho esa pregunta.

Siguió caminando, pero bajó la mirada, como sintiendo cierto pesar.

-Desde hace dos años que anda en esos asuntos, y la verdad no me gusta para nada. El chico parece bueno, responsable y bastante estudioso. Pero no estoy de acuerdo con relaciones precoces, con ninguna; menos aun estando mi Meli de por medio.-

Maldita sea con mi puntería. Para qué hablé. Traté de enmendar mi error:

-Hoy es muy común Jesús, y si su pareja es buen muchacho, no deberías de preocuparte demasiado. Igualmente, es normal que te sientas de esa manera.-

-Parecen adultos. Ambos son maduros, eso me tranquiliza. La primera vez que lo trajo a casa, fue sin previo aviso. Quedé más sorprendido que...- hizo sonar sus dedos - que las fuerzas aliadas en la batalla "del saliente", también llamada de las Ardenes...- lo miro sin entender nada de que dice.

Lo percibe e intenta aclarar: - Pasó a fines de 1944 e inicios del siguiente año, en la Segunda Guerra Mundial fue el último gran ataque alemán y halló completamente desprevenidos a sus rivales. Pero claro, los medios occidentales lo olvidan, se acuerdan solo de la operación Antropoide, es más lindo matar un alemán, se lo buscaron ah... Bueno, dejemos los detalles de lado -se da cuenta que no entro en sintonía- Decía, de la misma manera quedé yo. Casi me agarra un infarto.-

Olvidé mencionar que mi compañero era buen conocedor de la historia del país de sus ancestros, apasionándole sobre todo lo relativo a las dos grandes guerras del siglo veinte. Cuando algún tema de conversación le tocaba su espíritu, venía de él un comentario de las características del precedente.

Pasamos nuestros pulgares sudorosos por el láser para ingresar al área de las oficinas centrales y así continuar con nuestras rutinas. Entonces me pregunté a mi mismo (lo hago constantemente, no se alarmen): ¿Cómo, por todos los cielos, hay tanta seguridad en un sector y nada de ella en otro? Pensaba en los galpones donde había estado con Jesús antes: no hay muchas cosas interesantes para los amigos de lo ajeno allí, pero las medidas de control pasan de un extremo a otro, en relación a lo dispuesto

para este inmueble. No les debe interesar mucho la protección del galpón a los directivos supongo, o quizás presuponen que nadie va a ingresar a intentar llevarse la bella araña, un mueble sin chapita con posibilidad de restauración o algún documento archivado.

¿A ti qué te incumbe?

Ja, hasta podría interesarles que algo desaparezca de ese lugar. ¿Por qué no? Digo, las medidas de seguridad parecen dejarse libradas al azar en el archivo. Como sea, no... no me interesa entender la mente de los jefes . Por algo son lo que son. Bah.

Luego de lavarme la cara, las manos, y mirar en el espejo como mi pelo tomó la forma de Jim Carrey en Ace Ventura gracias al efecto de la amalgama de tierra y de sudor, me dispuse a ir lentamente hacia mi cubículo. The blank box (con n, no es un error) como la llamo. Don Weiss había tardado solo 37 segundos en hacer lo mismo que yo, desapareciendo de mi vista. Ya debía de estar trabajando al cien por cien de nuevo. Ni hablar.

Aunque te canses al llevar una puta caja al depósito.

Arrastré los pies, combinando cansancio y exageración. Enzo me miraba y se reía, con un café en su mano. Le puse cara de loco y le señalé mi cabello. Él largó la carcajada. Sonreí complacido. Me atrapa lograr dibujar una sonrisa en el rostro de las personas. Eso, en parte, soy yo. Ja.

Ojo, también tengo mi mal carácter: ocasionalmente, como todo el mundo; pero nada fuera de lo común.

Común o no común, esa es la cuestión.

Qué paz al fin. Lo bueno de los días anormales de labor es que uno se ahorra de escuchar todo el barullo proveniente de las oficinas. El cotorrerío de ellas, sobre todo. Ojo, todos cuando charlamos hacemos quilombo.

Ellas.

Hey, bueno, basta, no soy machista. Ahhh. Deberían de existir más días como éste. En condiciones normales, ese silencio que disfrutaba era absolutamente imposible de conseguir. No en este tipo de organizaciones, no en LA FIRMA: de ninguna manera accesible debido a la gran cantidad de personas que forman parte de la misma.

Forman, formaban.

¿Qué?

En tanto, mi vecino en la oficina ocupaba su lugar. Había de estar concentrado, casi no se escuchaba, pero sé que estaba allí al lado. Mis sentidos me decían que había traído el sándwich de milanesa con tomate de siempre, claro, por ese aroma que aún se apreciaba más allá que hacía horas la hora del almuerzo había acabado. El sonido de múltiples teclas a la vez, emitidas por los dedos de alguien que sabía bastante de mecanografía. Decidí saludarlo:

-Matías ¿cómo te trata este sábado?- le dije, sin verlo, desde mi cubículo.

-Cómo estás querido... Bien, intentando finalizar un reporte interminable. Utópico lo mío. Te perdiste las melodías que traje, mi hijo me grabó unos temas en el pendrive de algo de la música que te gusta, creo. Imaginate, llegué al décimo tema y bueno, abandoné. Tuve que volver a las fuentes. Esta vez recaí en Johann Sebastian.-

-Reportes por aquí, informes por allá. Te entiendo. Pero contáme, ¿qué estuviste escuchando antes de eso? ¿Cómo es, barroco no?- lo suyo era la música clásica, aunque no era necesario aclaración.

-Bach no es "lo barroco", sino lo inmortal, querido. Aguardame un momento que te lo paso por aquí arriba -golpeó la parte superior del separador y asomó su mano con el accesorio de memoria entre sus dedos pulgar e índice: yo lo tomé ansioso- Ahí lo tenés. Fijáte porque ni idea con los artistas ni con los nombres de las canciones que Tomás copió dentro.-

-Perfecto. Ahora mismo lo pongo en funcionamiento-

-Recordá que sigo renegando acá a tu lado, no te pases con el volumen estimado, si me hacés el favor- me dijo mientras el teclado no paraba de sonar.

-Tranquilo Matías, lo dejo bajito... bajito.- igualmente él se hizo el rudo, sin embargo para casi todo es un pan de Dios, así que sé que no me iba a reprochar en demasía si acaso se me fuera un poco la mano.

Silbando bajito.

Mi vecino de laburo, qué decir. Tipo alto, flaco, morocho y sin canas a pesar de su edad. Con el rostro alargado y los pómulos bien marcados, unas cejas anchas y la nariz respingada. Su voz es aguda, muy aguda. Es buen compañero, como ya he dicho uno de los pocos silenciosos, cosa que yo aprecio mucho. Dos por tres escuchaba música clásica, a un nivel apenas audible. Fana de andar en bicicleta, dos por tres me viene con cosas estilo "Ginettaccio fue más grande que Il campionissimo, ¿lo

chequeaste?"

Este año pudo terminar de recomponerse del divorcio de su esposa, luego de treinta años de matrimonio, cuatro hijos y toda una vida juntos. Hubo un tiempo en que se refugió en el alcohol, y pobre, no lo culpo. El olor con el que arribaba a LA FIRMA en determinadas ocasiones se hacía insoportable. Pero yo lo cubría, al hedor y a él, con mis aromatizantes de ambientes, cuando podía con un incienso suave y bueno... con alguna que otra mentira al supervisor. Códigos de compañeros, ustedes me entienden.

Me puse a trabajar mientras reproducía la carpeta 'Rock&vos' del pen, jeje, qué ingenioso Tomás. Pensaba: "Mamita, ¿y llegó a escuchar diez temas? Metallica, Megadeth, Iron Maiden, Black Sabbath, Deep Purple. Y si, Led Zeppelin, tenía que estar también. Éste, mmm... no cuadra tanto, pero me gusta Def Leppard... Ja. Aaah bueno, ¿The Darkness? Es un ejemplo de tolerancia el papá de este chico."

Matías fingió un poco de tos con su boca cerrada. Cierto, me había recalcado lo del volumen. Díficil con estos temazos. Reduje un poquitín el nivel de audio y continué cargando datos en mi base.

Forman, formaron parte...

¿Es una adivinanza?

Bueno, ayer y anteayer me pasé el noventa por ciento de mi tiempo con todo esto. Me queda mucha información por ingresar aún. Igualmente, ya describí demasiado de mi laburo. Estoy evadiendo lo importante.

Claro que lo hacés.

¡Dejáme en paz!

Es... es algo de lo que, por Dios, en verdad me arrepiento no haber sabido manejar.

Lo inevitable es que nos lo cuentes.

Shhhhh. Solo...

Solo necesito algo más de tiempo.

Por este día, fue.

Nunca.

Sigamos así, por ahora... Los dejo.

Claro, bitch, & rock on.

https://www.youtube.com/watch?v=xPMt_HQIpic&ab_channel=DefLeppardVEVO

Capítulo 2

CAPITULO II.

Creo aún no he dicho mi nombre. Déjenme revisar...

Ajá, a ver.

Tal cual, no lo hice hasta el momento.

Soy... bueno, me llamo Jonathan.

Como leyeron, soy empleado de LA FIRMA.

Uno más.

Uno más, uno menos.

Lo que importa no es quien soy, eso fundamenta en parte mi omisión. Es sustancial, sin embargo, lo que quiero contarles. Lo haré como pueda, con mis palabras: no soy un letrado ni mucho menos.

El día continuó. Si. Vuelvo al viernes. Mientras seguía renegando un poco, un poco bastante, con la sintaxis de algunos comandos de SQL, intenté descifrar los resultados que mis datos aportarían al programa. Estimé que podría aventurarme en alguna conclusión válida. Que se yo, algo que sume y aporte puntitos ante my boss. Ya les digo, lejos de Michael Scott. Ustedes saben... el mejor sticom de la historia. ¿No caen?

Las ventas venían en picada para determinados productos, y la inversa se aplicaba a los costos. Obviamente la situación no era acuciante debido a que los tres principales productos que LA FIRMA comercializaba se venían desempeñando como habitualmente lo hacían, esto es, con márgenes de rentabilidad superiores a la media del mercado de bienes similares. Fueron, son y serán los caballitos de batalla de toda la vida comercial de la sociedad, las ruedas de auxilio que nunca fallan. De vez en cuando los pseudo-emprendedores de marketing intentaban algo nuevo, pero normalmente no terminaba de funcionar. Así que se volvía en forma recurrente a fortalecer a los tres grandes.

Era difícil de entender cómo podía existir tanto contraste, numéricamente hablando, entre mercaderías de buena calidad y que digamos, tampoco era que contaban con características diametralmente opuestas. Ni siquiera

eso, sino que compartían similitudes varias. Sobre todo, el punto principal era que usaban la misma marca. ¿Entienden? En mercadotecnia se rasgaban las vestiduras discutiendo sobre diversas cuestiones relativas a las características de los consumidores y a la famosa psicología de ventas de por medio, entre otras. Ahora: ¿soluciones? Cero.

No es poco común lo que les cuento. En todos los ámbitos sucede. Es decir: la sobreabundancia de gente que dice saber "mucho", o que se llama a sí mismo genio, como el salame (argentinismo para... exacto, imaginaron bien) del subgerente de ventas, que se pasea con el libro de Goldratt bajo el brazo estilo pastor con su biblia. Estas personitas adoptan unos aires de grandeza tan enormes como el Amazonas. Se pasean de oficina en oficina mintiendo a gente supuestamente inteligente y capaz, que para peor, cree en sus intrincados monólogos. Llenos de bellas palabras, carentes de contenido. Eso seguro: de aplicar un poco sus conocimientos de teoría de restricciones y demás ramas de la T.O.C. para resolver este asunto, pues bien gracias. Alto nabo, pedazo de idiota. "Los que se enamoran de la práctica sin la teoría son como los pilotos sin timón ni brújula..." Ja.

Robbie.

Por desgracia y dejando de lado a Roberto (tal es su nombre), sin querer seguir insistiendo demasiado, ustedes saben que en el mundo existen miles de personas como él. Leen un poco de algo y creen que dominan la materia como si fueran doctores en ella. Ni hablar si tienen un título, universitario o no, como "escudo" para respaldarlos. La moda de aparentar más de lo que somos está firmemente establecida en la sociedad actual. Es una de las razones por las que siempre me digo que debí haber nacido en un tiempo anterior al que lo hice. Digamos, unos cincuenta años antes estaría más que bien. Adopto el "toda época pasada fue mejor". Por dos motivos fundamentales: primero, por eso años la gente no tenía tantas distracciones como hoy día. Segundo, la gente con menos educación no tenía oportunidad de, e intento ser cuidadoso en mis términos, mostrar sus defectos ante el mundo como si fuera una gracia o algo brillante, excepto solo si... dejaban de ser ignorantes y hacían algo verdaderamente útil, esto es trabajar duro y/o estudiar.

Se te ve la derecha en tu mente Jona.

Siento sus murmullos en mis oídos: entiendo que lo anterior puede ser entendido de mala manera eh, pero posta nada que ver. Se los aseguro. Digo que las redes sociales hoy día dan una sensación de poder e importancia a personas que de otra manera carecerían de los medios para obtener parte de aquello que creen poseer. Cualquier mediocre puede opinar en estos tiempos. Tema complejo. Si vamos a la educación lo es

más aún; que se yo, depende de tantos factores...

Sale de tu pecho la derecha pibe.

Ejem.. en definitiva soy de los que están seguros que cada uno elige y es responsable de sus decisiones tanto pasadas, en su presente y futuro. Punto aparte. Lo demás, excusas.

Hablale de meritocracia a un pobre, consultále su opinión.

Ok. Dejemos de lado por ahora mis ideas, a las que seguramente volveré en algún otro momento. O no.

Finalmente había logrado conseguir vencer la escritura exacta de comandos del server (los cerebros de Sistemas cambiaron a éste por la versión 2016, por eso mis problemas) y ya estaba terminando de cargar los datos en la base. Me encontraba agotado, pero no lo suficiente para abandonarme a convertirme en un zombie y meter a mi mente creativa en el ataúd. Ja. Lo hago a menudo, pero a veces lucho para no caer.

Tomé el viejo libro de Hillier-Lieberman y esos queridos apuntes que me quedaron de cuándo cursé la materia en la facultad, y los dispersé por mi escritorio. Hacía rato que no escuchaba las teclas desde el cubículo de Matías. Ya era tarde y Nolito, el sereno, me dijo que le avisara cuando me aprestara a dejar la oficina.

Quedamos solos, mano a mano, mis estudios y yo, ante la majestuosidad de la copia de la Composición Número 8 de Kandinsky que conseguí hace unos meses, colgada frente mío. Me decidí por aquella por sobre Amarillo-Rojo-Azul. Esta última me recordaba a alguien. Bueno, una chica... Melina, y no deseaba que mi corazón siguiera caminando en la oscuridad como cuando estaba con ella.

-Amigo Vasili, ilumíname- dije en voz alta. Miré el cielo, digo, el techo, suplicando.

Vale. Joder. Copy paste de un colega español.

Ese tipo, si, de tu misma calaña.

En general no puedo hacer dos cosas a la vez. Pero, tengo mis días buenos. Desde que sucedió lo que sucedió, me fue incluso más difícil concentrarme. Sobre todo en los primeros días. Fue así que ocupar la mente de ideas y recuerdos fue lo que me dio algo de resultado.

Mientras leía el libro y escribía algunas notas en el cuadernito que tanto atesoro, ese que si alguien toca pierde los dedos de su mano, una cosa llevó a la otra y... terminé intentando recordar la última vez que había

hecho un viaje largo, sin cuestionares laborales de por medio. Y la verdad, me costó demasiado tenerla presente.

Me he tomado mis vacaciones, obviamente, pero para descansar en casa o para viajar a lo de mi mejor amigo, que vive a unos ciento veinte kilómetros de mi ciudad. No empiecen con lo de aburrido, por favor. Demás está decir, luego de aquel inolvidable paso por Nueva York (y ver en ese estadio gigante una semifinal infartante entre Djokovic vs. el gran Roger)... pues... este... creo que con Flavio y Fabián nos tomamos esa semanita en Villa la Angostura el anteaño pasado, y no mucho más.

Si busco una razón específica de haber abandonado mis travesías, encuentro varias. Me compré el autito, Fabi se casó y perdió sus pelotas en consecuencia, mientras que el pobre de Flavio tiene un laburo (trabajo) muy jodido en todo sentido y nunca coordinamos las vacaciones suyas con las mías; Gonza no está en condiciones por ahora con el hipotecario que sacó: la realidad dicta que en estos días no le queda un mango. Y yo solo, para viajar... me da mucha fiaca (pereza; no puede evitar los usos de mi tierra).

Todo lo que sea hacer algo valioso te da por las pelotas.

Ok, concentración.

Volví entonces a la lectura. Programación lineal, simplex, sensibilidad, simulación, colas de espera, teoría de los juegos: cuánto me fascinan estas cosas. Ya ojeando el índice del libro aparece en mí esa voracidad por leer y poner la planilla de cálculo en funcionamiento. Varias de las horas que estaba frente al monitor las pasaba acompañado de fórmulas matemáticas. Otras tantas redactando informes. Y las menos revisando correos electrónicos: LA FIRMA tenía una estricta política de seguridad que solo permitía su utilización para cuestiones estrictamente laborales e internas. Para el contacto con los clientes, proveedores o socios, solo determinadas personas tenían autorización para efectuar o recibir comunicaciones de este tipo. En mi humilde opinión, excelente movida, si no fuera porque la gente de ventas tiene que, de manera constante, comunicarse con personas en el exterior de la empresa. ¡Cráneos!

Seguí dando vuelta página tras página, hoja tras hoja. Cuando de veras llegué a una parte compleja del texto, mi dualidad de raciocinio quedó trunca. Como es de esperar, cuando hay que concentrarse en un tema específico, pues uno debe ir al grano y ya. Adiós celular, hasta luego resto del mundo. Por ello hoy mencioné lo de las distracciones. Supongo que en algún futuro estaremos los humanos entrenados para usar libremente ambos hemisferios del cerebro o un mayor porcentaje de nuestra capacidad. Pero no ahora, al menos no la generalidad de la gente. No el

que escribe. En tanto, se hace lo que se puede.

Me metí de lleno entonces en descifrar lo que explicada el libro, y lo más complejo pero útil, tratar de aplicarlo a los negocios de LA FIRMA. Vale aclarar, y lo hago con timidez, el estudio al que actualmente estoy abocado excede los límites de mi trabajo diario. Están en lo cierto si se aventuraron a imaginar que solo se me paga por acciones rutinarias y aburridas. Al fin de cuentas, no soy el único. Y trabajar para el Estado es peor.

En pocas palabras, al igual que con Einstein (ustedes no me ven, pero hago una reverencia al pensar en él) en la oficina de patentes a principios del siglo pasado, mi jefe hace viste gorda a algunos detalles que luego, como a veces sucede, terminan en ideas que él expone como suyas y que no le pertenecen. Si, ison más! Pero Ricardo es buena gente y me otorga a cambio ciertos beneficios que el resto de mis compañeros no posee; qué más da, he de admitirlo ante ustedes.

Einstein. Sí, seguro.

No me malinterpreten, no es mi intención comparar lo que hago con el trabajo de un genio: lejos estoy de indicar algo por el estilo. Por mera curiosidad he hecho varios de esos test de coeficiente intelectual y ni siquiera estoy por encima de la media. Además, no estaría trabajando para LA FIRMA o escribiendo este pobre manuscrito caso contrario.

Pero bueno, cuando se trata de asuntos que a uno le tocan lo más profundo, es más fácil que la parte creativa emerja. Uno trabaja sintiendo mucho menos el esfuerzo, físico o... mental como en mi caso, y sobre todo uno siente gusto, algo de pasión en desarrollar esa tarea. No recuerdo ahora quien lo dijo, pero hay una frase del estilo que "si hacés lo que te gusta, debes intentar hacerlo por el resto de tu vida". Tal como les indico, no sé si la línea es idéntica o no, pero cuánta razón tenía... y tiene.

Avanti, dale.

Ya a esta altura quizás se pregunten ¿Continuará este cronista intentando probar nuestra paciencia con los detalles de su investigación? No señores/as, más adelante haré una explicación breve y espero que clara de los resultados de mis aventuras matemáticas.

Por el momento solo les diré que lo que he contado de mi persona es al solo efecto que conozcan una parte de lo que soy. Nada más, nada menos. Ok.

Ahora prefiero ir a lo interesante, al quid de la cuestión, al motivo del corriente escrito: el escuchar cosas que uno no debe puede resultar en

extremo peligroso.

Al fin.

Estar en el lugar equivocado es malo.

Estar en el momento inoportuno también.

Pero ambas cosas, a la vez, es una burla del destino.

Destino o no...

Ese día concluyó con mi salida de LA FIRMA sin avisar al sereno (pobre Nolito), dejando la computadora encendida y olvidando mi abrigo colgado sobre la silla. Aclaro, son habituales estas omisiones barra conductas en mi persona. Así que, nada... o sea, nada de otro mundo.

Nada-excepto.

Capítulo 3

CAPITULO III.

Contaba con la fortuna que mi departamento se ubicada a menos de un kilómetro de la empresa: así, con caminar unas pocas cuadras, me manejaba entre uno u otro destino sin dificultad. El único factor, digamos negativo, era que ante alguna urgencia laboral post horario normal, del primero que se acordaban era de... pues claro, de muá. Culpa mía, obvio: una vez me ofrecí, y... chau Jona, alpiste perdiste. Bueno bueno, siendo sincero, casi nunca me llamaban; en ocasiones me había tocado regresar a la oficina cuando ésta se hallaba desierta. Yo, chocho. No tan malo entonces, eh. Ja. Gajes del oficio, hay cosas peores.

Lo que yo llamaba mi hogar era en realidad un P.H. dividido entre tres dueños. El mío era el del medio, sin garaje pero con un patio pequeño con algo de pastito, al que no quise cubrir de cemento debido a mi Nina, una shar-pei pura, de esas petisas y pardas, que recibí de "rebote" ya que una compañera de laburo se había peleado con su novio y ya no deseaba poseer el obsequio recibido en su momento.

Mi casita-homesweethome tiene la cocina pequeña, un living un poco más grande y una habitación bastante espaciosa, gran parte ocupada por el sommier de dos plazas y media con el que me dí a mí mismo un gran gusto. ¿O para ustedes descansar bien no es primordial? Es que dormí por años en un colchón de 10 cm de alto, una plaza. Desde que lo cambié, me siento como en una nave espacial.

Era hora, miserable.

El baño no es muy amplio pero cuenta con una bañera, además de estar diseñado muy inteligentemente: hagas lo que hagas, muevas como se te cante moverte, nunca te golpeás con nada por falta de espacio. Joya. Ideal para mí, pues soy bastante bruto y suelo llevarme por delante objetos y partes de gente.

En la sala de estar tengo un par de sillones, bordó oscuro, y un tv plano pero no de los gigantes, pues nunca le presté demasiada importancia a mirar programas o eventos como para considerar adquirir uno. Uno caro, digo.

Miserable x 2.

Eso sí, mi notebook es un auténtico jet de propulsión. Ahora dicen que se fabrican a medida de los "gamers", pero no coincido... punto uno, siempre existieron los video-juegos pero no había una tecnología tan avanzada, y punto dos, no tengo ni siquiera el Pac-Man en mi compu y sin embargo necesito, en verdad necesito las prestaciones con las que cuenta, sobre manera para mis programas de grabación musical y para aquellos otros que realizan ciertos cálculos y análisis estadísticos.

Parte por laburo y parte por decisiones propias, es lo que tengo. Si, costó noches en el colchoncito fino, pero valió la pena. Hoy día, tengo un verdadero ejército de software matemático, y la mayoría adquirido, aclaro, no pirateado, como lamentablemente acostumbramos a utilizar la gran mayoría de usuarios en algunos países con tipo de cambios vs. u\$s horribles.

Tacaño. Y chanta, aparte.

Al acercarme a la puerta, escuché a Nina que comenzó a llorar desde adentro. Quise acortar su pena, pero no encontraba las llaves en mi mochila.

Bella Ninita. Qué puedo contarles de ella, a ver: la perrita es muy educada y silenciosa; casi nunca ladra, excepto que yo la moleste a propósito o que algún extraño toque el timbre. Inteligente, parece entender mis palabras. ¡Se los juro! Le hablo y me responde con un "guau" o "bou" inclinando su cabeza... A veces hace otros sonidos pero no soy bueno en eso de las onomatopeyas.

Oh sí, ¡qué diálogos los nuestros! Sé lo que están pensando: ok, no creo que todo lo que le transmito lo comprenda, está bien... pero sí, con seguridad, lo importante lo capta. ¡Y cómo!

Finalmente hallé la llave. Menos mal, Nina no podía más con su ansiedad. Abrí la puerta y dió, tal como acostumbra, un elevado salto, golpeando con sus manos en mi pecho y baboseándome la quijada entera. Es adorable mi can, jaja.

Froté mis manos sobre la parte superior de su cabeza, arrastrándolas sobre las orejas del animal, como a ella le gusta. No es de tener preferencia por lo suave, para nada. Je. Por lo visto la "señorita" ha estado pernoctando hasta hace poco en su sillón, ya que éste se encuentra calentito.

-iDormilona!- le digo, respondiéndome la dama con un breve movimiento de cola y posteriormente apoyando su manito sobre mi zapato izquierdo.

Además de muy lista, pues fue, es y será bastante artista.

Tenía que hallar la manera de quitarme el maldito embrollo de la cabeza. Del que, reconozco, apenas les conté. Es que me consumía, y les soy sincero, no pude vencerlo.

No me refiero a la rentabilidad de ciertos productos, sino "lo otro", ese tema que podría ciertamente definir como acuciante para mí. La verdad, no soy de contar mis secretos a nadie. Ni a mis amigos, ni a mi familia, ni siquiera a Dios (ateos, respeten mis creencias). Dicen que EL igualmente todo lo sabe.

En fin. Tampoco se imaginen que soy una tumba, pero todos nosotros, TODOS, tenemos algo que preferimos mantener bajo el velo del conocimiento de los demás.

Sin embargo, al grano: dadas las circunstancias vividas, y ante la posibilidad, que luego evaluaré ante ustedes en cuanto a su procedencia y certeza, de las consecuencias indeseadas que todo este quilombo acarrearía no solo en mí y en mi amigo, sino en la vida de muchas más personas, me veo francamente obligado a describir ciertos acontecimientos, dentro de los límites de mis escasas capacidades narrativas y conforme mi intento de ser lo más objetivo posible.

(***)

Todo comenzó en una noche, hermosa por cierto, en el casamiento de una de las jefas de LA FIRMA. Ella era una de las pocas mujeres con puesto jerárquico que había en la empresa. Como ustedes sabrán, y más allá del año que corre, el machismo sigue existiendo lamentablemente. Los pensamientos retrógrados, arraigados por siglos, no son tan fáciles de eliminar.

Marlene Guglielmi era una persona, ante todo, honesta. Delgada, de un metro y setenta de altura más o menos, cabello oscuro y piel extremadamente blanca. Tenía unas grandes pestañas que adornaban sus ojos pardos. En general su expresión era seria, pero era dueña de una bella sonrisa cuando hacía uso de ella. Su cabello era largo, siempre recogido: ese día especial había sido la excepción, dejando entrever unos pomposos bucles, al parecer naturales, de los cuales la mayoría de los compañeros de trabajo desconocíamos su existencia.

Marlene es, además, buena gente, muy compinche con los súbditos de su área, incluso teniendo esos días en que andaba pues... media loca. Nos pasa a todos, que más da. Lo interesante era que su rostro indicaba evidencias incontestables de su humor, por lo que podíamos huir a tiempo

antes de recibir algún comentario inadecuado o su mirada asesina.

En cuánto al "elegido", su marido, era un empresario de productos alimenticios de la zona. Dueño de una tranquilidad pasmosa, su carácter congeniaba perfectamente con el de su mujer. Lo conocíamos todos, de alguna que otra cena de la empresa o incluso cuando a causa de diferentes circunstancias se aparecía por la oficina (no a menudo, a ella no le agradaba aquello).

Aclaro, Eduardo compraba productos de LA FIRMA. Fue así como conoció a su cónyuge. Eso y esa "pata" o "gancho" que se necesita a veces para acercar a dos personas. Made in Fabricio, el de Recursos Humanos. Faltaba más decirlo.

Esa noche yo ensaba la forma notoria en el cual este tipo de eventos hace que la gente pudiente se luzca. Les encanta el careteo, es absolutamente cierto. Tirarse encima unos a otros los diferentes logros, viajes o bienes adquiridos en sus vidas. Estoy seguro, y no soy el único, que hay personas que se "preparan" y fijan sus expectativas para las ocasiones como la que les describo, donde puede hacer gala de sus dones y medallas en la alta sociedad.. Como si el resto de los días de la vida no importaran. Será falta de autoestima, será exceso de ego. No lo sé ni me importa, francamente.

Unos cuántos estaban meta sacarse fotitos con su celu. Ay. Selfie por aquí, selfie por allá. Seguramente con el agregado de un comenario boludo. Fuera de este ambiente y de manera similar, otras personas relatan sus problemas, alegrías, tristezas, mentiras... en realidad prácticamente todo, en las redes sociales, las cuáles les hacen creer que lo que publican es importante, sea la mayor necesidad del mundo. Unos cuántos "me gusta", retweets o comentarios, les cambian su humor: allá ellos. Mi amigo castrado por su mujer es uno, y por cierto ya me cansé de tratar de convencer que le de tanta importancia a ello. Pero bueno, eso es harina de otro costal.

(the party) de pareeee

Volvamos al casamiento. Trajes, vestidos elegantes, algunos esmoquins. Corbatas, moños, chales, sombreros. Bandejas de plata, copas de cristal, veintidós copetines diferentes que no llenan ni un cuarto de estómago de un ratón. Vinos, champagne, vermouths, gaseosas "light".

Cuatro fotógrafos con unas cámaras que valen miles de pesos: dos Cannon, una Nikon, una Konica, lindo popurrí. Sonidista más DJ, aparte de la wedding planner que no paraba de merodear dando indicaciones a todo el mundo.

Un equipo de audio e iluminación digno de un recital de U2, francamente fascinante (bueno... ok, yo también exagero de vez en cuando).

Caminaba con mi vaso en la mano, mientras observaba los detalles de la decoración en las mesas y sus centros. Las sillas estaban cuidadosamente vestidas de una tela blanca, pero enfundadas de una forma delicada y con los pliegues doblados de igual forma en cada esquina.

Me detuve a admirar la torta de cuatro pisos circulares, con dos muñequitos de novios brindando en su parte superior, y con diferentes motivos en cada una de las plantas. La base era enorme, y los siguientes pisos iban decreciendo en tamaño a medida que se aproximaban a la cima. Un sistema de columnas sostenía toda la estructura, pero ahora bien, para mi sorpresa, éstas parecían estar hechas de algo comestible asimismo, estilo masa ballina. Es decir, ¿cómo se sostenía entonces semejante peso?

No me iba a quedar con la duda: en algún momento iban a ser quitadas y dejadas de lado, y entonces iba a tener la oportunidad de saber si eran o no aptas para mi boca y dientes. Pensar que con tantas cosas por comer en este evento, lo que me producía interés eran las torres de la torta de casamiento y mis siempre amados sandwichs de miga.

Luego de esto, me abrí paso hacia una de las paredes del salón, donde colgaban, entre otras cosas, dos cuadros enormes de estilo cubista. A Braque ciertamente le hubiese agradado verlos: el autor, bajo el nombre Kenneth (quizás se trataba de un apellido), se inspiró bastante en la obra del francés, sobre todo en "Hombre con una guitarra" en uno de los trabajos. Era pues, demasiado evidente. El otro tiraba más hacia el lado de Picasso, pero más vagamente. Prosigo. En eso, viene Alex con dos copas de vino blanco en la mano caminando directo a mí. Él, mi amigo siempre pensando en el otro, que amable de su parte. Le muestro mi trago. -Esto es mejor- dice. Me guiña el ojo y luego de extenderme el trago que portaba, propuso en brindis: -Por los novios, y por LA FIRMA.-

Chocamos nuestras copas y dije: -Por ambos amigos. Y por nosotros también-

En ese instante, uno de los jefes de la empresa, más precisamente el del área contable, de espaldas a nosotros, hablaba por su celular colocando su mano derecha por delante de su boca, al parecer ocultándola como es común ver hoy día en el caso de, por ejemplo, los jugadores de fútbol cuando las cámaras los "vigilan" mientras conversan con algún rival, compañero o el árbitro.

El tipo se había aparecido como relámpago desde el centro de la sala, y estimo, no se dió cuenta de mi presencia mientras me encontraba observando las pinturas. A Alex le entregó una mirada despectiva, pero

siguió con su smartphone y ese extraño gesto de cubrir sus labios. Lo que les puedo asegurar, era que no solo su conversación era acalorada, sino que el tipo transpiraba en extremo, a cántaros. Era imposible no ver las gotas desprenderse desde su pelada cabeza, formando auténticos ríos de sudor desde la cima de su cabeza hacia abajo.

Mientras Alex intentaba mirar los cuadros como antes yo lo había hecho, y me procuraba explicar algo de las pinturas (solo atiné a corregir la palabra Dalí, por inexacta), yo estaba con los ojos clavados en ese tipo. ¿En qué cosa rara estaría metido?

Es decir, nadie en su sano juicio, en el medio de una celebración del estilo del que estoy relatando, se pone en el estado de malestar y nerviosismo en que el individuo se encontraba. O sea, era evidentemente demasiado "visible" para quien quisiera notarlo, pues algún grave problema lo aquejaba. Lo extraño radicaba en que el único que al parecer lo veía con atención, era yo. Para el resto, no existía. Claro, ¡estábamos en un casamiento eh!

Mi duda pudo más que yo. Decidí entonces compartir este interés con mi compañero, que continuaba comentando la obra del pintor con la parte de mí que no le escuchaba en absoluto. Le toqué suavemente con mi antebrazo, con la copa ya semi vacía entre mis dedos. Me miró y con mis pupilas le indiqué al tipo. Entonces Alex se dio vuelta lentamente, tratando de disimular, y comenzó a analizar con atención a esa bola de nervios en se había convertido uno de los contadores de la FIRMA. Acomodó su cabello, surcando con sus dedos el mismo, hacia atrás. Luego se me acercó al oído y me susurró lo primero que esperaba escuchar: - ¡Cómo transpira ese cristiano!-

Mi amigo solía denotar a todo ser humano como profeso de la religión católica, aunque creo no era su real intención, sino tan solo de repetir un dicho al que ha acostumbrado usar.

El sujeto continuaba con su teléfono celular, cambiando incluso el equipo de mano y oído. ¿Era el calor lo que lo provocaba o quizás se acalambraría el brazo al sostenerlo? En tanto, ambos pasamos a no le perder rastro de sus movimientos.

Nos turnábamos en la vigilancia para tratar que no lo notara. Yo tomaba mi smartphone hablando con... nadie, mientras Alex lo observaba de reojo mientras veía las parejas danzar. Cuando me tocaba a mí mirar hacia el lado del sujeto, intentaba que pareciese que lo hacía con la mesa de dulces que estaba cerca de aquel; en esos momentos mi amigo tocaba la pintura como si fuera un famoso crítico de arte. Así pasaron más de veinticinco minutos y la verdad, ya nos estábamos aburriendo.

Pero, cuando en la fiesta le tocó llegar a la clásica y aburrida parte del video editado, ese que todos tenemos que ver aunque no nos interese un comino, entonces, al bajarse el volumen de la música, escuchamos unas pocas e intrigantes palabras que el tipo intercambió con su interlocutor/a, y que transcribo taxativamente a continuación:

- ...Si o sí, es ahora o nunca. Hay que salirse de una buena vez. En cualquier momento esto termina mal y al primero que van a caerle es a mí. Acordáte, ... ejem... (...)- Alex golpeó bruscamente, sin querer, con su rodilla la silla tapizada debajo de las pinturas.

El fulano giró rápidamente su cabeza y notó la mirada de mi amigo, por lo que interrumpió sus dichos. Le arrojó nuevamente un gesto duro, de molestia, bajó el Samsung y lo guardó en el bolsillo de su mojado saco.

Se desajustó la corbata y se marchó hacia el centro mismo del salón, donde casi todas las personas se hallaban aprestándose a mirar en la pantalla gigante la filmación. La muchedumbre por un lado, nosotros por otro. Le tiré a mi amigo de la camisa realizando a continuación un gesto para que me acompañe a fumar afuera. El salió obedientemente detrás de mí, como si fuera mi sombra.

En el patio, mientras le convidaba de mi paquete un cigarrillo, que aceptó, le dije: -Se dió cuenta que lo estábamos mirando el muy zorro-

Alex soltó el aire luego de la primera pitada y me respondió: -El error fue mío, no entiendo aún como pude golpear esa silla de miércoles tan fuerte-

Yo negué con la cabeza, aunque por dentro era como él lo dijo y quería acogotarlo. --No te preocupes amigo, vió que lo miramos nada más. Aparte no estábamos haciendo algo extraordinario ni escuchamos nada excepto cuando el DJ bajó el volumen de la mierda de música que reprodujo-

Él asintió con un "tal cual" mientras parecía disfrutar mucho del cigarro. Nos quedamos un minuto más en silencio, con una brisa fresca golpeando nuestros rostros.

Yo pensaba... ¿En qué asuntos andará el contador? Intuía que no se trataba de algo muy sano ni limpio, por así decirlo. Mi sexto sentido pocas veces me falla, les aclaro. Vino en mi ADN materno. Volvimos a la fiesta, aunque no permanecí mucho más de media hora más. Como normalmente lo hago, me fui bastante antes del cierre de la celebración. Llegué a casa, saludé a mi perrita y jugueteamos un rato. Me dí una ducha hiper-rápida y a la cama. Esa noche dormí como un bebé.

(***)

No fue hasta bien entrada la noche del día siguiente cuando me enteré que la mujer del gerente contable había dado aviso a la policía de su desaparición. Estaba en las noticias, desconsolada, respondiendo las preguntas de los reporteros. No había pistas, no había pedido de rescate. Nada.

Como era de esperarse, la primera llamada que recibí referente al asunto que nos concierne fue la de... sí, adivinaron: Alex. No lo atendí la primera vez ya que estaba terminando mi segunda serie de flexiones de brazos, las que practico casi todos los días... debería quitarle el adverbio para obtener mejores resultados.

Mi amigo, no contento con que escuchara once veces el tono del celular, volvió a llamar al instante. Aunque me costaba respirar por el ejercicio físico, lo atendí a sabiendas, como antes les dije, del tema a conversar.

-Hola... ¿viste las noticias? Decime que sí.- se notaba muy ansioso.

-Claro amigo, si está en todos lados. Te dije que el pelado andaba en algo raro.- atiné a contestarle.

-Si, yo también creí como vos en ese momento. Pero, ¿esto? Me parece demasiado... Ese tipo nunca me dio buena impresión, no sé qué pensar. ¿Viste en cuál country vivía y el Lamborghini que tenía? Ahora hasta los periodistas lo están investigando y ponen todo lo que encuentran en la pantalla.-

-Ví algo cuando entrevistaban a la mujer, pobre señora. La verdad, con el sueldo de gerente de LA FIRMA no creo que le haya alcanzado para adquirir lo poco que se vió en la tele, que vale millones por cierto- yo me había quedado obnubilado con el auto, un Aventador Roadster impresionante. Y el country, qué decir, el de más clase de la ciudad. Varios "famosos" vivían en éste, como también lo hacía el desaparecido.

-Ni hablar, el gerente de mi área vive re bien, se da todos los gustos, pero ni cerca de llegar a ese nivel. Y vos, ¿qué creés? ¿Irá a aparecer o no? Lo han de haber secuestrado, tengo esa intuición. Es viable. Digo, muy posible. ¿No? - Alex estaba ya un poco quisquilloso.

-Supongo que es una alternativa razonable, pero es cuestión de esperar. Si hubo secuestro y pidieron dinero, es probable que la familia no quiera que los medios se enteren. Por otro lado, no creo que al tipo le agarre un arresto de locura y se desaparezca de la faz de la tierra dejando su mujer y su hijo (tiene uno, de 10 años), al margen de su empleo y los bienes

materiales que ahora están a la vista.-

Alex interrumpe: -Y quien sabe cuántos bienes tendrá. Ni decir una palabra de la guita en cuentas bancarias. Esta gente siempre tiene mucho efectivo en el banco.-

-Claro, claro amigo. Es muy pronto para pensar en cosas raras... pero se me ocurre que una posible explicación sugiere que el hombre quisiera proteger a los suyos de algún negocio turbio en el que se hallara involucrado. Al menos es lo que yo haría si quisieran meterse con mi familia- le dije.

-O quizás, el sujeto tenía mucho más dinero del que su esposa sabía y decidió fugarse con un amor furtivo, sin importarle un comino siquiera su hijo. Sí, seguro con alguno de los gatos con los que regodeaba- La imaginación de mi compañero volaba cada vez más alto. En cuanto a las mujeres con las que trataba el gerente, creo que Alex decía lo que decía por celos, sin más.

-Dejemos que las cosas decanten solas jeje. Por allí esto es solo algo menos grave de lo que se supone, quien sabe. Me hiciste sonreír con lo de "los gatos", sos incorregible je.- dije tratando de empezar a darle un giro a la charla. Aparte, tenía que terminar las series de flexiones, pues se me enfriaban los musculitos.

-Sé que tengo razón y el tipo se debe acostar con alguna de esas mujeres. Lo sé. Billetera mata galán, es simple- suena su celular como si un mensaje entrara a la línea -Es mi celular che, bueno... te dejo, nos vemos mañana en el laburo, ¿dale?- ese sms o lo que sea me salvó.

-Dale querido, nos vemos. Recordá llevar mis raquetas, tienen devolución ¿sabías?- se lo mencioné sonriendo, hacía un mes que se las había prestado y ni noticias de aquellas hasta la fecha.

-Uhhh, cierto; ya mismo las cargo en el auto, sino me olvido. Perdonáme, sabés que soy un desastre-

-Todo bien, nos vemos. Hasta mañana Alex- y corté.

La verdad, no es tanto que me enfriara, pero ya no tenía ganas de continuar con las flexiones. No llegué ni a doce en la tercera serie de ejercicios. Bah, es que todo esto me hizo fastidiar. Mucho.

A raíz de todo lo sucedido, en mi cabeza resonaba una sola frase, esa que aún no transcribí y que ambos escuchamos antes que la rodilla de mi amigo golpeando la silla la interrumpiera:

"sus iniciales, el número de la casa y los cuatro últimos números de tu cel(ular)"

¿¿Qué demonios significaría todo eso?? ¿Tendrá vinculación con la desaparición del sujeto? Puede tratarse de una pavada, algo sin tanta importancia. Bah, si tengo que darle mi opinión, parecía como un password de algo.

Pero, ¿con quién hablaba y por qué transpiraba tanto? Cómo cosas sin importancia en la vida de uno se convierten en acertijos en que urge su resolución. Demonios, ¿por qué me urge a mí sabes eso? Ay, pensar que la necesidad es obra de nosotros mismos, nada más patente que este caso que les relato. Los seres humanos tenemos como una característica notable la de perder tiempo en cuestiones que no atañen a nuestras vidas, que no lo hacen en absoluto. Si parte de esos segundos, minutos, horas y días, se aprovecharan en asuntos útiles, cuán distinto sería el mundo. Más específicamente hablando, cuánto mejor viviríamos.

"¡Venga ya, a mal tiempo buena cara!": como diría mi abuelo. No sigamos con utopías. Otra vez lo voy a parafrasear: "¡Sandeces pues!". Je. Amaba algunos de sus dichos. Él era español, de Galicia. Era de los gallegos que en realidad son... gallegos de pura cepa. "Dedique su vida a vivir la suya propia" aconsejaba a todo mundo. Jonathan, a hacerle caso. Además, nostalgia mediante, estoy cansado y muy transpirado. Me voy a dar un baño y luego a terminar algunas tareas pendientes del trabajo, que traigo normalmente a casa.

Antes debo mover a mi dormilona mascota que se acurrucó sobre mi pie izquierdo, como quien no se va a mover de ese sitio a menos que ocurra un desastre natural, una necesidad física o un dueño con hormigueo en el pie que la empuje, suavemente por supuesto. ¡A la cucha querida Nina!

No se preocupen, no voy a narrar cómo me ducho. Me parecería de muy mal gusto. Por lo tanto cuando finalice mis quehaceres higiénicos volveré con ustedes. ¡Ay! Casi me caigo, es que no siento mi pie. Siento miles de clavitos en la planta...

Capítulo 4

CAPITULO IV a).

Al otro día, nada parecía normal en LA FIRMA. Policías por doquier, investigadores, muchos periodistas en la puertas de la empresa. Menos mal que presentí el alboroto: fui una hora antes al trabajo. Incluso le avisé de mi accionar a Alex, por lo que él también pudo evitar toda la serie de dificultades que el resto de nuestros compañeros tuvieron que atravesar para ingresar al inmueble.

La prensa en el acceso principal era como un lobo feroz tratando de cazar todo ser humano que intentara traspasar los límites del cartel de "Bienvenido a XX. Su mejor opción en los negocios". El periodismo cargaba a costas con este slogan invisible: 'trata de pasar y resultarás alcanzado por nuestros mordiscos'. Jeje. Entiendo, es una profesión como cualquier otra, y alguien tiene que llevarla a cabo. Pero por cierto, ofrece ocasionalmente ingratos resultados tanto a protagonistas como a meros testigos: a los implicados como a los que no tienen mucho que ver.

También había llantos, algunos convincentes, otros con lágrimas de cocodrilo. Es posible que personas que pasen horas desprestigiando a compañeros de trabajo, ahora lloren desconsoladamente por la desaparición de un jefe que no es de área... Se veía gente del directorio de la sociedad muy disgustada atento la forma en que miembros de la policía circulaban por las oficinas como si se tratara de su propia casa. Algunos discutían abiertamente con los uniformados, sin medir para nada las formas. La orden de allanamiento estaba, mucho no podían hacer excepto mostrar su ira durante el procedimiento.

Me dirijo hacia mi lugar de trabajo, tratando de simular que lo que estaba sucediendo no me afectaba en absoluto. Voy saludando a los compañeros camino a mi cubículo, notando de reojo que uno de los policías no me pierde pisada. -Y éste que querrá- pienso, conforme continúo avanzando poniendo mucho cuidado en no acelerar mis pasos y convertir en evidente mi intento de evitar su encuentro.

-Señor- escucho que me dice, aunque pretendo no haberlo hecho -Señor, disculpe, el que lleva el buzo con rombos en la mano, señor..- Esta vez era inequívoco el llamado hacia mi persona. La prenda la adquirí en 2009, por su evidente parecido al buzo que Del Potro usó cuando festejó el título del US Open, a Federer dicho sea de paso. De nuevo con el tenis ¡ah! En

realidad conseguí uno que era el fiel calco de aquel.

Continuemos. Puse mi mejor cara de sorprendido y giré la cabeza como tratando de ubicar la voz de quién me llamó: como es de suponer no la dirigí directamente al policía. Me salió bastante bien. El oficial Colareda me hace un gesto amistoso y se me acerca lentamente. Yo lo espero con el buzo escurriéndose entre mis dos manos, a la altura de mi ombligo.

-Buen día Señor, cómo anda. Le molestaba un momento para realizarle un par de preguntas, si a Ud. no le molesta- me dice, sorprendiéndome la educación contenida en sus palabras.

Me molestara o no, igual iba a terminar hablando con él: -Un gusto oficial. Faltaba más. ¿Quiere acompañarme a la oficina donde trabajo o aquí le resulta bien?-

-Me encantaría poder estar más cómodo, pero prefiero que nos movamos un poco hacia allá -señala a un costado, donde se encuentra el dispensador de agua-... sí, allí, y en menos de cinco minutos lo libero, ¿le parece?-

-Vamos entonces- le digo, esperando que el policía cumpla con su palabra y me deje en paz rápidamente.

Caminamos unos metros. El oficial de la ley miraba de reojo el dispenser, supuse tenía sed. Le convidó un vaso de agua que el hombre acepta con gratitud. Bebe un par de sorbos, largos, y me dice:

-Es extraño que aún no lo hayamos entrevistado. Estábamos viendo las planillas de empleados que acuden en este horario y usted es uno de los que faltan...-

Lo interrumpo: -Pasa oficial, que desde que ví en las noticias anoche todo lo relativo a la desaparición de ese hombre, supuse que ustedes, policías, y la prensa acudirían a la empresa desde temprano, cosa que sucedió. Decidí venir un tiempo antes para evitar mayores inconvenientes, eso es todo.-

Colareda contaba con una libreta donde iba anotando lo que extraía de conversar con los empleados de LA FIRMA. Mientras le hablaba el golpeaba con una lapicera la libreta a un ritmo de 2x4. Me señala: -Todo un hombre precavido. Bien hecho entonces. Voy directo al grano. ¿Usted conocía personalmente al Señor...?-

No lo dejo terminar. Todo el mundo sabe ya de quien se trata. - Pues poco, oficial, muy poco. El tipo trabaja en un área diferente a la cual e desempeño. Pocas veces tenía o tiene interacción con nuestro jefe o supervisores, menos aún con nosotros. Y al parecer, se trata de un ser

humano bastante reservado. Es lo poco que sé. He aisladamente intercambiado alguna que otra palabra, pero no mucho más que un "buen día" o "buenas tardes"-

El oficial anota en su libretita vaya a saber qué. Dice: -Perfecto, no es es primero que me cuenta que se trataba de un sujeto raro.-

Respondo: - No dije raro, solo reservado, que no es lo mismo.-

Sisea con la cabeza y retruca:- Bueno, usted me entiende. Diferente al común de los empleados.-

Sigo pensando que no es lo que yo le indiqué. Termina de escribir y me pregunta: - ¿Conoce algún enemigo que el sujeto pudiera tener? ¿O quizás algún amorío a escondidas? Usted sabe, es casado.-

Pensaba que el par de preguntas al que hizo referencia en un principio se convirtieron en el doble. No se lo dije, obviamente. Me parece de mal gusto hacer cosas de ese estilo. Le respondo siendo lo más sincero posible: - Mire, usted sabe que es imposible agradar a todos. Si uno lo logra, es porque se recurre a la falsedad y a la mentira. Hay muchas personas con esos rasgos, tal vez demasiadas en LA FIRMA, pero no creo que sea precisamente el caso del Sr. gerente, a quien poco parecía importar las apariencias. En cuanto a la otra consulta, oficial, si bien el criterio de selección de secretarias se adecuaba más a un estándar de belleza (que daba envidia) que a capacidades técnicas, desde allí suponer que había algo más por debajo de la superficie corre por cuenta de aquellos que lo afirman. En mi opinión es... digamos... un asunto de recrear la vista, solamente. Es un sujeto entrado en años, no es de bello ni atractivo aspecto y, por cierto, poco simpático. No quiero aventurarme en juzgar inadecuadamente al gerente. Cada cual hace con su vida lo que quiere.-

Me siento el ser más hipócrita del mundo, y en este momento creo lo soy. Pero con tal que este Colareda me deje ir a trabajar, pues, improvisé este falso discurso con lo que creí que el oficial quería escuchar. Y logré mi cometido.

-Está bien, está bien mi estimado. Muy sabias palabras. Lo dejo tranquilo, sin más. Le agradezco su tiempo y cordialidad- cierra la libreta y engancha la lapicera en su anillado -Prosigo mi trabajo y he de dejarle hacer el suyo-sigue hablando mientras me extiende la mano, con una tarjetita con sus datos: -Si recuerda o se entera de algo más, no dude en llamarme. Ah, y gracias por el vaso de agua: realmente lo necesitaba-

Cierra su monólogo de despedida y procede a dirigirse a las oficinas de marketing, cercanas a las del área contable. Lo quedo mirando unos segundos. Colareda está bastante despeinado y con el cabello muy sucio.

Ladea el pie izquierdo al caminar. Finalmente me marchó hacia mi puesto de trabajo en LA FIRMA.

CAPITULO IV b).

No pasó mucho tiempo desde la entrevista con el oficial, que Alex apareció por mi oficina. Yo le esperaba, a decir verdad. Venía con dos carpetas bajo el brazo y los anteojos de sol colocados sobre su cabeza, como acostumbraba hacerlo. Al encontrar nuestras miradas me hizo un gesto hacia la zona del balcón, donde normalmente los que fumamos despuntamos el vicio por unos minutos.

No había moros en la costa, así que acompañé a mi amigo afuera. Éste ya se encontraba con el cigarrillo encendido y me ofrecía, caja en mano, que tomara uno de sus Camel. Si bien mucho no me agradan, atento a que Alex quería que hablemos del sujeto desaparecido, accedí a su oferta. Él mismo encendió mi cigarro con su mechero importado de no recuerdo dónde, ese de la forma de auto antiguo.

-Viste hermano, no aparece el tipo. Además, con todo este revuelo se complica sacarse el asunto de la cabeza.-

-Pero querido, decís "asunto" como si tuviésemos algo que ver. Obviamente no es lindo trabajar en estas condiciones, ni soportar preguntas de la policía. Pero si uno no tiene qué esconder, no pierde nada excepto un poco de tiempo- Esta inquietud de Alex de a poco colmando mi paciencia.

-¿A vos también te indagaron? Ja, qué risa. En mi caso fui el primero de mi área a quien le hicieron consultas, me tomó desprevenido. Un hombre mayor, flaco y alto, de sobretodo, fue el que realizó el interrogatorio. Tenía poco cabello, pero totalmente blanco. Andaba con otro más petiso y regordete, que solo atinaba a escucharme y decirle cosas a su oído. ¿Los viste? Sherlock y Watson...- sonríe mientras dice esto último.

-Si claro, los divisé a lo lejos, a través de la americana de la oficina siguiente; son fáciles de identificar- les aseguro que era así, parecían salidos de una película- A mi las preguntas me las hizo un oficial de policía. Un tal Colareda. Por lo que me decís, esos dos parecen

investigadores-

-Coincido, coincido- pega una pitada y continúa- No me agradaba en lo absoluto su forma de interrogar. Te da la impresión que ellos desean que te pises para hacerte caer. Está bien hacer uso de esa técnica, supongo, en determinados casos. ¿Pero en la empresa? ¿con trecientos empleados?. No lo creo. Ja. Qué grandioso, las cosas que pasan cuando algo llega al conocimiento público. O a vos te parece que si no hubiese salido en la televisión todos estos uniformados y demás estarían aquí ahora... ¡Ni hablar!- agrega, mientras pisa la colilla del cigarrillo en el rincón del balcón donde... todos hacemos lo mismo.

El Camel se hacía eterno. Hoy particularmente me sabía horrible. Pero, como todo en la vida concluye, al fin terminé de fumarlo.

Veo a mi jefe merodeando dentro y trato de darle un cierre a la conversación: -Viste que la repercusión de determinados hechos colabora con que más personas les presten atención. A veces resulta en algo bueno, otras veces todo lo contrario. Ejemplo: miles de personas mueren por día en delitos, accidentes, etcétera. Y están los afortunados que mantienen sus vidas. Que no lo veamos en los medios no significa que no suceda. ¿No? Eso, creo, es lo que todos deberíamos tener en claro. Pero bueno, harina de otro costal amigo. Me voy adentro o me van a matar, ¿dale? Después nos vemos.-

-Listo, luego la seguimos. ¡Ah, van a entrevistar a los de todos los turnos! ¡Hasta a Nolito, juaz! Chau, me quedo un rato más aquí, el aire que corre está hermoso.-

Es hora, más allá de las circunstancias, de ponerme seriamente a trabajar, cosa que estaba comenzando a hacer cuando Alex irrumpió cerca mío. Hoy precisamente el desafío no es grande, tratándose solamente de tareas repetitivas y simples recorriendo la bases de datos. Mejor, en consecuencia voy a tener tiempo de continuar mi análisis del dilema comercial de LA FIRMA del que antes les hablé muy por arriba.

Pongámonos filosóficos. Ustedes saben que durante la historia de la humanidad muchos problemas no fueron resueltos por "cerebritos" precisamente, sino más bien por personas con sentido común, que aplicaron en la práctica lo mucho o... lo que sabían (la palabra poco prefiero no usarla). Del mismo modo aclaro que si el sentido del que hablo fuera tan común como su nombre indica, debiera estar al alcance de la totalidad de los homo sapiens sapiens. Y evidentemente, esto no sucede ni ha sucedido antes. Cuestiones paleontológicas al margen, me doy una chance.

¿Por qué no yo? ¿Qué impide que encuentre una veta donde pueda llegar a una explicación razonable del problema de la empresa? Nada, excepto

que yo mismo coloque más obstáculos que los propios del asunto. Qué más da, no pierdo nada. Incluso ya intentándolo, estoy venciendo. ¿No creen ustedes lo mismo? Manos a la obra entonces...

Analizando los más objetivamente posible el problema, podría decirles que no solo radica en vender o no los productos. Cualquier asunto, de cualquier tipo, es complejo en esta vida. Una cosa es dividirlo, como pienso hacer en mi afán de analizar metódicamente el asunto, y otra muy diferente es simplificarlo porque sí, sin obtener beneficio alguno de ello. Con esto quiero decir, ok, todo bien hacer las cosas más fáciles de comprender, pero pues, como todo, tiene sus límites.

En la FIRMA hay personas con mucho poder, además de ego. Es una empresa que en verdad anda muy bien en cuanto a su giro comercial y los directores se muestran ocasionalmente bastante satisfechos con los dividendos recibidos. Esto hace que determinados jefes y supervisores tengan sus propias batallas internas entre sí, a fin de estar por encima del otro en términos de rendimiento del sector, estadísticas, felicitaciones de la gerencia superior... incluso la comparación llega a niveles personales: que aquella persona tiene tal auto y una casa en un country ubicado en Pilar, que el otro posee un yate en Punta del Este y un departamento en Nueva York; Juancito, que perdió casi todo en su divorcio pero que se acuesta con todas las lindas del tercer piso, Ani cuya suerte cambió al cobrar una herencia inesperada de una tía abuela y pasó a ser la más codiciada del área de mercadotecnia.

¿A qué viene todo esto? Que el tema de las ventas no es solo de "ventas", sino una parte de la estructura amplia e integradora que es la FIRMA. Es un todo, por así decirlo.

Si el jefe de allá no colabora con el de aquí, esto trae consecuencias directas o indirectas, inmediatas o no, en el funcionamiento del organismo. Si el departamento o división X tiene una demora, ésta repercute en el sector Y. Si los empleados de un área están descontentos con su salario o su superior, el efecto se verá en su rendimiento y en el de la misma por ende, tarde o temprano.

Ahora, si los que tienen que notar que estas cosas tan importantes suceden, no lo hacen, creo, sinceramente, que miran hacia otro lado. No se trata de gente poco capacitada, o falta de inteligencia. Simplemente llevan un comportamiento negligente en determinados momentos y cuestiones, por conveniencia. Deberían estar conscientes que los problemas de hoy que se patean hacia mañana, nunca traen nada bueno.

Bueno, seamos sinceros, ellos lo saben. Pero no les importa un carajo. Esa es la verdad. Al menos, la verdad para esta empresa.

Se cree que los números resuelven los problemas económicos o financieros. Les voy a demostrar, a lo largo de la narración de mi historia, que no es así.

Solo tengan un poco de paciencia. Sepan que, como he dicho con anterioridad, todo tiene que ver con... casi todo...

Capítulo IV c)

Qué contarles de Alex. Es un muy buen muchacho. Incluso, gran amigo. En mi caso puntual, digamos que pasó a ocupar el lugar de aquellos que, por circunstancias variadas de las que ya he escrito, ya no se encontraban tan cerca de mí. La vida tiene estas cosas: un día piensas que nada ni nadie va a alterar cierta relación con un ser humano apreciado, amado, y de repente e encarga de mostrarte que hay demasiadas cosas fuera de nuestras manos. Después de todo, somos seres finitos, con comienzo y final determinado por dimensiones física y temporales. Lo del 'después' de morir, queda en la creencia de cada uno, al menos por el momento, sin pruebas definitivas al respecto por parte de la ciencia. Cuestión o no de fe, no es mi intención extenderme al respecto. Creo en Dios, sí, lo reitero. Estoy convencido, más no me interesa convencer a nadie.

Les decía de mi compañero. Entró a LA FIRMA gracias a subir su curriculum vitae a la sección de recursos humanos en la página web, unos años atrás. Yo ya hacía tres que estaba en la empresa. Según me contó, se enteró de casualidad, por una publicación que vió compartida por alguien de su red vía LinkedIn.

En principio, si bien estaba en busca de empleo, no le convenció mucho la oferta de trabajo. Horario de oficina, sumado a la posibilidad de hacer ocasionalmente horas extras y a un sueldo aceptable. Es que aquí no se regala nada, menos a los recién ingresados. Terminó a regañadientes enviando la solicitud, en tanto lo hacía con otras empresas de rubros diversos, pero con mejores propuestas salariales de LA FIRMA.

Sin embargo, el llamado a la entrevista provino de nuestra querida sociedad anónima. Recuerdo aquel día como si fuera ayer: aproximadamente diez jóvenes, seis varones y cuatro mujeres, expectantes en la salita de contabilidad (la de recursos humanos se hallaba ocupada por una reunión con gente del gremio). Nerviosos todos ellos, con cara de terror unos, de suficiencia otros, de necesidad los menos. Alex estaba entre los primeros. No creo le hubiesen bastado todas las uñas de la habitación para morder: a las suyas no les daba respiro.

Todos compartían la misma desazón al final de la serie de reuniones. No se podía esperar menos del forro de Pérez Cantona, dueño de una facultad

notable para hacer sentir menos a sus interlocutores. Gracias al cielo, desde el año pasado lo cambiaron de área: al menos los novatos no sufren más de sus malos tratos y/o esas palabras altaneras que son tan parte de él. Los chicos, en dicha oportunidad, se marcharon todo juntos, lamentándose por lo bajo.

Dos fueron los elegidos. Morena, la flaquita pelirroja que se desempeña en la parte de sistemas informáticos, y... adivinaron, Alex. Alegre y obediente, cayó bien a su supervisor de entrada. Tenía un comportamiento algo introvertido durante el primer tiempo, supongo que por su desconocimiento de compañeros y manejo dentro de la institución. Por mi parte, me cayó bien de entrada, tanto a pesar de tirar algo de su taza de café en uno de mis zapatos al tropezar con el cable de la fotocopidora. Alcancé a tomarlo antes que dé su cabeza contra el aparato. Creo que me agradeció, más o menos, 857 veces por mi accionar. ¡Jaja! ¡Cómo olvidarlo! -¡Ya está bien hombre! No fue nada- le repetí tantas veces como él hizo referencia al incidente.

De familia humilde, su madre biológica abandonó la familia siendo el pequeño, compartiendo la responsabilidad de la crianza de dos hermanitos pequeños junto a su hermana mayor. Su padre, en tanto, hacía lo que podía en los dos trabajos que tenía. Uno como barrendero de calles, el otro en la construcción y reparación de muebles de pino, en la parte lateral de la casa.

Rolando procuró que sus hijos estudiaran: Laurita, la hermana mayor, es odontóloga. Miguel y Juani, los menores, están estudiando abogacía. Alex se hallaba en los últimos tramos de la carrera de administración de empresas cuando logró ingresar a LA FIRMA.

Una cosa llevó a la otra, varios "¿hoy vemos el partido en tu casa? llevo cerveza"... algunos "mirá que buena que está la de mercadotecnia/contabilidad/cada unadela secciones dela empresatiene lindasmujeres", un "dale, te ayudo con esos números que tengo más idea": bueno, digamos, como tantas cosas que se suceden sin que las busquemos, terminó en mi 'círculo íntimo'. Ese en el cual cobramos peaje a quienes entran e impuestos gravísimos para quienes se disponen a salir sin nuestro permiso.

Hoy estamos en algo así como un lío por algo que nunca buscamos.

Hoy, a pesar de mi humor cambiante o de su tendencia a alcanzar altas dosis de ansiedad, estamos juntos en algo que no solo parece un simple lío.

Hoy, quizás sin quererlo, somos... somos más amigos que nunca.

Capítulo 5

CAPITULO V.

Los días siguieron pasando. El gerente no aparecía por ningún lado.

Sin pistas, los investigadores apuntaron sus cañones en tres direcciones: en primer lugar, hacia la propia familia del sujeto; lamentablemente todos sabemos que un gran porcentaje de casos de este tipo provienen de dramas familiares, y las estadísticas avalaban que la policía se volcara a analizar al linaje y cercanos inicialmente.

En segundo lugar, procedieron a intentar arribar a los posibles enemigos del contador, tarea muy compleja ya que es común hallar más secuaces de los que realmente merecen esa consideración, digo, en el caso que los investigadores se dejen llevar en demasía por los dichos de la gente. Que a fulano le debía mucho dinero, que mengano dijo que lo iba a atropellar con el auto, que con éste hicieron un par de malos negocios, mientras aquel sospechaba que andaba tras su esposa... Todos sabemos cuánto pueden distorsionar la realidad las personas que cuentan con el tiempo y la malicia para opinar con poco o nada de fundamento.

Prosigamos: decía entonces en tercer lugar, se 'dirigió' todo el asunto mediáticamente, con lo cual, esta vez, no coincido en absoluto. Televisión y redes sociales parecían ser elementos indispensables en el caso. ¡Una locura! Seguramente habrá personas críticas de mi postura, que con su dedo índice me señalarán esgrimiendo "no opines si nunca te ha sucedido", cuando gran parte de ellos tampoco fueron víctimas de una situación como la que he estado detallando.

Perfecto, solo dejen les explique brevemente mi disidencia.

Considero en general que no hay blancos o negros en la vida, con excepción de una sola cosa: la verdad, lisa y llana. ¿El amor? Bah.

En un mundo donde todo tiene a relativizarse, y por consiguiente, a construir un camino sin regreso hacia la mediocridad de donde la mayoría proviene, deberíamos tener en claro que a lo auténtico, real, evidente, por más que lo maquillemos, sigue siendo lo que es.

Uno puedo ponerse "en lugar de" y ser abierto de mente, pero las cosas... son como son. La mujer, los hijos, la madre del sujeto estuvieron durante dos semanas, día a día, saliendo en la televisión pidiendo por la aparición

del gerente. Sin descanso, agotando sus fuerzas y lágrimas. Los acabo de ver nuevamente hoy, supongo que por latarde, y que mañana también estarán allí. El hecho pasa porque si bien puede llegar a aliviar su pesar, o darle paz a sus almas, no tienen ningún resultado positivo en la aparición de su familiar.

Pareciera que la gente adorara el morbo, y no tengo temor a equivocarme en este acápite. Aman el dolor, las lágrimas, el terror. Ven un cuerpo descuartizado en un accidente de tránsito y se detienen a mirar y a tomar fotos. Lo he hecho, y reo que alguno de ustedes también. Lo malo siempre a vender más que lo bueno, venimos con ese chip incorporado, bien escondido debajo de nuestra piel.

Otro sitio utilizado es el de la red social, y digo "la" porque ustedes saben que hablo de la F azul (la red del loguito de la cámara fotográfica tampoco me va). La gente sigue y sigue insistiendo con publicaciones referentes al misterioso evento, endiosando al gerente que por estos días parece ser más bondadoso que Jesús mismo. Ellos, supongo, creen que ayudan, pero volvemos a lo anterior: solo se sienten un poquito mejor consigo mismos. ¿Quieren ayudar realmente?

Entonces, si de lleno están interesados, que hagan se recorra el barrio del sujeto, casa por casa, habitación por habitación. El riachuelo cercano debería registrarse en un ciento por ciento. LA FIRMA debió ser hallanada por orden de un juez, no simplemente requisar a sus empleados, dando tiempo a la desaparición de pistas en caso que hubiesen existido. Hacer poner de mal humor con decenas de preguntas a Nolito, conforme me enteré... Ay ay, ipobre anciano! ¡Miren que para perturbarlo hay que ser muy pesado eh!

Por otro parte, resulta curioso aunque no menos suspicaz el hecho que ni policía ni familiares hayan ofrecido recompensa para quien aporte datos del desaparecido. Ni siquiera el estado pareció tomar cartas en el asunto.

Asimismo, hay cuestiones culturales que hay que tener siempre en consideración. Los argentinos somos un poco especiales. Nos autodenominamos los más solidarios del mundo, pero si vemos un accidente de tránsito es probable que muchos salgamos huyendo para que la policía no nos tome declaración.

De vez en cuando nos toca estar en presencia un hurto callejero, a metros de nuestros pies, y observamos como solo una (con suerte) de las quince personas alrededor atina a perseguir al ladrón.

Nos quejamos de lo que pagamos de Impuesto a las Ganancias y ganamos lo que muchos desearían en un año cobrar como salario.

Lloramos por la corrupción estatal y somos nosotros los que desaprovechamos nuestra principal arma, el voto, eligiendo a los mismos enviados de siempre.

Como ciudadanos tenemos derechos, pero también obligaciones. Se nos enseña en todos lados los primeros, pero nadie hace incapié en las segundas... Pero dejemos de perder el tiempo en asuntos que supongo llevarán años recomponer, como necesitaron años para establecerse.

En todo estos días, cada día resonaba con más fuerza en mi cabeza las palabras que junto a Alex escuchamos del gerente aquella vez, en el casamiento. Se había vuelto mi obsesión personal.

Como arqueólogo en poder de un jeroglífico indescifrable, o tal vez como un matemático con ese teorema al que no puede hallarle solución, me hallaba como loco. Por las noches, al intentar dormir, mi cerebro, aún a pesar de mis deseos, siempre tiene un tiempo para volver a las palabras de ese tipo: "...sus iniciales, el número de la casa y los cuatro últimos números de tu cel..." Nunca se alcanzó a terminar la frase, aunque supusimos con mi amigo que con "cel" se refería a la palabra celular. ¡Bravo... genios!

Entretejía posibilidades, en primer lugar sobre la cantidad de dígitos; ¿serían solo las iniciales de los nombres? En general la mayoría de las personas tienen dos, pero hay muchos y cada vez lo son más lo que poseen solo uno. También hay de tres. Y si incluimos el apellido, tenemos la opción de uno o dos dígitos, además de lo indicado sobre los nombres.

En cuánto al número de la casa, pues... pueden ser dos, tres, cuatro o incluso con mucha mala suerte (para mí) cinco cifras. Lo único cierto, creo, es que son cuatro números de celular. Vale, como se dice en España. De todo esto obtengo que la clave, bueno no sé como llamarla, arroja un rango de posibilidades de... Al demonio. Es más probable que me pegue un rayo en este mismo momento antes que hallar la respuesta. Pero bue... que no dejaré las cosas de esta manera.

Grrr que cuesta... Perdónenme... Me acaba de saltar cen notificaciones la enésima publicación referente a la desaparición y se me vuelan los patos. ¿Qué les decía? Ah sí, ¿qué es lo que me falta, en pos de conseguir resultados más concretos? Oh claro, mayor exactitud en los datos. Es decir, iniciales de quién. Es esencial tener algún otro indicio al respecto. En cuánto a la casa, pues, he de decir que podría haber sido más específico el gerente. Imaginen, ¿a cuántas variables me tengo a que atender? No sé si se trata de su casa, de algún inmueble también de propiedad del contador, de la vivienda del sujeto con el que hablaba, cuyo nombre por supuesto que desconozco... podría tratarse de la casa de

alguien más, quien sabe.

Al menos, si puede decirse al menos, los números de celular me parecen en este preciso instante, siendo las 14:54, los más sencillo en todo este puzzle. Y lo afirmo a sabiendas que no conozco aún esos cuatro dígitos, y que no existe una guía telefónica a la que se puede acceder en busca de números de celular (al menos en mi país, desconozco en otros).

Tengo fe que tarde o temprano, de alguna manera, llegarán a mi conocimiento. Es un mal llamado presentimiento. Ok, dejemos mi locura de lado.

Hoy por la mañana vi a Jesús, del que no les he dicho una sola palabra desde hace un tiempo. Hemos platicado de vez en cuando, sobre todo de la preocupación que mi compañero cargaba a costas a consecuencia del noviazgo de su hija. Creo que el hecho de sentirse escuchado le procuró un buen alivio al respecto. Se veía muy alegre.

Una vez en mi vida tuve lo que ahora llamo desgracia de tener una bella mujer en mi vida, extremadamente celosa, de cuyo nombre prefiero hacer omisión, por lo que si bien son situaciones completamente diferentes a la relación padre-hija, creí oportuno opinar sobre algunas cuestiones pero desde el punto de vista de la otra parte y no la de mi compañero.

¡Por supuesto alguna que otra vez le conté de ella! Mi compañero tendrá defectos, pero siempre escucha. Esas charlas, aunque breves y acompañadas por algún detalle histórico alemán por parte de Jesús, al parecer sirvieron bastante a aquel. Cada vez que nos encontrábamos pareció abrirse más y convencerse que su hija, no solo no estaba tan equivocada como él creía, sino que se manejaba en sus asuntos con una conciencia propia de una persona de mayor edad.

Hoy Jesús me vió con cara de preocupación y me preguntó por lo bajo: - ¿La rubia sigue pidiendo pista? -

No me dejó responder, cuando quería decir que no se trataba de ella esta vez.

-Déjala ir, de una buena vez. No te merece- dijo, dándome una palmada en mi espalda, siguiendo su camino.

Por mi parte, conforme el apellido de mi ex y gracias al relato consecuente de Jesús, aprendí la historia de Kaspar Hauser, o el niño salvaje alemán, que "apareció" de la nada en Nuremberg en 1828, siendo asesinado (mejor dicho, apuñalado) cinco años después. Como yo, había nacido un 30 de Abril.

Capítulo 6

CAPITULO VI.

Un secreto deja de ser tal cuando alguna de las partes involucradas en el mismo, lo transmite a otra que carecía de conocimiento previo de aquello reservado u oculto. ¿Coincidimos?

Mi amigo Alex, tan sincero como boquiflojo, dejó entrever a algunos de sus compañeros que tanto él como yo escuchamos algunos fragmentos de una conversación acaecida en el casamiento entre el gerente y algún otro individuo que no pudo precisar. Se me vienen a la mente las veces que repetimos, ambos, como loros, "a nadie con esto, ni una palabra...".

Ahora resulta que el chisme ya llegó a mi oficina, con el agregado de elementos que seguramente Alex no mencionó pero fueron introducidos por los diferentes interlocutores del rumor, eslabones en la cadena interminable de sandeces que se retroalimenta a si misma. El famoso 'teléfono descompuesto' al que jugaba de pequeño. Cada quien exagera o incluye un nuevo detalle no descrito en el relato original, y así todo se agiganta como una bola de nieve rodando a toda velocidad, cuesta abajo en una montaña. Este tipo de avalanchas siempre traen consecuencias, grrrr.

Así fue como, y lo menciono con pesar, llegó a ser vox populi que tanto él como yo fuimos testigos de una 'grave' discusión entre el desaparecido y un/a desconocido/a, y por lo tanto podríamos saber algo que los policías no. No les puedo explicar mis súbitos deseos de aplicar a mi amigo toda serie de reprimendas, desde insultos hasta golpes, pasando en todo caso por conseguir el mayor nivel de sufrimiento posible en el hombrecito-soplón. ¿Vieron Saw? Digo la serie de películas. Bueno, podría resumirse como una breve descripción gráfica de lo que pasaba por mi mente, personificando en Alex a todas y cada una de las víctimas.

Por supuesto, lo primero que hice fue llamarlo, estando ya más calmado... apenas más calmo. Me dijo que estaba bastante ocupado, por lo que vendría a mi oficina para una salida al balcón alrededor de una hora después de comunicarme con él. Yo trataba por todos mis medios de no pensar en todo aquello y dedicarme de lleno a mis tareas diarias, pero me estaba costando más de la cuenta, lo reconozco. Miré el reloj, faltaban menos de diez minutos. En tanto analizaba una serie de datos que utilizaría en confeccionar uno de mis reportes. Todo se veía absolutamente normal, por lo que no tendría problemas a la hora de

redactarlo. Me revolvía de vez en cuando mis pelos con la mano izquierda, mientras miraba los papeles y el monitor de mi computadora. Como eran solo números con lo que trabajaba, utilizaba solamente mi mano derecha.

Pasaron una hora y casi veintisiete minutos, cuando veo a mi amigo que viene con paso cansino en mi dirección. Es como si el muy listo percibiera de qué se trataba y evitaba enfrentarme. Les juro que estuve tratando toda la mañan de poner la mejor cara que puedo, pero mi ira me delata. Antes que se "estacionara" sobre la silla frente a mi escritorio, le señalo con mi cabeza el lugar de reunión, que como les mencioné era el balconete donde un tercio de los empleados de LA FIRMA pertenecientes a este piso fumaban sus cigarrillos.

Me levanto y voy detrás de sus pasos. Amablemente me cede el paso, abriendo la puerta corrediza delicadamente. Al pasar, me susurra: -¿Estás enojado?-.

Lo miro con llamas en los ojos. Le digo:- Nooo (de verdad alargué esa vocal), que va. Para nada.-

Mientras el enciende un cigarro, me responde: -Uh mucho mejor, estaba seguro que te habías enfadado conmigo...-

iAy ay ay querido, te voy a mataaar!... pienso para mis adentros. Pego un largo suspiro y decido hablarle, esta vez sin sarcasmo:

-Alex, ¿recordás que habíamos convenido no hablar con nadie, y hago énfasis en la palabra nadie, de los que vimos y escuchamos la noche del casamiento?- trato de estar sereno.

-Claro, por supuesto. La verdad que como están las cosas con ese asunto, fue la decisión más inteligente. Si, claro.- me dice. No me mira a la cara, y todavía peor, me toma el pelo.

-Si, muy inteligente. Raro que lo digas. Supongo que a vos no te pareció de esa manera por lo que veo- ahora si levanta sus ojos tímidamente hacía mí -porque sino, explicáme... dame un indicio de cómo medio piso sabe que nosotros dos oímos al gerente y su charla.- agarra el cigarrillo entre sus dedos anular y pulgar, señal que se ha puesto nervioso. Lo conozco, son años de vernos uno al otro. Sabe que está atrapado.

-Bueno Jona, bueno... un desliz lo tiene cualquiera...- lo interrumpo:

-Si pero hay temas en los que no es aceptable una equivocación- este tipo va a hacer que me saque.

-Entiendo que te enfades, lo comprendo. Lo hablé cn casi nadie eh... Posta... Dale, no es necesario la agresión hermano. Tampoco esto es la

mafia che, ya está, no puedo volver el tiempo atrás- se vino el argumento típico del maltrato a la víctima (que no lo es tal) acompañada de una analogía de cuarta.

-No te estoy agrediendo, al contrario, te estoy dando la oportunidad que me digas como fueron las cosas. Me parece que te equivocaste y como decís ya pasó. Solo quiero que me digas el cómo, nada más. Sencillo.- le digo perdiendo mi paciencia.

-Ok, ok. El miércoles pasado estaba tomando un café con Miguel...- lo interrumpo nuevamente:

-No puedo creer. ¡Miguel! ¡El más chusma de tu sector! Si la hacés, la hacés bien vos eh- estaba fuera de mis casillas.

-Respeto tu opinión, pero Miguel no es mala gente. Te decía que entre palabra va y palabra viene le conté que en el casamiento escuchamos que discutía con alguien mediante el celular. Punto. Nada más.- tiene la cabeza gacha, apaga el cigarrillo y lo pateo al rincón de las colillas apagadas.

-Mirá amigo, si estuviste con ese tipo dudo mucho que "solo" le hayas dicho eso. Pero está bien, ¿sabés? . Sos mi amigo, y te creo. Ya está. Te pido que si alguien más te pregunta o te dice algo, trates de hablar lo menos posible del asunto, ¿ok? Y que me avises. Otra cosita: ¿a quién más le contaste?-

Asintió con la cabeza de mala gana. Pero no respondía.

- Te doy el pie: también conversé del tema con...- le digo, esperando que concluya mi frase.

-A Loly...- apenas abría la boca.

-Ajá. Cada vez se pone mejor esto. También hablaste con...- continué, sabiendo que había más.

-Jorgelina... y ...- no lo dejé terminar:

-Basta, suficiente... ¡Qué cosa eh! No se puede así, vamos, adentro.- terminé.

Ambos entramos nuevamente a la oficina. No nos dirigimos más la palabra durante ese día. Por mi parte, solo me dediqué a trabajar. Pasé gran parte de las horas analizando con gráficos y aplicaciones de programación lineal las ventas de cada línea de producto de la FIRMA, así como los datos de compras de insumos y producción con lo que pude contar: recuerden, no es fácil que los diferentes sectores colaboren unos

con otros, mucho menos si el rompecabezas lo toma a cargo un empleado raso como yo.

La recolección de datos pasaba, más allá de aquellos que obtenía de mi área con relativa facilidad, por contactos en distintos lugares de la empresa. Mejor dicho, éstos eran conocidos unos, amigos otros, pero siempre dispuestos a dar una mano en lo que yo (o cualquiera que ellos estimaran) necesitara.

Estuve tan metido lo que acabo de detallar que ni siquiera prestaba atención al celular, que de vez en cuando vibraba con la llegada de algún que otro mail y varios mensajes de whatsapp. De vez en cuando dejar por unas horas todos los mecanismos virtuales de comunicación me viene al pelo. ¿A quién no?

Reconozco que en una de esas dí una mirada y observé la previsualización de un sms de Alex (enviaba recaditos de esta clase cuando por cuestiones edilicias de la FIRMA no tenía suficiente señal su smartphome) con mi nombre modificado su terminación usando en repetidas ocasiones una vocal, esto es: JONA repitiendo cho veces ésta última letra... como queriendo expresar algo importante (para él) y por supuesto, que me encontraba ignorándolo. Lo que no sabía mi amigo es que de igual manera lo hice esa tarde con el resto de la humanidad.

Era de los últimos que quedaba en mi oficina, cuando noté que ya andaba merodeando personal de limpieza a unos diez metros de mi cubículo. Vagamente recordaba a algunos de los compañeros de los que me despedí con un "chau" o "hasta mañana"; supongo al resto del resto de ellos no me percaté de su saludo, en su salida del recinto. Me sorprendió a mi mismo, alegrándome, lo concentrado que estuve en ese gran lapso de tiempo, que fue aproximadamente desde las 13:30 hs hasta las 18:05.

Me levanté y di unos pasos hacia uno de los ventanales. Éste, a diferencia de otros, contaba con una serie de ventanitas adicionales en la parte superior, las que podían abrirse hacia afuera posibilitando que entrara un poco de aire natural al lugar. La verdad ya no quería salir al balcón, se había levantado un poco de viento y uno lo notaba mucho allí: el aire normalmente, como hoy, surcaba el muro del edificio hacia arriba, usándolo como autopista. Pude apreciar como el sereno ingresaba su Renault 19 rojo en el patio interno, donde habituaba hacerlo. A decir verdad no tenía muchas opciones: solo dos lugares de estacionamiento disponibles, el de la izquierda o el de la derecha, 17 o 18. Nolito creía en eso de la numerología y siempre evitaba el número de la desgracia.

Lo observé descender del vehículo lentamente, con un diario bajo el brazo y la bolsito donde siempre contaba con ese café exquisito que su nieto le enviaba de Brasil y las infaltables galletitas rellenas de dulce de membrillo. Era un hombre mayor, pero para envidia de muchos, no

contaba con una cana en su cabello. Al rato estaba de recorrida por los pisos diferentes pisos del inmueble, como era su costumbre, el chequeo normal para echar una miradita a quienes estaban y quienes no. Llegó el turno del que yo ocupaba y decido gastarle una broma: me coloco pegado a la pared, a la salida del ascensor, y apenas escucho el ring que indicaba la apertura de la puerta, con mi mejor voz de ultratumba le digo "Maaaanoliiiiitooooo".

¡El susto que ese hombre se ha pegado! Se le ha caído el balde que habitualmente trae consigo (y todo lo que en éste cargaba) y no ha salido del ascensor. Me asomo y lo veo pasmado, con el palo de escoba tomado en actitud defensiva.

Yo levanto mis manos. El me ve por unos instantes, responde a mi sonrisa de la misma manera y se lleva la mano a la cara en señal de alivio.

-Me has pillado, Jonathan, me has pillado desprevenido. ¡Y cómo! Ja ja ja ja- dice, ya más relajado. Le alcancé una mano y para que saliera a través de la puerta, mientras tomaba su balde con la otra.

-El susto era en caso que viniera dormido Nolito, la noche es larga y mejor tenerlo bien despierto. Aparte usted es como yo...- le digo mientras caminamos por el pasillo- hoy televisan varios partidos nocturnos, usted sabe que en Australia tienen otros horarios, así que puede ver el mejor tenis del mundo en el mejor lugar del mundo, las instalaciones de LA FIRMA!- me da pena a estas alturas haberlo asustado de tal manera.

-Por supuesto que voy a mirar, ja, y en la sala de reuniones, donde tienen ese aparato gigante en la pared, el de no sé cuántas pulgadas- me dice mientras observa de lejos las distintas oficinas, poniéndose en puntas de pie para ganar unos cm más de altura.

Le doy una palmada en la espalda y asiento con la cabeza: -Me parece genial Señor, es lo menos que usted merece por estar acá desde hace tantos años. Una apacible distracción. Es si, no se me encohere que Federer ya está grande y no se le puede exigir lo mismo que hace diez años, eh-

-Entre el fulbo, la timba con matungos y el tenis ya he renegado demasiado, créeme. El suizo tiene sus años pero también sus mañas, ojo al piojo- le sale bien de adentro el hablar así a Manuel cuando se tocan sus fibras íntimas.

-Está bien, está bien don Manolito. Si usted lo dice yo le re creo. Bueno mi compañero, me rajo pa la tapera- yo también bromeo con la forma de expresión de mi interlocutor.

-Vaya nomás, acá estaremos cuidando del rancho.- me dice mientras sigue mi juego y guiña su ojo derecho.

Me palpo los bolsillos. La llave del auto y la billetera están en su lugar, pero me falta algo. El amado/odiado celular, dependiendo el adjetivo del día y de la hora. Voy a paso lento recorriendo la oficina mientras me fijo en los cubículos desocupados y los protectores de pantalla en los monitores. El smart está sobre mi escritorio, como era de esperarse, con la luz roja titilando por alguna notificación de e-mail o whatsapp, como era de esperarse (también).

No quiero ni mirarlo, pero al tocarlo veo que se trata de varios mensajes de Alex. Apago la pantalla con el botón lateral y coloco el teléfono en el bolsillo de mi saco. Más tarde veré de qué se trata, ahora solo estoy pensando en uno de las tres cosas en que más piensan los mamíferos, al margen de dormir y en sexo: comer, comer y más comer.

Capítulo 7

Capítulo VII

Por más que haya comido un sandwich de pollo estilo Teriyaki (¿lo habré deletreado correctamente?), tamaño grande, en el Subway que estaba camino hacia mi casa, el veredicto que dictaminó mi cuerpo fue el "insuficiente". En vez de comida, parecía que le había dado solo aire a mi querido estómago. No tenía forma de parar el pensamiento voraz respecto del deseo algo gigante, jugoso y poco sano.

Era cuestión de distraer mi cerebro un poco. Es normal que uno tenga días de más o menos ansiedad, que nos lleve por el mal camino de ahogar el desasosiego en el rechinar de nuestra mandíbula.

Recordaba tener naranjas y bananas en la heladera, así que con la imagen de esas ricas frutas y visualizando un sobre que seguramente el cartero había dejado por debajo de la puerta, me senté en el sillón un rato.

No era una factura de luz, ni de gas. Era una carta. ¡Una carta en estos días! Miré el remitente, y la abrí intrigado, pues era de un amigo. ¡De Fabi! ¡Qué sorpresa! ¿De qué se trataría?

Hago una pausa. He quedado atónito. Fabi, al que critiqué al principio del relato, me ha demostrado que... que yo estaba equivocado en mis impresiones con él. Acabo de leer, y créanme que no me lo creo aún, que quiere dejar a su mujer. No solo eso, es decir, se quiere liberar de ese engendro de la naturaleza de piel de cordero. Debió escucharnos antes. Pero además... ¡qué locura, ha logrado algo... lo releo y no caigo... ¡Fabi ha admitido su homosexualidad! ¡Demonios me quiero imaginar la cara de la muy forra! ¡Vamos Fabito querido que vale la pena vivir, al fin lo que todos pensábamos era verdad! ¡Que inmensa alegría que lo dijera al mundo de una buena vez!

Es que no lo creo, por Dios. Eso explica tantas cosas, detalles que nunca cerraban... ¡Qué movida maestro! Ajá, ahora entiendo que no lo haya encontrado en el facebook últimamente... Jaja, qué bueno. ¡Cuando lo sepa Gonza! Excelente noticia, sobre todo eso de venir a visitarme pronto.

¡Yupi! Lo llaman salir del clóset, yo lo llamo "muchos huevos" para enfrentar lo que venga. Bue... A ver, mi celular sigue recordándome las notificaciones sin revisar. ¡Eh, cuántas tengo! Bueno, quizás los mensajes

de Alex pude hacer virar las intenciones apetitosas de mi razón.

Aguárdenme un momento. Esto no está nada bien, nada bien.

(***)

Regresé. Cómo describo lo que pasó. Ví los mensajes de Alex. Sí, todos. Fue entonces cuando, de verdad, mi euforia se convirtió en desasosiego. Comencé a preocuparme y mucho. Mi compa de trabajo me había enviado una serie de mensajes, separados por escasos minutos los primeros nueve y por una media hora después los dos últimos, enviado uno tras otro al parecer.

Si el horario de los mismos es correcto, cosa que supongo ya que mi celular posee una excelente antena y prácticamente no me moví de mi cubículo en esas horas del día, entonces... puedo afirmar que algo andaba y anda mal con Alex.

Primero me avisa que mientras regresaba a su casa, y a tres cuadras de su hogar, tenía la impresión que lo estaban siguiendo. Aclaraba que era un Toyota (por el 'logo' según él, aunque mucho de auto no sabía) y de color azul francia. Luego, en otro, dice que desde hacía una veintena de cuadras el vehículo iba tras suyo. Hasta aquí no me pareció nada fuera de lo común, mi compañero era un poco exagerado y su casa quedaba en un tramo altamente transitado de la ciudad.

Sin embargo, cuando leo que el auto también dobla en la intersección con Penella, que es una calle que normalmente no se toma excepto que vayas a la parte este del barrio de Alex, donde no ay tantos vecinos... eso no me gustó un comino.

En los dos siguientes indicaba que había detenido el auto y que no se atrevía a bajarse, asimismo se mostraba tenso porque el otro auto se había detenido una cuadra antes que el suyo.

Luego, dos minutos después, me pregunta qué hacer... como ya les dije y reitero, nunca ví el mensaje a tiempo, y en caso de haberlo hecho, no creo en verdad haberle podido dar una respuesta. Quizás solo el llamar a la policía y esperar. Pero como siempre digo, ay que estar allí. En ese momento, en su pellejo. Después de eso, otro mensaje preguntándome qué hacer. Y luego, el último antes de la pausa entre las comunicaciones: que había decidido bajarse del auto porque ya no podía controlar los nervios.

No sé como catalogar lo que les estoy relatando. En parte me corre un escalofrío por la espalda, en parte intento no preocuparme. Máxime cuando en los dos whatsapps siguiente escribe, secamente: "Perdoname

por haberte preocupado, todo bien" seguido de un "Nos vemos".

He aquí que les informo que Alex nunca escribe sin colocar punto final a sus frases. Y por supuesto, nunca usa el "nos vemos". Está bien, tranquilo, no tengo que psicopatearme a mi mismo más de la cuenta. Puede ser que del miedo que pasó en esos minutos haya pasado a relajarse y escribir, no sé, mientras estaba mirando tv en su cama o al terminar de ducharse. Todo esto, lo confieso, me huele a feo.

Por más que insista en calmarme, tengo que llamarlo y saber que pasó. Suena su ringtone horrible y característico. Sigue sonando. No atiende.

-¡Vamos!- pienso, pero la llamada es tomada por el contestador. Vuelvo a llamar. Idém. Nada, salvo esa musiquita y el "Aló, soy Alex y en este momento no puedo atenderlo, si es algo importante deje su mensaje, caso contrario le ruego ahorre saliva y tiempo. ¡Gracias!".

Corto y le envío un mensaje para ver como estaba.

Una tilde. No lo recibe. Espero. Pasan al menos treinta segundos, dos tildes. Al menos mi envío llegó a su celular. No tiene la hora de última conexión. Dejo mi smartphone en la mesada de la cocina y me dirijo al toilette a tomar un baño. De veras lo necesito. Mientras tanto, bajo el agua tibia, trato de encontrarle una explicación medianamente razonable a los recados de Alex. En este momento es cuando escucho el sonido singular de mi mensajería instantánea. Espero que sea de mi amigo. Me seco lo más rápidamente posible y toco la pantalla del teléfono. Es él, quien responde "Estoy bien no te preocupes". Nuevamente, sin punto al final de la oración. Bah, estoy demasiado cansado para seguir tan ensimismado con todo esto. Mañana será otro día y tendré oportunidad de conversarlo personalmente con Alex.

Me encanta el olor a las sábanas limpias. Trato de cambiarlas cada dos días máximo, reconozco ser quisquilloso al respecto. Hoy el suavizante que compré hizo gala de su aroma. Excelente, y fresco. Me tapé solo hasta la cintura cuando, ante una picadura de un maldito mosquito, recordé que no había comprado el insecticida que tenía que adquirir, precisamente para evitar esto. Entonces me puse a leer, para evitar que el asesinato de bichos sea mi única actividad. Estaba con Bryson y su breve historia de casi todo, libro que recomiendo, cuando por enésima vez mi cabeza empezó a diagramar una posible solución al problemita de productos de LA FIRMA.

Es hora, a pesar de ser la una y media de la mañana, exponerles brevemente mi idea. En mi empresa, como en todas, hay recursos, los que son escasos. Dinero, personas, instalaciones, maquinarias, etc. No abundan como agua que sale de un manantial. Bueno, para obtener ganancias y subsistir, al menos bajo "nuestro" sistema capitalista,

necesitamos poner a producir esos medios en actividades que, la mayoría de las veces, compiten entre sí. Si hago una cosa, estoy dejando de lado la posibilidad de hacer otra. ¿Estoy en lo cierto? Ahora bien, uno debe tratar de conseguir distribuir los recursos de la forma más óptima posible. Me refiero a que, podemos intentar que nuestro ingreso en dinero sea el más alto posible, o disminuir los costos al máximo, o que la diferencia entre ambos sea la mayor que podamos obtener. Si bien parece que hablo de lo mismo, no es el caso. Para minimizar los gastos deberemos tener en cuenta variables, algunas de las cuales no se tienen en cuenta si "solo" quiero aumentar mi flujo de caja. Espero que no se torne confuso lo que les digo: resumiendo, conforme a mi objetivo, selecciono para su análisis solo aquello que es importante para el mismo.

Me gusta, personalmente, utilizar para solucionar este tipo de problemas a aquellos métodos que derivan de la programación lineal. Simplificando: es lineal porque utiliza líneas, o mejor dicho, funciones matemáticas lineales. Y programación no tiene que ver con computadoras, aunque usemos mucho de ellas para simplificar cálculos, sino de un programa, un plan de acción. El método de resolución utilizado en este tipo de problemas se denomina simplex (no se guíen por el nombre, como mencioné con el término programación anteriormente) y utiliza procedimientos algebraicos, aunque parte inicialmente de conceptos geométricos; o sea a partir de figuras, líneas, puntos, hace cálculos matemáticos usando cantidades conocidas o no, fijas o variables. La solución se obtiene a través de iteraciones, es decir que repite una serie de pasos una y otra vez hasta alcanzar la meta deseada.

Acá viene lo interesante: cuando una empresa utiliza modelos para analizar y proyectar sus ventas, costos, su producción, se basa en estimaciones, no en valores fijos, invariables. El futuro no es algo cierto, sobre todo en el país en el que vivimos. Las variables del contexto no son para nada controlables: políticas económicas, inflación, tipo de cambio, competencia, proveedores, clientes. Cuando estamos ante estimaciones que dependen de decisiones dentro de la empresa, damos en el clavo: debemos tomar el toro por las astas y estudiarlas a fondo. Se vuelve imperioso hacerle a nuestros cálculos un análisis de sensibilidad, esto es ver como afecta a nuestro resultado original el hecho de que determinados valores fijos, pues dejen de serlo en ciertas proporciones. En este preciso punto es donde LA FIRMA, en mi opinión, ha fallado sobre manera y en primer lugar. "Es cuestión de cómo se dicen las cosas amigo, de sensibilidad che" Se me viene a la mente, interrumpiéndome, una de las frases preferidas de Alex. Me siento cansado, ahora sí que voy a dormir.

Ah no. Una cosa más. Entro a Nina, hoy va a pasar la noche dentro de la casa. Al igual que muchos animales, tiene la facultad de percibir estados de ánimo de su dueño. Ella sabe que estoy medio embarullado últimamente, y se hallaba de hacía unos minutos rasguñando la puerta del

patio, así que bienvenida su compañía. Se queda a un lado de la cama, acostada sobre mis zapatos. Me observa mientras mueve de lado a lado su cola. Se me cierran los ojos. A demain.

Capítulo 8

Capítulo VIII

Dormí pésimamente. Me lo pasé soñando con osos pandas asesinos (¿pandas?!) armados de garras al estilo Freddy Krueger. Estos animalitos se pasaron horas intentando no solo matarme, sino lograrlo de la forma más más sangrienta posible. Lo más llamativo es que no había otra persona 'reconocible' en el sueño, excepto por un deforme Alex que intentaba decirme algo, pero el pobre... no contaba con su lengua... digamos que su lugar era usurpado por una especie de víbora de tres cabezas que se entrelazaban entre sí, rítmicamente moviendo sus lenguas. Se veía no solo asqueroso, lo que es obvio, sino muy preocupado, estimo por no poder expresar lo que deseaba comunicarme. Me hacía todo el tiempo señas con sus manos, al menos el que transcurría entre contrarrestar los continuos ataques de esos úrsidos feroces.

Todo el tiempo del sueño se repetía la misma música de fondo:

*"Too real is this feeling of make-believe
Too real when I feel what my heart can't conceal
Yes, I'm the great pretender"*

¿La reconocen? Seguramente... ¡La pesadilla daba para un tema de heavy metal, no para esa canción! Les sigo contando. La música aparentaba ser emitida por una radio vieja, invisible a mis ojos; era traída por la brisa helada del lugar, un bosque repleto de abedules. ¡Qué delirio! Creo que el frío fue lo único agradable de esa fantasía.

Amo las bajas temperaturas, y mi subconsciente aportó una pequeña cuota de satisfacción en mi favor, jaja. Cuando me desperté, estaba bañado en transpiración y muy cansado. Miré con ansiedad mi brazo izquierdo, que había sido desmembrado minutos antes por el más grande de los osos. Sí, estaba en su lugar, sin siquiera un rasguño. Es lo maravilloso o lamentable, depende de lo que hayamos soñado, de este tipo de experiencia. Al despertar, todo vuelve a foja cero.

Nina me mira tiernamente, con la cabeza de costado, aguardando que le abra la puerta del patio para salir a hacer sus necesidades. Me muevo y me muestra su ansiedad.

Desayuné a la velocidad del sonido (no quise exagerar tanto más, la luz viaja a 300.000 km por segundo pues) y me marché a LA FIRMA. Por

supuesto, estoy extremadamente ansioso por conversar con Alex. Negarlo sería mentirme a mí mismo y a ustedes, quienes pacientemente leen el relato. Mi tendencia hacia la aplicación indiscriminada de la dialéctica existencialista del camarada Søren no está teniendo los resultados deseados. En resumen: "Debo encontrar una verdad que sea verdad para mí", digo, pero estoy repleto de dudas. Decido pasar por la oficina de amigo para conocer su estado, pero me veo interrumpido en mis pasos por Jesús, quien con el ceño fruncido me dice, en voz baja, que requerían de mis servicios en su sector.

-Ya voy, paso a dejar estos papeles en mi escritorio y sigo viaje hacia allá- le digo.

Weiss asiente con su cabeza y sin mediar palabra se marcha en dirección del ascensor. Pero de repente voltea hacia mí, vuelve sobre sus pasos y me dice una de las máximas de Rommel: -Ante la duda, ataca-. Ja.

Sigo mi camino. Me vuelve a mi cabecita el consejo de Jesús. 'Dejarla ir', como si fuera tan fácil. Bueno, les decía, llegando a mi "blanck", advierto que Matías se encuentra fisgoneando debajo de su escritorio.

-¡Buenas! ¿Se te perdió algo Matías?- le pregunto.

Levanta la vista y sonrío: -No querido, es que he pateado algún cable y no funciona la computadora. La de limpieza revuelve todo cuando hace su trabajo, y eso me enfurece un poquito. Estimo algo que ver con electricidad...-

Si bien estaba apurado, me detengo dos minutos a tratar de ayudar a mi compañero. -A ver estimado, permítame revisar por un momento- Imposible describir el verdadero desastre de cables que había debajo de ese mueble, todos enredados y algunos en extremo tensos. No entiendo como no se le desconectó algo mucho tiempo antes a este hombre. Me ensucio un poco (algo de polvillo, varias telas de arañas al fondo) pero al menos las principales conexiones quedaron en orden. Matías había pisado un cable, que movió el gabinete aplastando el botón del estabilizador de tensión, que se encontraba colgado por su cable de corriente, apoyado entre aquel y el sostén izquierdo del mobiliario. Como les dije, fue un milagro que mi compañero tuviera en este tiempo y quien sabe dese cuándo su máquina en funcionamiento en tales condiciones.

-Listo señor, puede Usted continuar con sus tareas- bromeo con mi forma de tratarlo.

-Muchas gracias querido, te lo agradezco profundamente- me dice mientras me quita con su mano una fina estela de pelusas y algo más de

mi camisa.

Yo también me sacudo un poco, y mientras dejo unas copias sobre mi escritorio le digo: -No hay de qué, estimado. No hay de qué.- Enciendo mi computadora y con premura me traslado hacia sector de transporte. Veo el ascensor que está en el subsuelo, seguramente debido a que alguien viene o va por su automóvil, entonces decido usar las escaleras hacia el piso superior.

Grande es mi sorpresa cuando, luego de tocar la puerta de la gerencia del área, encuentro a mi jefe, al de transporte y a... dos personas elegantemente vestidas, las que si mal no recuerdo, estuvieron la vez de la memorable redada policial a LA FIRMA. Mientras Ricardo me invita a pasar muy amablemente, sigo mirando a esos dos tipos: definitivamente, eran dos de los detectives que realizaron parte de los interrogatorios en aquella oportunidad. La intriga por saber que quieren de mí, es decir, no estoy taaan nervioso pero el impacto visual comenzó a carcomerme.

- Jonathan, tomá asiento. Necesitamos un poco de tiempo, es por eso que tu supervisor se encuentra presente en este momento.- el que habla es Esteban Blasonari, cabeza de la sección donde ahora nos encontramos. No quiero sentarme.

- Sí, no te preocupes. Es que estos señores querían hacerte un par de preguntas, y nos pareció acertado traerte a esta oficina, para evitar rumores innecesarios, viste...- Ricardo toma la palabra e intenta suavizar las cosas, creo, mientras me mira a los ojos, apoyando su mano izquierda sobre mi hombro. En forma elegante se la corro, en esto momentos no quiero que me toquen.

En tanto, asiento con mi cabeza y cojo una silla, de esas con rueditas. Me apresto a apoyar de mala gana mi trasero sobre ésta. -Está bien gente, no hay ningún inconveniente. Sepan dispensar el estado de mi camisa, estuve en contacto con un poco de... polvillo recientemente.- intento mostrarme tranquilo, cuando por dentro ahora soy una bola de nervios. *¿Qué demonios querrán Watson y Holmes?*

- Señor Wosniak, voy a ir directamente al grano. Por información que hemos obtenido usted es uno de los mejores amigos del Sr. Fernández - ¿¿qué tiene que ver Alex en todo esto?? - Ayer se reportó mediante un llamado al 911 la existencia de disturbios en el domicilio de dicha persona. ¿Sabe usted algo al respecto?-

No respondí y miré a Ricardo.

El investigador se me quedó mirando.

Luego continuó: -Al arribar los agentes de policía encontraron la vivienda toda revuelta... y con la ausencia del dueño. Desierta. El auto lo hallaron estacionado afuera, y las llaves estaban sobre la mesa. Incluso su teléfono celular se halló en el baño. Lo verdaderamente intrigante de todo esto es que en ciertos lugares del domicilio se hallaron rastros de sangre, de la que aún no es posible determinar su origen ni dueño.- ...estoy totalmente atónito.

-En el día de la fecha, Alex no ha concurrido a las oficinas como tampoco ha cursado notificación a LA FIRMA referente a su ausencia. Conforme su amigo no cuenta con familiares directos, ni pareja conocida, reitero, siempre conforme a los datos que hemos estado recopilando, y siendo que usted, Señor Wozniak, parece ser la última persona que tuvo comunicación con él, conforme surge de la revisión del smartphone, es que hemos recurrido a su testimonio.- esa reiteración de mi apellido me parece innecesaria: el intento intimidatorio típico.

El silencio ha invadido la sala. No sé que decir. Estoy helado. Me siento terriblemente culpable de no haber visto ni respondido los mensajes de Alex. Todo ello sumado a la incertidumbre sobre el esta actual de mi amigo. ¡Maldita sea! Debí haber hecho algo antes... cuando él me pidió consejo. Me necesitaba y no estuve dispuesto, sino solo para mis intereses. ¿Dónde estará ahora? Por Dios, que se encuentre bien. No me doy cuenta que mientras me achaco actitudes, el inspector seguía hablándome.

- Jonathan, ¿te encuentras bien?- la voz de Ricardo me despierta de mi letargo.

- Sí, sí. ¿Qué me decía? Disculpe...- miro al agente, el más flaco, alto y viejo de los dos.

- Le pregunté si podía aportarnos algún dato respecto de sus comunicaciones con el Señor Fernández. Éste, según tengo entendido, le había notificado que un auto lo estuvo siguiendo por unos minutos, antes de arribar a su casa. ¿Eso es correcto?-

Me paso la mano por sobre mi cabello. Juro que quería arrancar parte de éste: - Sí, fue como lo describe. Pero nuestros mensajes no fueron seguidos en el tiempo. Alex... Alex me había escrito bastante tiempo antes que yo viera los whatsapps...-

Me quedan observando, esperando que sea más extenso en mi respuesta. Es evidente.

- Verán, Alex, es... es especial. Buena gente, y muy sincero, quizás a veces demasiado. Valoro nuestra amistad como una de las pocas cosas que en verdad valen la pena en mi vida.- me siento terrible, pero no voy a

lagrimear.

-Cuando uno conoce a otra persona por tanto tiempo, tiene a relativizar ciertas actitudes del otro, no por querer menoscabar su importancia, sino porque se conocen las intenciones y la forma de ser. Alex exagera normalmente las cosas, es una marca registrada suya, pero lo hace desde ese niño que todos llevamos dentro. A veces reacciona en maneras impropias de su edad, pero bueno, los años no se condicen con lo que realmente somos en muchos casos, ¿no lo creen?- los miro a los ojos, de derecha a izquierda, uno a uno -Las emociones son traicioneras, y en este caso el equivocado fui yo... pensé que se trataba de otra obra de su imaginación. Pero, como ustedes pueden notar, no fue el caso.-

-Está usted diciendo que estos episodios eran normales señor...- me insinúa el sabueso delgado cuando lo interrumpo.

-Quiero decir lo que le estoy diciendo, ni más ni menos. O a usted no le puede suceder que tenga un auto detrás buen tiempo, se alarme y empiece a prestarle más atención al conductor. Que en caso los minutos o las cuadras de ese "alguien" en su retrovisor vayan en aumento, hasta el punto de juzgarse excesivo, usted, inspector, no se fuera a sentir una especie de fulgor en el pecho. A mi me ha pasado... -mi jefe levanta la mano asintiendo con su cabeza, lo señalo -... a Ricardo también. En el caso de Alex lo único diferente fue que señaló que el auto se detuvo una cuadra antes, lo que en este particular caso no es tan descabellado cuando el barrio termina cerca de la casa de mi amigo. La calle no tiene salida hacia ningún lado excepto para una rotonda sin asfaltar que retoma a la ciudad.-

El gordo no deja de hacer anotaciones mientras hablo -Y sobre manera, pongo énfasis en lo que antes expuse: vi los mensajes mucho tiempo después al momento en que me fueron remitidos.-

El interrogador se rasca la pera con sus uñas, como buscando algo debajo de su piel. Me mira, me juzga, me está diciendo que miento con esa mirada plagada de recelo. Qué deseos de tomarlo del cuello y gritarle al oído: -¡DEJE DE PERDER TIEMPO Y BUSQUE A MI AMIGO!- Pero no puedo, ustedes y yo sabemos que no es posible.

El tipo hace un gesto un poco despectivo mientras le susurra unas palabras a su compañero al oído. -Sin embargo Sr. Wozniak, con posterioridad a los recados del Sr. Fernández, usted se comunicó con él. ¿Estoy en lo cierto?- fija sus pupilas en mi rostro mientras golpea tres veces con el dedo índice de su mano derecha sobre la mesa donde se encuentra apoyado. Este idiota sabe como poner nerviosa a la gente, está claro.

Tragué saliva: -Por supuesto que le escribí, preguntando como estaba, a lo que se me respondió que no me hiciera problema y que me veía hoy acá. Déjeme decirle...- esta vez el que sufrió la interrupción fui yo, ante una sonrisa socarrona de Holmes

-¿Qué forma de hablar es esa Wozniak? ¿¿" Se me respondió"?? ¿Qué está intentando decir? Nos habla maravillas de su amigo, ¿para luego traerse esta frialdad para con él?- no lo tolero ya a este tipo.

-Me alegro que lo notara. Dije lo que dije porque la persona que me contestó no era Alex. No se trataba de mi amigo. Ayer tenía una leve duda, pero hoy puedo confirmárselo.- espero no embarrar todo con lo que digo.

-¿Ah si? ¿Qué cambió desde ayer a hoy para que esté tan convencido?- una palabra que se me escapa y me la hace pagar el muy cínico.

-Anoche, sus últimos mensajes no fueron escritos de la forma en que mi amigo redacta sus frases, oraciones o como guste llamarlas. Hagamos esto corto: lo conozco y mucho, sé de qué estoy hablando. Hoy Alex no está en la oficina. O casualidad, no avisó a nadie que no acudiría a trabajar. Personalmente recibí ese mensajito que nos veríamos acá. Hoy ustedes me están interrogando por un llamado al 911 y todos los etcéteras que siguen. No hay que ser un genio ni vidente para darse cuenta que mi amigo está en problemas.- dije, satisfecho de mi explicación.

-Entonces insinúa que otra persona tuvo en poder el celular de...- me levanto y miro a Ricardo mientras el agente quería eternizar el cuestionario.

- Señor, tengo que trabajar. Le dije todo lo que sé. No insinúo, digo lo que pienso y relaté los hechos lo mejor que pude. Sepan dispensarme.-

Entre los agentes se hicieron una seña para dejarme ir. -Vaya nomás, Jonathan- dijo Ricardo.

Me dirigí a mi oficina. Con la cabeza en mil y una especulaciones. Escuché un "pero" proveniente de la boca de Sherlock aunque evité que afectara mi salida. La palmada de Ricardo en mi espalda, de pasada, fue suficiente para hacerme sentir mejor. "Bien nene, hiciste buen trabajo" Me lo imaginé diciéndome ese cumplido.

Me siento en mi lugar, me tapo con ambas manos los ojos, apoyando mi cabeza sobre aquellas. Se me viene una frase a la mente:

'Lo que de los hombres se dice, verdadero o falso, ocupa tanto lugar en su

destino, y sobre todo en su vida, como lo que hacen'

Dios quiera que usted esté equivocado, estimado V.H.

Capítulo 9

Capítulo IX

Les aseguro que estoy tratando de enfocarme en lo que debieran ser mis tareas, pero me es muy difícil. Se puede estar físicamente en un lugar y en espíritu en otro totalmente diferente, lo creo indiscutible y en este momento soy un ejemplo de ello. Los sentimientos les había dicho, pucha que son complejos eh. Todo lo que me ha venido sucediendo desde ese maldito casamiento hasta aquí se ha estado concatenando de una manera indescifrable para mi mente.

Me gustaría que Fabi viniera pronto a visitarme, como prometió en su carta. Pero, es cuestión de que se comunique. Tiene mi celular, pero supongo con todo esto, conforme a cómo es mi amigo, es la razón principal por la cual ha cambiado su número. La fotito del whatsapp no es la de él, excepto que se haya tenido cirugía masiva y se parezca ahora a esta voluptuosa mujer que tengo a la vista. Pensar que una vez me dejo: -Tenés que ser más vertical hermano, las cosas pasan en la vida cuando se va directo al grano. Ejemplificando... Algo... algo así como Hemingway pero llevado al mundo real.-

Recuerdo cómo odié "Fiesta" la primera vez que la leí. Y cómo me pasó exactamente lo contrario con "El viejo y el mar". Ja, mismo autor, experiencias antagónicas. Al fin y al cabo, volviendo a Fabi, espero que esté bien. Tantos años con esa espina clavada en su corazón... Debe doler... Debe doler una enormidad. Lo imagino ahora como en ese texto de Gabriel, "caminando junto a su actual pareja por algún paseo, por las mismas calles que recorrieron en el pasado. Yendo a visitar a algunos amigos, y siendo que todos ellos los trataran como a una pareja de amantes que había encontrado al fin una segunda oportunidad sobre la tierra" (1)

Ahhhh. Salgo a tomar un poco de aire. Le pregunto a Matías si desea que le alcance algo del kiosko ubicado a media cuadra de la entrada de LA FIRMA, al que siempre recorro en pos de mi gaseosa de naranja y mi alfajor triple cerca del mediodía, a lo que responde: - Marlboro mentolados. Los azules. Box. Un atado. Gracias.-

Le alcanzo a ver la parte superior de su cabeza por encima del tabique. - Listo, en una rato vuelvo.- le respondo, mientras se asoma su mano indicándome un claro y bien argentino "andáte, rajá de acá". Me roba una

sonrisa. Le hago caso.

Bajo por el ascensor. El de seguridad de la puerta principal es nuevo, no me resulta familiar. Qué extraño que no lo haya notado al ingresar a la empresa. Quizás es solo que el sujeto que está habitualmente esté de vacaciones. Bah, poco me importa en este momento. Solo necesito caminar unos metros, mirar el cielo desplegarse sobre mí y despejarme.

Las aves (no sé mucho al respecto, generalizo entonces: las palomas lo son), ubicadas sobre el lapacho rosado de la esquina, cantan alegremente. Es un día soleado pero muy húmedo, característico de la ciudad. Me detengo en cerca del final de la acera, ante el semáforo. En este horario hay mucha gente en esta zona, por que éramos muchos esperando la luz blanca de paso para peatones. Nos asemejamos a atletas que están a punto de largar una carrera en esos momentos, je, al menos es la imagen que recrea mi mente.

Entonces siento la respiración de alguien detrás mío se hace cada vez más fuerte. No me sorprende ni me asusta el amontonamiento, es común. Pero que te digan casi al oído, "cuidado con lo que hablás con la poli, Jony"; que un personaje, de aspecto sombrío, te embista por detrás mientras supera tu paso; y que girando su cabeza te mire de forma desafiante mientras se pierde en la multitud, tratando de infundir todo el temor posible en vos... no es para nada, para nada corriente.

Mientras buscaba en forma desesperada con la vista algún oficial de la ley para reportar a este sinvergüenza, se escabullían entre la multitud, impunemente. Aceleré mis zancadas, pero mi búsqueda fue estéril. Es probable que se haya metido en la galería de comercios, unos metros más adelante.

Ya no quiero seguir buscando, de cualquier manera yo era solo y el tipo era de contextura bastante mayor a la mía. Además, quien sabe, tal vez estaban armados. Quizás no, pero no puedo arriesgarme. ¿Cómo sabe que hablé con los inspectores? Es que acaba de suceder hace menos de media hora, no me figuro la maldita forma en que a estas inmundicias se les haya revelado esa información... tan rápidamente.

Ok, claro, alguien dentro debe estar involucrado. Seguramente. O... podría tratarse de los mismísimos policías.

Deseo dejar de crear conjeturas innecesarias. No tiene sentido. Voy al kiosko y solo traigo el paquete de cigarrillos para Matías. Vuelvo a LA FIRMA y el sujeto de seguridad me observa, se acerca con seria intenciones de conversar. Miro hacia mis pies y lo evito con mi mejor cara de abstraído. Cojo el ascensor nuevamente, esta vez va lleno. Al descender transito con prisa la oficina hacia mi silla. Solo quiero desplomarme sobre ésta y detener mis pensamientos. -Aquí tiene su

pedido señor- le digo a Matías mientras le alcanzo los cigarros. Se para y veo que intenta tomar su billetera para pagarme, pero lo detengo: -Luego arreglamos, no hay problema.-

Él se da cuenta que ando "con los patos volados" (dixit de su propia boca) y me responde con un corto ok. Me guiña el ojo antes de volver a sentarse. Yo, por mi parte, me desparramo sobre la butaca, mientras me quedo contemplando la obra de Kandinsky. Figuras geométricas, líneas, colores, formando un espacio colmado de elementos abstractos. La venero. Adoro esta pintura. Es algo así como una invitación a abrir la mente de aquellos que solo podemos ser testigos de una creación semejante.

Entonces nuevamente, merodeando furtivamente, los dichos del contador comenzaron a rondar en mi mente: "sus iniciales, el número de la casa y los cuatro últimos números de tu ..." del maldito celular. Estoy plenamente convencido que mi amigo habló de más, y esta gente llegó a nosotros. No hay otra razón posible, vuelvo a insistir, ni Alex ni yo contamos con enemigos, como tampoco hemos estado inmiscuidos en cosas raras. Si solo pudiera descifrar lo que esa línea significa.

Mientras, garabateaba sobre una hoja con mi monitor mostrando el protector de pantalla con imágenes alternadas de las instalaciones de LA FIRMA y su gente. En realidad nunca dejo la pantalla encendida o los veinte minutos necesarios para que la presentación se inicie, pero bueno, hoy el día no fue para nada normal. Mi atención deja ambos, cuadro y enigma alfa-numérico, y se enfoca sobre las fotos. Fueron tomadas cuando se inauguró el ala este de la empresa, una expansión edificada sobre el hasta entonces pedazo de cuadra no adquirida por el directorio. Van sucediéndose una tras otra, con apenas unos segundos entre la presente y la sucesiva. Tres segundos, para ser más preciso.

Entonces veo a Alex y su grupo de trabajo, y siento un pesar inmenso en mi pecho. Se lo ve abrazado a su amor platónico, Margarita, una señora entrada en años que en sus años de juventud debió de ser extremadamente bella. Se jubiló hace dos años más o menos. Fui yo quien compró los chocolates que Alex le regaló, ja: qué muchacho especial mi amigo, un poco más y se le declara en su último día de vida en LA FIRMA. -Está sola amigo, solterita- me decía de vez en cuando.

Claro, lo que él no sabía y yo no le mencionaba para no robar su ilusión, es que Marga era viuda desde hacía tiempo y que había jurado permanecer en soledad hasta el final de su vida. Créanme, era muy afín a Ricardo y ante mis insistentes averiguaciones en pos de los deseos de mi amigo, mi jefe no tuvo más remedio que confiármelo. Por otro lado, la frase de Jesús me sigue persiguiendo. Dejarla ir...

Me voy a casa. Matías hace rato se marchó, al igual que el resto de los compañeros de oficina. No vi pasar a gran parte de ellos, sumido en mis pensamientos, supongo. Nolito y su balde andaban ya recorriendo las instalaciones: su auto estaba aparcado donde siempre, concluyo mientras miro por el ventanal. No tengo en esta ocasión deseo alguno de intercambiar una sola palabra con nadie, el sereno incluido, por lo que apuro mi salida antes de cruzármelo por ahí.

No voy a describir el camino a casa. Saben ustedes que no estoy de humor para alargar mi relato, sepan dispensarme. Voy a decirles solamente que mi Nina me esperaba, como siempre, con el mejor de los ánimos, dando pequeños saltos y acariciándose usando mis piernas. Es probable que nuevamente duerma dentro de la casa, no deseo estar solo. Me quito la corbata y la arrojo arriba de la heladera (sobre el sillón sería un bocado más para Nina). Coloco la sartén sobre la hornalla y pongo a cocinar un par de hamburguesas, mientras le muestro la caja a mi perra, quien se relame con solo verla. Enciendo el televisor, sin sentido alguno, o mejor dicho por mera costumbre: dejo las noticias a ver si me entero de algo interesante, pero están mostrando la pelea y posteriores amenazas de los miembros de la parejita de moda en la farándula. Vermouth helado en mi vaso, leche fresca en el plato de mi compañera.

Entonces, siento que la llovizna empieza a caer sobre la ciudad. Con el agua golpeando el techo recuerdo un pequeño fragmento de la película de Auschwitz, que miré gracias a las de Jesús. "Aquí se entra por la puerta y se sale por la chimenea" era el lema de sus campos de concentración. Qué mierda de gente... Asomo, a través de la ventana que da al patio, mis dos pequeñas macetas portando las kokedamas y las dracenas.

-Las raphis eran riquísimas, ¿o no Nina?- Ella me mira con pesar, como reconociendo el reproche. Responde con un parco bramido. La tomo del hocico y le sobo la frente, solo bromeaba, pobrecita. Recupera ese semblante jovial que la caracteriza, si puede decirse que los animales son capaces de adquirir uno, y mueve su rabo sin parar.

De repente advertimos el sonido de un golpe muy fuerte proveniente de la parte delantera del departamento, la que da sobre la calle. Algo golpeó violentamente la puerta. Nina ladra enloquecida en tanto corre hacia el living sin demora. Voy detrás de ella. Mi perra mira con odio la abertura, continúa ladrando sin parar. Me asomo por la mirilla. No se vé a nadie afuera. Alcanzo a observar una especie de objeto en el piso, a centímetros de la alfombra al pie de la entrada. ¿Será con eso lo que castigó la madera del pórtico? ¡Qué demonios!

Nina quiere salir a toda costa. Está fuera de sí. No se calla ni cesa en su atención sobre la puerta. Intento calmarla, pero este resulta infructuoso. No sé que hacer, en verdad. Miro nuevamente por la alidada. Veo.. ¡hay dos personas en la oscuridad! La llovizna se convierte en lluvia y

relámpagos, mientras mi miedo se vuelve auténtico terror... ¡La electricidad se va! ¡Maldita sea! ¡No ahora! Debo llamar a la policía... Me aferro a Nina. Dios mío (...)

(1) : texto original
en <http://megustaescribir.com/obra/leer/52128/autoficcion>

Capítulo 10

Capítulo sin número agregado a continuación de... bla bla bla.

Buenas, a todos. Buen día, buenas tardes, buenas noches, conforme al momento en que lean.

Haber hallado este manuscrito fue algo inesperado, pero para ser sincero, muy pero muy divertido.

Las anotaciones de este chico, Jonathan, han sido motivo de risas varias. ¿Quién se cree este pendejo? ¿El dueño de la pelota?

El muy necio tuvo la sensación que por haber sido oyente, tanto él como su amiguito, de un trozo de conversación entre un pusilánime contador y mi jefe, se había hecho acreedor a una bola de cristal, con la que experimentaba periodos de pelotudez que le hacía suponer que desentrañaría un asunto del que no tenía la más pálida idea de qué se trataba. ¡Qué pedazo de perejil!

Lo mejor de todo fue ese intento de comerse el papel de genio, queriendo solucionar por sí mismo un problema de la empresa... ¡me tiento al pensarlo!

Si sí, he leído, con esfuerzo, el resto de sus palabras. Jaja. Perdón. Pero qué jocoso es esto, ja, aunque no pretendo burlarme mientras escribo... para nada... capaz que en cierta medida, digamos, que sí.. bueno, desde un poquito a 'bastante', sí... jajajaja.

El susodicho, perdón, éste caballero, es un empleado raso con algún conocimiento de economía. Claaaaa, dicen que soñar no cuesta nada, jajajaja.

La firma con mayúsculas, ha escrito decenas de veces. Es su punto de vista, ja: ¿que puede saber este pibe de la empresa? Un sueldito, un cargo y son Gardel.

Yo, gente, en cambio, estuve cuando se fundó. Cuando se puso el primer ladrillo en el edificio. Pasé la época de los milicos, cuando borraron a quince compañeros nuestros. También ví la primera gran expansión productiva, así como crisis del 89 y el robo del dos mil uno; sí que estuve, siempre con la camiseta puesta: ¿para qué? Para que me echaran como a un perro. La firma se escribe con minúsculas, carajo. ¿Por qué? ¡Porque

esa empresa ES su gente!

Pero, asumo el compromiso, y me dirijo a ustedes, lectores de Jonathan. Voy a continuar con esto. Mucho no me convence. Verán como sigue la historieta, pero... pero, la pienso enriquecer con mi propio punto de vista. A las cosas siempre hay que tratar de mirarlas no solo con un ojo eh. Ejem, por lo que noto, soy uno de los villanos, jajajaja.

¿Se preguntan quién soy? Paciencia popolo. No es el momento aún. Entiendo que el anterior narrador me ha descrito, por supuesto. Ustedes ya me visualizan como un auténtico hijo de puta, ¡por qué no decirlo ja! Sí, veremos que tanto eso es así. Pero pongamos un poco más de enigma a todo esto, a ustedes les gusta: sino no estarían leyendo estas líneas. A mí también, y bastante.

Entonces, dicho lo que antecede, al proseguir con mi escritura (¿así lo escribiría el salame de Jonhatan?) tendrán a su debido tiempo en sus manos ambas caras de la moneda para así emitir su juicio, y quizás su opinión no sea solo parcial.

¿Qué pierden ustedes? Nada. Se los aseguro. Y, atento que otras personas anteriormente nombradas ya no tienen ni voz ni voto, porque... se puede decir que ahora me pertenecen... decía, no hay muchas opciones para conocer lo que por ahora es solo intriga y conjeturas, jajaja, perdón me divierte todo esto.

¡Les da vuelta en sus cabezas el 'ahora me pertenecen' eh!

Cinismo al margen, crean en mis palabras. Solo tengan algo de la paciencia que le han tenido al niño bonito, su "Jona".

No os espante el dolor; o tendrá fin o acabará con vosotros.

Capítulo 11

Nuevo capítulo: Como sigue esto... deshaciendo lo nunca 'hecho'.

Choschamu, ¿ansiosos por leer la continuación de este relato? Por el momento no tengo mucho para contarles.

...

...

...

¡Ajá, se la creyeron eh!

Aquí estoy, tranca como decimos en mi barrio. Tal vez lo que para mí carece de importancia, para ustedes la tenga: por lo tanto, proseguiré con la labor narrativa.

Después de todo, es bastante divertido esto de reescribir algo ya pergeñado por otro individuo, con ideas diametralmente opuestas a las del que les escribe ahora mismo. Punto seguido, mamita, me asusta la manera en que redacto.

No voy a utilizar la falacia del hombre de paja contra él, descuiden.

A ver, a ver, saco una maniito, la hagooo bailar... Perdón, me voy por las ramas. ¿Por dónde comenzar?

Lo veo bastante claro. En primer lugar, dándoles a ustedes, ávidos seguidores de Jona, algunas novedades de los protagonistas: no sean pesimistas, los muchachitos de la película (perdón por la ironía) están vivitos y coleando; ni Alex ni Jonathan están... muertos. ¡Primera bomba!

Se los cuento sin rodeos, para así evitar la creación de falsas conjeturas al respecto. Como ya les comenté en el capítulo anterior (¿se escribe precedente?), podría afirmarse que por el momento están... 'bajo mi tutela'.

Que quede claro también, no los cuido como un buen padre a sus hijos. Digamos que yo pongo ciertas condiciones, y ellos las cumplen. O... las cumplen, jaja.

Es que verán, no tienen más remedio que hacerlo. Las facultades de acción sobre sus propios cuerpos y las condiciones en que pasan sus días, son bastante acotadas y duras, respectivamente. Me la jugué con la frase de nuevo, je.

¡Vamos! Tampoco soy un monstruo... Al menos los buenos amigos pueden comunicarse entre sí. No voy a decirles el cómo, pero den por seguro que a su modo tienen sus conversaciones de vez en cuando, jajaja.

En segundo lugar, ustedes amiguitos se preguntarán por la mascota del genio. Al menos eso creo, por ahí no les interesa un comino. Entiendo igual que algo de corazón han de tener, así que les cuento.

He de decirles que amo los animales, particularmente los perros. Sin embargo, como ya suponen, no realizo mi trabajo en solitario: mi compañero de pequeño había sufrido hace tantos años como mil, un suceso indeseable con un pitbull, del que nunca pudo recuperarse. Eso de las secuelas mentales, eh. El pedazo de cicatriz se le ve claramente en el gemelo de la pierna derecha, no necesito aclarar más.

En consecuencia, él no piensa como yo. No adora los caninos, sino que todo lo contrario. Claro, de los gatos nunca se queja, ni mu.

¿Qué les contaba? Perdón, soy alérgico a los pelos de esos bichos. Ah. Decía, así fue que... aguarden un minuto que no recuerdo el nombre... Nina, sí, la bella y de sonoros ladridos Nina, falleció tristemente. Oh sí, claro, luchó por su vida. Pero contra una nueve milímetros, no es fácil resistir. Como imaginan, murió en brazos de su dueño, desangrándose pero feliz, quien la abrazó fuertemente hasta que recibió el golpe de la culata del arma en su cabeza. No me gustó matarla, pero lo tuve que hacer. Se interponía en mi trabajo. Y no podía permitirlo.

Dejé que Jonathan la llorara un rato sobre sí. El pendejo tuvo su duelo eh. Corto, pero le dejé unos minutos para despedirse. Esa escena los hubiese emocionado sin lugar a duda. De una ternura total, jajaja.

Por supuesto que traje conmigo el cadáver, sí, y le dí la sepultura correspondiente. Reitero, no soy un engendro de la naturaleza. Nina murió en cumplimiento de su deber, en defensa de su amo. Se lo merecía.

Quizás no sea un ejemplo para la sociedad, pero ya lo verán, mi fuerte radica en la sinceridad. Soy lo que leen. Sin caretas, sin hipocresías. Esa de la que Jona escribió pero de la que también hacía uso. ¡Van a ver! Con el paso de las palabras algunos de ustedes terminarán dándome la razón.

Me perdí. Esperen que releo lo que escribí... ajá... va.

En tercer lugar: el contador, que no es para nada parecido al Ben Affleck de la película. No posee 140 de coeficiente intelectual, no es flaco, ni apuesto, ni sabe usar armas, jajaja. Sobre su actual situación, poco quiero decir, tan solo que... es difícil robar a un ladrón sin que éste último no lo note. Aquello no me concierne tampoco: no estuve involucrado en esa parte de la operación. Cuando hay mucho dinero de por medio, es mucha la mano de obra contratada, ¿me entienden? No fui parte de tal engranaje. En este tipo de trabajos, uno aprende que debe preguntar lo menos posible y obedecer con prontitud. Sencillo. Por supuesto, nos enteramos de ciertas cosas; los motivos, sin embargo, quedan para los que nos pagan. Punto.

Personalmente, no tengo nada contra los contadores. Lleva años de estudio aprender su profesión. Pero no me parece saludable eso de cobrar grandes sumas de dinero por solo hacer trámites o presentaciones online y para liquidar impuestos. Solo el impuesto a las ganancias resulta medianamente complejo de entender, pero en cuánto al resto... ni a palos. Estos profesionales deberían tener mas preponderancia en las decisiones económicas de sus clientes, pero no: solo te dicen cuánto y cuándo hay que pagar. Qué más da, hay peores: los abogados, por ejemplo, jajaja.

En último lugar, se preguntarán por mi persona. Soy un tipo normal, con familia, a la que tengo que mantener y cuidar. Si me preguntan si me gusta lo que hago, no puedo darles una respuesta definitiva. Solo les digo que es mi trabajo, lo acepto cómo es, y como siempre digo, alguien tiene que hacer el trabajo sucio. En este caso, me toca a mí.

Suficiente por hoy. Me altera el humor hablar de mi mismo. El día de mañana traerá nuevos bríos y palabras por aquí. Don Nicolás, el primer presidente de la firma (su nombre debería escribirse con mayúsculas como Jonathan lo hacía con la empresa), contaba de vez en cuando un cuento, muy corto pero en extremo interesante... mejor lo dejo para el próximo capítulo, jajaja.

Capítulo 12

El cuento

Nunca olvido promesas. Ayer les dije del cuento del Señor Nicolás, y sin más dilaciones a continuación se los presento:

“Érase una vez en una vieja cocina, en el primer cajón del mueble debajo de la mesada, se encontraba un también viejo separados de cubiertos, de plástico y color verde. Este contenía todo tipo de utensillos, de diversa forma y calidad: Como se imaginan, se encontraban mezclados elementos que provenían de la bisabuela, con los que eran legado por los abus, más algunos comprados y otros regalados en ocasión del matrimonio.

Era una gran comunidad de cachivaches. Tenedores, cuchillos, cucharas, sacacorchos, abrelatas, juntos en el separador verde. Todos ellos eran bastante unidos y socializaban mucho entre sí. Es que verán, no había mucho que hacer en esos lares, excepto claro en la hora normal del trabajo: almuerzo y cena. De vez en cuando solo las más pequeñas de las cucharas hacían horas extras por la tarde, cuando la viejita con ruleros comía mermelada o manteca con pan.

Se conversaba y bastante, sobre temas diversos: los olores de las comidas, la extrema que la señora les daba luego de cada uso, la debilidad o fortaleza de determinados metales (algunos utensillos eran doblados de vez en cuando, cuando el hijo de la dueña de casa venía a comer: eran muy fuerte sus manos) . Obviamente el ambiente no estaba exento de alguna que otra discusión, sobre manera entre aquellos con cuerpo de madera versus los metálicos, mucho más orgullosos de su condición y brillo. Oh si, el separador verde debía poner orden en tales momentos.

Como dije, se charlaba y de lo lindo. Todos lo hacían. Bueno, todos excepto... uno. El cuchillo de la punta rota y de mango de madera. El no. No se inmiscuía con nadie. Sí, escuchaba todo y era muy atento. Pero no le causaban nada de gracia las bromas referidas a su condición. A “mocho”, como lo llamaban, le incomodaba bastante esa extremo faltante.

“Mocho” era en cierto sentido discriminado por su dueña, a quien no le gustaban las cosas defectuosas. Igualmente se sentía afortunado, ya que no fue arrojado a la bolsa de residuos como se hizo con otros ex compañeros. Eso de estar abajo de todos los demás cubiertos lo había

ayudado siempre.

Sin embargo, el tener buen oído le hacía oír más de la cuenta. Había oportunidades que se enteraba de cierto desprecio que los demás cubiertos de mesa tenían por él, en pláticas no solo entre ellos sino peor, con la viejita. La señora los escuchaba, y lamentablemente creía los dichos de los tenedores de acero y los cuchillos filosos. Esto no le gustaba, pero "mocho" sabía bien quién era y sabía que un día él iba a ser alguien importante en la cocina. Todos los demás iban a reconocerlo, era cuestión de tiempo.

Con el paso del tiempo, y estando tan debajo en el separador, con alguna que otra miga y harina que una vez se le había caído al hijo de la viejita, no tan cuidadoso como aquella, se logró formar una especie de moho sobre el mango de "mocho". A raíz de esto, los demás utensillos comenzaron a rechazar su presencia. Pasaban cuchicheando a la hora de comer en contra del chuchillo sin punta, en tanto callaban delante de él. Su oído, como siempre, detectaba palabras hirientes en su contra.

Los tenedores y cuchillos estaban a punto de convencer a la viejita de tirar a "mocho" a la basura. Su plan fue pergeniado y llevado a cabo en pocas semanas. No había un solo almuerzo, merienda o cena donde no tocaran el tema. Sin embargo, los milagros suceden a veces de las formas menos esperadas, y en el instante justo...

El hijo de la viejita, bruto como siempre, cerró el cajón que contenía a los cubiertos con más fuerza de la necesaria. El golpe, fortísimo, provocó que el cajón se saliera de uno de los rieles. Había quedado trabado de tal manera que ni la fuerza de hombre podía sacarlo hacia afuera. En uno de sus varios intentos, alcanzó a mover levemente la gaveta, quedando de costado, y con espacio suficiente para que la mano de la viejita pudiera sacar algún cubierto para ayudar a componer el asunto.

Fue entonces cuando el hijo dijo: -Solo necesito el viejo cuchillo de madera con la punta mocha, con él podré desatornillar estos dos tornillos aquí -mientras señalaba una de las rueditas que se debían de mover sobre el riel- y con ello podré, si Dios quiere, quitar el cajón- La vieja escuchó atentamente, sintiéndose culpable, ya que esa misma noche iba a colocar al cuchillo entre los residuos.

Entonces, ella metió lentamente su mano fina de piel arrugada, y con extremo cuidado, y ante el estupor del resto de los utensillos que solo atinaban a murmurar, logró tomar a "mocho". Lo sacó lentamente, le pasó un trapito con algo de lavandina, lo miró con cariño y se lo dió a su hijo. Este, aprovechando la falta de punta del cuchillo, pudo, aunque con esfuerzo, remover los tornillos, que parecían unidos con cemento con la

madera.

He allí, en esos segundos, el momento de gloria para "mocho". El cajón fue apoyado sobre la mesada, con todos los utensillos vitoreando el rescate. Luego de esto, vino el silencio y las miradas de culpa hacia el cuchillo sin punta, el que sin embargo los observaba lleno de felicidad. No tenía rencor hacia ellos, solo alegría. Los cubiertos comenzaron a corear el nombre del héroe. "Mochooo, mochooo" decían una y otra vez. Sin embargo, no podía volver a festejar junto a ellos: aún quedaba reparar el cajón, y él era el único capacitado.

Desde allí, el cuchillo sin extremo fue un consejero fiel de sus compañeros. Siempre estaba presente en las charlas importantes, y sus dichos eran tomados con respeto por el resto de los utensillos. Se lo volvió a utilizar en las comidas (el nunca había perdido se filo, dicho sea de paso) y de vez en cuando como suplente del destornillador que el hijo de la viejita nunca devolvió a su lugar.

"Mocho" pudo reescribir su historia, la que otros contaban por él. Su vida llegó a ser lo que él soñaba. ¿Por qué? Se mantuvo fiel a si mismo, sin sucumbir ante los demás. Les mostró lo que él valía. Les enseñó a... respetar y no confiarse en las apariencias.

Y este es... EL FIN"

Nunca supe si don Nicolás lo inventó o lo escuchó de alguien, pero innegable es su sabiduría. Alguna vez fui el cuchillo mocho durante mis días en la firma. También lo fui en el transcurso del relato de esta historia, aunque sin saberlo. Es momento de darles a ustedes mi versión de lo hasta aquí descrito. Empecemos sin más...

Capítulo 13

Capítulo Uno – Hechos

Tenía la orden de atrapar a Alex Rodriguez. Vivo, por supuesto. Cueste lo que cueste.

Ese día, luego de almorzar unos mariscos en el restaurante "Di Tella", ubicado a unas seis cuadras y media de la firma, tuve la oportunidad de devorar las páginas de un pequeño manual de armas antiguas, que había adquirido unas semanas antes en uno de esos puestos de objetos antiguos de San Telmo.

El tomo contaba con fotos de larga data acompañadas de precisas especificaciones técnicas de cada una de las por entonces "top guns" de la época. Lo más interesante de las descripciones era su inicio: una pequeña pero completa reseña de la historia de cada pistola, revólver, rifle, escopeta o carabina. A decir verdad, entro varios datos que memoricé, estaba el de la 9mm (una de mis preferidas), o mejor dicho, la 9x19mm Parabellum, proveniente de Alemania y usada incluso en la primera guerra mundial. Aunque no me crean, nació hace mucho más de cien años, en 1902, creada por un tal Luger y fabricada por la Deutsche Waffen und Munitionsfabriken A.G. (me pregunto si el amiguito de Jonathan sabrá este dato, no lo creo).

Acompañado de la lectura, comí la totalidad de mi plato. Los langostinos estuvieron sensacionales, déjenme admitirlo. Deliciosos y condimentados como es debido. Si hay algo que nunca se me quita, aún en momentos críticos de mi trabajo, como el de ese día, es el buen apetito. Incluso, como habitualmente lo hago, degusté un bombón suizo, con escaso dulce de leche, pero rico al fin.

Como el mozo se estaba poniendo un poco pesado con sus inquisiciones sobre mi librito, le pedí la cuenta. El muchacho, de mediana edad, alto y de cabello castaño, era muy amable, como así también bastante latoso. Cuando me alcanzó una de esas comandas típicas que dan en este tipo de comercio, sin datos de identificación del restaurante y con el aroma de la evasión de impuestos tan típica del argentino promedio, le pedí gentilmente que me dé mi ticket, como correspondía.

Por supuesto que no lo hacía con el mero propósito de molestar al cajero, cosa que no me disgustaba en absoluto, sino que soy una persona muy quisquillosa con mis finanzas, y en caso que mis gastos sean superiores a un determinado monto, como sucedió en ese caso, el comprobante es ineludible. Se vuelve imperioso para mis fines de contabilidad y auto-

control. El camarero intentó ofrecerme el descuento del servicio de mesa si el pago era en efectivo, y por ende, sin la factura exigible; sin embargo, ya mi tarjeta de débito estaba en mi mano, alzándose hacia él, mientras yo me hacía el concentrado sobre las noticias que se mostraban en el televisor gigante del local. Evidentemente con desagrado (el que aumentaría al notar mi propina), el muchacho no tuvo más remedio que ver cumplidos mis deseos.

Durante el resto de la tarde, estuve caminando por los alrededores de la firma. Es que no podía permitir que por ninguna circunstancia, NINGUNA, Alex saliera antes de lo esperado del inmueble, y se... escapara de mi "zona". Me aburrí en algunos momentos, claro. Pero mis ojos se llenaron de imágenes de las flores, árboles y aves de las calles. El sol estaba radiante, y las nubes se habían fugado del cielo. Cerca de las dieciséis, estaba apoyado sobre el tapial de una bella casa, con el número 684 exhibido en una bella placa decorada en fileteado porteño: supuse que aquellos que la habitaban aun dormían o simplemente no estaban (la luz hacia la calle estaba encendida y la puerta del frente tenía un sobre asomándose apenas por debajo). Entonces se fue acercando un barrendero, que estaba a unos diez metros de donde me encontraba, lentamente, con todo el calor del mundo a cuestas y portando su escoba y ese enorme tacho móvil. El hombre, mayor de edad, con blancos cabellos y tez morena, se quitó su gorra y se trató de seca como pudo el sudor de su frente y cabeza. Yo me encontraba con mi botella de agua de medio litro, la segunda que pedí en el restaurante y que me había guardado para luego. De verdad que el pobre viejo me dió pena.

-Hola don, mucho calor, ¿no?- le dije, alzando mi voz.

-Buenas señor... puf, arriba de 35 grados debe hacer, vió, pero es la humedad lo que mata.- la gorra estaba hecha sopa así que se secaba la cara con la manga de la camisa grisácea.

-Y es verdad. Venga, acérquese, tome un trago. Está fresca aún- le extendiendo el brazo con la Villavicencio en mano.

El barrendero asintió con su cabeza y cogió con gusto el envase, dando un buen sorbo. -Muchas gracias mi amigo, de verdad se lo digo-

-Vamos no sea tímido, tome tranquilo don...- insisto, a sabiendas de la sed de mi interlocutor.

El hombre sonrió y dió otro sorbo mucho más largo que el anterior. Quedó mirando la botellita como con culpa, al ver que ya casi no contenía líquido alguno. -Discúlpeme amigo es que...-

Lo interrumpí: - Por favor, faltaba más. Si quiere termínela y ya que está la guarda en su equipaje- le guiñé el ojo, y entonces él tomó un último

traguito y arrojó la botella a su cubo.

El viejo quedó un momento apoyado sobre su escoba, en posición de descanso. Sus ojos se posaron en lo alto de uno de los edificios contiguos al inmueble de la firma, que contaba con una bella veleta de una especie de ángel tocando el violín.

Me señala el objeto. -Cuando el querubín aquel señala para el lado de esa empresa, señal de tormenta mi amigo. Seguramente mañana tendremos lluvia por aquí.-

-Es probable don, es probable.- le dije no muy convencido. Sin embargo, por la dirección del viento, era viable la suposición del viejo.

-Si, va a ver que si. ¿Vió las noticias? Dicen que un contador que trabaja ahí- señala con la cabeza- está desaparecido. Para mí que lo tienen guardado en algún lado, que quiere que le diga. Esa gente maneja mucha gaita, vió-

Me causaba mucha gracia por dentro, de verdad. El barrendero tenía razón. Un tipo simple, con un laburo sencillo, con muchos años encima, la tenía bien clara: mucho más que ciento de inútiles con traje y una chapita que les recordaba lo importante que eran. -Veo su punto don, quien sabe. Tal vez se fugó con alguna secretaria, jajaja-

Negó con la cabeza. -No mi amigo, esto es por tema plata. Es evidente. Cuando digo algo, vió, y me empieza a picar mucho detrás de esta oreja - se toca la izquierda- es porque doy en el clavo. Si solo tuviera esta intuición para la lotería vió, je- me miró pícaramente.

-Todo no se puede don, jajaja.- le respondí de la misma manera, abriendo mis manos palmas arriba. Fue entonces cuando mi presa, Alex, el bocón, se asomó por la puerta principal del edificio de la firma. Como siempre mantuve la calma, me levanté y me despedí con un "que siga bien" del viejito del que nunca supe su nombre. Por cierto, él evitó que olvidara mi manual de armas en el tapial.

Capítulo 14

Capítulo II - Pensamientos

Alex Rodríguez, nombre horrible para dicho apellido, o viceversa, tenía un periódico bajo el brazo. Estaba dignamente vestido con un traje gris y una corbata azul oscura. Sus zapatos tenían dos o más días sin lustrar, al parecer: estos muchachitos, eso era imperdonable en mi época. La dirección que toma es la prevista. El kiosko, tan utilizado por varios de los empleados de la firma conforme a su cercanía al edificio.

Me quedé expectante, a unos ciento veinte metros (cabe decir que mi vista es de águila), tanteando sus movimientos. Lo esperado sucedió: Alex salió disparado hacia la empresa con una bolsita en su mano, de ese material nuevo cuyo nombre desconozco, reciclable, llevando dentro una botella de gaseosa y, supongo, sus galletitas de miel de siempre... Claro que sé de sus gustos, era mi presa, no se olviden, y un buen cazador siempre se asesora de la vida de su víctima.

Por lo tanto, tuve que seguir esperando. Sabía que me quedaban horas hasta la salida de la mayoría de los empleados, Rodríguez incluido. Entonces, me puse a pensar. Recordar mis días de adolescente, cuando uno podía recorrer la ciudad con libertad, sin encontrar las principales calles cortadas por piquetes de personas que se sienten con derecho de interrumpir la vida cotidiana de sus conciudadanos para exponer sus quejas; gente que protesta contra gobernantes que ellos mismos eligieron; otros que ahora lloran pero que en tiempos de bonanza, choripanes y birras gratis, sumados a los 200 mangos para ir a falsas manifestaciones nada decían; políticos que nada hacen contra estos violentos a pesar de prometer planes de acción rápida " 5 minutos, desalojo y todo sobre ruedas"; jueces y policías cómplices para que gentusa como la detallada esté en la calle, unos que no pagan impuestos y los otros que cobran coimas.

Los porteños dejamos de ser solidarios hace tanto tiempo que ya no recuerdo. Solo ante grandes catástrofes, cuando la dignidad toca las puertas de los ciudadanos, se realizan acciones de bien. Ya no importa mucho lo que la iglesia mande, o aconseje. Si bien la independencia del poder católico fue por tantos (me incluyo) bienvenida, en ciertos momentos, como en el presente, sus directivas se echan de menos. Siempre hubo personas carentes de bondad que al menos realizaban buenos actos porque el cura, o el Papa, se lo reclamaban. Hoy, ni eso.

Sé que ustedes están clamando ahora contra mi falta de autocrítica, a lo cual me voy a referir sin más. Soy un buen padre, lo pueden atestiguar mis tres hijos. Fui, excepto por un corto tiempo, desde mis 14 hasta mis 16 años, un hijo ejemplar, estudioso y posteriormente trabajador. Mi esposa dice que no me cambiaría por nadie en el mundo, aún hoy, luego de dos décadas de matrimonio. La relación con mis amigos, los de verdad digo, es digna de reconocimiento tanto por ellos como por mi parte. Mi trabajo, el que adopté luego de ser despedido de la firma, podría considerarse por muchos como despreciable, considerando el mejor adjetivo de entre todos los que están pensando.

Sin embargo, soy un profesional, como cualquier otro. Como el médico que ayuda a curar a la gente, pero se puede equivocar y matar a alguien. Como el abogado, que puede ganar un juicio millonario en favor de una viuda, pero saca delincuentes de la cárcel. Como el contador, que calcula los impuestos, pero puede que haga pagar muchísimo dinero en caso de error. Como el ingeniero y su empresa, que construye pero que gana concesiones de obra pública por acomodo.

En caso, no puedo fallar, no cobro dádivas, no saco a rufianes de prisión. Me pidan que "encuentre" una persona, que la lleve a determinado lugar, y que me ocupe de mantenerlo con vida hasta tanto reciba la orden de liberarlo, en caso que esta sea la decisión adoptada. Soy sincero y he de decir que no siempre este tipo de asuntos termina de la mejor manera. En ese caso, el precio es diferente, ya que los riesgos de andar con bultos corre por mi cuenta. No me digan que soy cruel: un cuerpo sin vida, carece de espíritu y alma. No es más que eso, un cadáver. Con esto no voy en contra de algunas religiones, que velan sacramentalmente el cuerpo del difunto. Mis padres, que en paz descanses, tienen su sepulcro y a menudo voy al cementerio a renovar las flores, contarles algunas cosas de mi vida y decirles que los amo. Que no se malinterprete. A lo que me refiero es que si el ser ya no está, una carrocería inservible (excepto algún órgano por donar) es lo que queda: solo eso, ni más ni menos. Conclusión, en mi opinión, los egipcios y otros más estaban muy equivocados con todo ese tema de embalsamamiento y momificación. Pero, es mi pensamiento, solo eso.

Defiendo a muerte lo que hago, sí, pero mis objetivos son simples, y tan comunes como los de cualquiera: procurar tener una buena vida con mi esposa, sin lujos, más exenta de necesidades; pagar los estudios de mis hijos, todos ellos lejos de mí por ahora, avanzando prósperamente en sus carreras: a Dios gracias son muy responsables; de vez en cuando irnos de vacaciones, dentro de mi país aclaro: es tan vasta su extensión y tan hermosa la diversidad de sus paisajes, que ni una vida bastaría para recorrerlo por completo. Oh sí, me llama la atención las grandes ciudades como Londres, París, Nueva York, Roma, Atenas, Estambul, etcétera... también las grandes civilizaciones de la antigüedad, tanto americanas, europeas como asiáticas. Sobre todo la historia de la Mesopotamia me

apasiona. Sin embargo, prefiero mi Argentina. Si hay tiempo y años de vida, se verá el resto.

Así, compartiendo mis ideas con ustedes, pasó el tiempo necesario para que la toma en contacto con Alex finalmente arribara. El chico dejaba el auto fuera de los límites de la firma, en una cochera cercana llamada "Naiguil" (detesto la deformación de cualquier idioma, me hace hervir la sangre la falta de educación intelectual de la gente), ya que fue de los últimos empleados que la empresa contrató hace año y medio, siendo que el estacionamiento dentro del inmueble se encontraba sin capacidad para vehículos adicionales. Fui a mi auto, que tenía aparcado una cuadra adelante, y esperé unos minutos para volverme tras su auto a seguirlo, tan sigilosamente como pude, en el corriente enjambre de móviles de cuatro a ocho ruedas, motores rugientes y luces artificiales de la ciudad...

Capítulo 15

Capítulo III – Alex & yo

Estando tras Alex varios minutos, en un primer momento tarareé una música que le 'puse' a aquel bello poema, que reza:

"Este arañazo de fuego en el alma

este bosque de sueños de arrabal

este inmenso azul en calma

Dolor y sal" (1)

No me placía mi elección de notas así que me pasé un tiempo tratando de corregirme, hasta que me dí por vencido. Afeaba la poesía, pa ser sincero. Luego se me dió por escuchar las noticias. Un tipo que perdió mucho dinero en el casino y decidió quitarse la vida tirándose desde el balcón del tercer piso hacia el estacionamiento del lugar, no sin antes destruir un Mercedes Benz aparcado frente a la entrada del restaurante.

Parafraseando a un gran escritor, diría que hay gente que lo deja todo al azar, pero éste no tiene miramientos con nadie.

Alex manejaba en extremo despacio, no sabía si porque había visto, cosa que me parecía bastante difícil (no me estoy jactando, pero debo decir que soy bueno en lo que hago), o debido a que marchaba disfrutando el paseo, al igual que el actual cronista. Quizás se encontraba escuchando esa música de mierda, reggaetón le dicen y la consideran un género: que vá, para mí es una falta de respeto a los oídos. ¿Cómo lo supe? Luego, al adentrarme en su departamento, había muchas cajas de discos compactos con carátulas relativas a la "categoría" mencionada sobre una mesita de madera, sin el material auditivo dentro; en el equipo había solo uno insertado, el que ví al abrir la bandeja, y supongo que el resto de esa porquería se encontraba dentro de su vehículo.

Puedo afirmar que un poco cansado ya del largo día y de la persecución de mi presa, la misma finalmente concluyó. Estacione el auto a una cuadra y media del de Rodríguez, más precisamente frente a la casa de la familia Skerly, que contaba con el mismo modelo y color que mi vehículo. Pensar que fui tan meticuloso y el ignorante de Alex, como pude leer en estas

líneas, ni se enteró de aquello.

De lo que sí supo fue de mi presencia. El muchacho no se bajaba de su auto, es decir, era una obviedad que algo le sucedía. Veía a la distancia que estaba con su celular en la mano, que miraba por el retrovisor en mi dirección. Quizás podía intentar llamar a la policía, pero como les dije, no estaba en los planes debido a las características de mi auto, que antes comenté. ¡Vamos, no sean exigentes! Tengo que seguir laburando en éste, no pueden saber ustedes mucho más de lo que les digo.

Pasaron unos siete minutos y medio, y Alex, que ahora estaba sumamente despeinado de pasar la mano sobre su cabeza, con un maletín símil cuero bajo a prisa hacia su casa. No le era posible disimular su preocupación. El ratón a veces se encierra solo, estimados. Aguardé, pacientemente. El cansancio hacia que esperar fuera más fácil, aunque ustedes no lo crean. Poco me importaba en ese momento más que atraparlo y finalizar mi labor. Quería pasar al menos unas horas del día con mi mujer, tranquilos en la cama, más no sea para conversar.

No llamó a la policía. Evidentemente, no lo hizo. Luego de un tiempo prudencial, si puede llamarse así mi estudio pormenorizado de los tiempos de tardanza de la ley para acudir a los llamados de emergencias en la zona, salí tranquilamente hacia el domicilio de Rodríguez. La cámara de seguridad, giratoria, estaba en ese momento apuntando al lado este de la calle. Oh sí, no hay que dejar detalle sin controlar. Tenía vía libre. Al acercarme a unos veinte metros de la casa, ya estaba fuera del alcance del ojo rector del lente. Ahora sí, lo de siempre: fumar unas pitadas a mi cigarro antes de la verdadera acción.

Había refrescado y el humo dentro de mis pulmones se sentía más que bien. Me miro mi mano izquierda, y veo cómo aún se encuentra manchada con un poco de aceite quemado arrojado por el motor viejo del generador, que no me esforcé mucho en quitarme. Se había vuelto irresistible a mis ojos. Es notable cómo el ser humano puede, en momentos supuestamente críticos, volcarse a asuntos tan triviales. Verán, es que había notado una forma similar a un rostro de esos que se ven en la cultura maya. Saben a qué me refiero, ¿no? Caras chatas y esféricas, ojos romboides y grandes, boca con la parte superior del labio en v, siendo el labio inferior una mera línea recta. No lo van a creer, pero parecía que hasta los pómulos estaban marcados: ¡era una máscara precolombina auténtica!

Pero bueno, vayamos al grano: fui directo hacía el pórtico de entrada, y golpeé suavemente el mismo, compuesto de una madera de calidad dudosa. Antes había quitado con mi viejo pañuelo el foco del farol externo, reemplazándolo por uno de iguales características, pero quemado. Me corrí un poco fuera de la trayectoria de la mirilla de la puerta. Alex, muy desconfiadamente, preguntó desde dentro "¿Quién es?", con tono grave aunque temeroso. Seguramente estaba intentando

en vano encender la luminaria exterior, mientras miraba por el visor. Yo, por mi parte, hice algo sumamente sencillo: dije su nombre estirando exageradamente la última vocal, la e en este caso, mientras ponía ambas manos sobre mi boca, para mitigar los efectos del tono de mi voz. En un 85 por ciento de los casos, el decir el nombre de la víctima en forma amistosa y en la manera indicada, hace que la puerta se abra. Una vez conseguido esto, una sección de mi trabajo concluye y otra, la más ruda, comienza.

Alex lo intentó, he de admitir. Preguntó: "¿Jona?" a lo que respondí con un "Dale que está fresco", esta vez dirigiendo mi cabeza hacia la calle, evitando en aquel el reconocimiento de la voz de su amigo. Solo le dí un puñetazo en el medio de la boca, seco. No le rompí ni la nariz, ni ningún diente. Le provoqué un corte mediano, y el desmayo que esperaba. Cayó como una bolsa de arena, sobre la alfombra roja que custodiaba la entrada. Entré y lo arrastré dos metros hacia adentro, apoyando su cabeza contra un sillón lleno de papeles. Extendí mi soga para proceder a atarlo. Cerré la puerta.

De chico mi padre me había enseñado una técnica de anudado, prácticamente inexpugnable. Me decía que la había aprendido cuando había trabajado de peón en una estancia, llamada "La mosquita", allá por el centro de la provincia de Buenos Aires. El capataz, de nombre... esperen que recuerde... Severo, sí, aunque no lo crean. Decía, don Severo le había enseñado todo lo relativo al cuidado de animales (bovinos, ovinos, y todos los inos que quieran). Incluso del tema cultivos, aunque en esa época no se recurría a esa actividad muy a menudo, le dió guías para que nunca caiga mal parado, en caso que le tocara más adelante (cosa que sucedió) trabajar con cereales y oleaginosas. Pero como es normal en mi persona, me fui a las ramas. Les comentaba, ese nudo tanpreciado lo apliqué desde pequeño y lo sigo haciendo hoy en día. Presumo que en caso de ver los fines a los que aplico sus enseñanzas, mi viejo me mataría. Sin dudas.

Alex apenas se movía mientras lo terminé de atar, tratándose de recuperarse aún de mi golpe. Mientras tanto, me puse a leer parte de los papeles que estaban sobre la mesa, sobre el cadáver de una manzana que asumo era del día anterior. Me senté frente suyo, así podía mirarlo por sobre mi improvisada lectura, en caso que sufriera un ataque de pánico al despertarse y osara un intento de escape. Díficil de llevar cabo sin la utilización de sus manos y pies, pero nunca se sabe, el cerebro humano es una caja de sorpresas: hay que estar preparado para todo.

No pude sacar algo útil de lo que leí, pues era documentación relativa al trabajo de Rodriguez en la firma. Sin embargo, es posible llegar a una conclusión: la misma puta burocracia en la empresa sigue viva, y con más bríos que nunca. Que cuatro de las seis páginas de un escrito versen sobre los pasos, pedidos y autorizaciones a darse dentro de una organización es más que evidente. Es gracioso, decían que la tecnología

iba a agilizar las tareas. En realidad, todo sigue casi igual, excepto por estos nuevos protagonistas en la vida del sistema empresarial: los técnicos informáticos, los nuevos nerds del siglo XXI, que no solo opinan sobre cosas de las que no saben un comino, sino que llevan a personas que antes eran inteligentes a convertirse en fósiles por decisión propia. ¿Quién necesita auditores?: dejemos eso al analista de sistemas, que nunca estudió economía ni derecho pero que puede ser, por eso de las casualidades de este mundo globalizado e interconectado (bla bla bla), pueda descifrar situaciones que están fuera de su alcance. Se vende una idea de toma de decisiones y control que no es "práctico", no sirve sino a la hora de escribir un libro de teoría organizacional. Todo extremo es innecesario: Si controlamos demasiado, decidimos menos por temor a equivocarnos. Si no controlamos, todo se puede volver un viva la pepa, haciendo que decisiones importantes se conviertan en rutinarias, disminuyendo nuestro margen de error. Fueron años viviendo realidades de ese tipo en la firma. ¿Para qué? La gente con estudios no aprende rápido, son huesos duros de roer. Se aferran a los mismos, como si las capacidades aprendidas le dieran un backup ("hey, me enseñaron que esto era ineludiblemente así") para evitar hacer eso que TIENEN que hacer. Sentido común, mis lectores. No se puede en todos los casos mostrar solo la chapa de Sheriff, eso no alcanza.

Parloteo al margen, Alex finalmente abrió sus ojos. Confundido aún, me miró con los ojos extraviados. Puse mi dedo índice de la mano derecha sobre mis labios, tratando de mostrarme lo más calmo posible y transmitirle esa sensación a mi futuro interlocutor. Incluso sonreí sutilmente, sin que se confunda con una burla por aquel.

Me clavó la mirada, ya percatándose de la situación en que se encontraba. Noté que intentó mover sus manos, en vano. Comenzaba a respirar con agitación. Entonces comencé a hablarle:

-Hola Alex, te recomiendo que me escuches y evites gritar. En su caso me veré obligado a poner este pañuelo -se lo muestro- en tu boca, ¿está claro?- lo observo serenamente.

Asiente con la cabeza. No me satisface su respuesta.

-Repito Alex, ¿está claro lo que dije?-

-Si señor, está claro... Solo le pido que...- lo interrumpo:

-Veo que no es evidente lo que mencioné- me levanté del sillón, una pena porque me sentía realmente cómodo; acerqué mi rostro a centímetros del suyo.

-Hablo yo, y solo cuando te lo pida, lo hacés vos. Caso contrario...- puse

el pañuelo sobre su cuello, deslizándolo hacia su boca.

-Está bien, está bien -comenzó a llorar- No me mate, por favor no lo haga...- dijo, balbuceando, sacando la vista de mí. En verdad iba a colocar el maldito pañuelo dentro de su boca, pues otra vez no estaba obedeciendo. Dios mío, los años me están volviendo menos duro. Suspiré profundo en tanto visiblemente negué con la cabeza, para que Rodríguez lo notara.

-Lo que menos necesito es tener que matarte Alex. Estoy seguro de contar con tu colaboración a ese respecto. Solo, y por última vez sale de mi boca, hacé lo que te digo, y cómo te lo digo. Sencillo, ¿verdad?- Me volví a sentar sobre el sofá.

El muchacho asintió con el gesto de su cabeza, y se enderezó en el suelo, sentándose. Llevaba ambos manos y se tocaba la boca mirándose la sangre cuajada que quedaba en su rostro.

-Tuve que hacerlo, lo lamento- le dije.

No me creyó, aunque simuló un gesto de aprobación. Luego me vió como pidiendo permiso para hablar, a lo que dije: -Decíme, Alex-

-Esto es por lo del contador, ¿no?-

No pude contener mi sonrisa.

-Alex, en primer lugar no debería ser la persona que te dé la respuesta. Como en este caso en particular, no incide en nada que lo sepas, podría decirte que estás en lo cierto. En segundo lugar, estás simplificando demasiado las cosas: el problema no es ver o escuchar, sino que es lo que uno hace con lo que llega a sus sentidos.-

En eso suena el celular del chico. Mensaje, no llamada. El cuerpo de Rodríguez se llena de una electricidad invisible. Veo en sus ojos la angustia y la necesidad de librarse de todo esto. Lo va a intentar. Apenas intentó pararse ya tenía la culata de mi 9 milímetros chocando contra su sien.

Nuevamente lo dije en voz alta, aunque Alex no me escuchara:

-Tuve que hacerlo, lo lamento-

(1): texto completo

en <http://megustaescribir.com/obra/leer/60942/poemas-gracias-por-esas-300-lecturas-nueva-a-rosana>

Capítulo 16

Cap IV – Literatura... y la propuesta.

Luego de responder los mensajes de whatsapp de Jonathan, recorrí la vivienda para conocer un poco más a Alex. Uno ha de ser humilde, bajo cualquier circunstancia, y con esto aludo incluso a la vivida por el cronista, es posible aprender cosas nuevas. Siempre. De cualquier persona, lugar, objeto, situación: no hay un momento "no propicio" para cultivar nuestra mente o engrandecer la experiencia.

Como les había mencionado, la música que al parecer era de gusto de Rodriguez daba pena. Absolutamente, una mierda. Sin salir en su defensa, mucha parte de la población carece de un oído desarrollado para concebir niveles de complejidad musical superiores. Es decir, la mayoría se contenta con escuchar melodías simples, escalas mayores o menores, armonías basadas solo en tríadas... quizás ustedes no saben de lo que estoy hablando, quizás sí. Es fácil para quien desconoce juzgar una disonancia con un -suena horrible-. El ignorante, en cualquier materia, pero en este caso hablando estrictamente de música, tiende a simplificar todo so pretexto de difamar lo que no está bajo su círculo de entendimiento. Incluso, le puede dar temor. Quien no escuchó alguna vez que el heavy metal es ruido de lata, que el jazz no se entiende y suena raro, que la música clásica es aburrida. Sin embargo, los que hemos intentado incursionar en los caminos de algún instrumento musical, sabemos que debemos tomar las cosas como de quien viene.

Hay un dicho que dice "de política y fútbol sabemos todos". En Argentina, es extensivo a una amplia variedad de asuntos al margen de los indicado, es. Aquel que sabe el himno a la alegría le parece que conoce lo que Beethoven; el que toca una canción de solo tres acordes en la guitarra es pues un proclamado músico; fulano escribe dos poemas y ya es poeta consumado; mengano compra un lienzo y garabatea sobre el lienzo, pero se ha convertido en pintor. La gente, en su ignorancia, no sabe ni le interesa enterarse que un Mozart, Dalí, Shakespeare, o quien sea, no se hicieron de la noche a la mañana, por arte de magia o por la infame creencia que enseña que "son así porque nacieron con ese don". Claro, están llenos de dinero, por ende tienen la mejor vida. Simplismo que aborrezco. Amor, pasión, trabajo duro, no existen en el léxico de muchos de nuestros contemporáneos. En su caso, me llama poderosamente la atención como seres racionales que consiguen con esfuerzo el pan de cada día, descreen que los artistas, y lo digo siguiendo esta línea de pensamiento, transforman sus obras en realidad con el mismo esfuerzo, continua, diario, que ellos, los entre comillas no tocados por la varita

mágica.

No, no es así estimados. La decisión, la actitud es que diferencia a grandes de pequeños. El talento influye, no lo duden, pero no basta. El hambre por lograr los sueños lo puede todo, y la vida recompensa a aquellos que se animan a más. Ustedes dirán: y en casa, ¿cómo estamos?. Entonces les diré, sin tapujos y no dejando lugar a dudas, que puedo ser considerado de los mejores tres, si, tres, en este gran país. Se los digo yo: no les es suficiente. Pero tarde o temprano, si alguno de los lectores necesita de algún servicio vinculado a la actividad que desarrollo, tarde o temprano, llega a mí. Y yo, por mi parte, siempre cumplo. Sin excusas, ni rodeos. Siempre hago lo que se me ordena, en el tiempo y en la forma dispuesta. Ser impecable no es opcional en mi profesión. El futbolista puede marrar un penal, el escritor crear una historia mala, el pinto un cuadro desagradable a la vista de la mayoría, el contador fallar en la liquidación de un impuesto... el médico podrá quizás perder una vida. Pero nosotros, los viudas negras, nunca podemos fallar.

Volviendo al relato de lo sucedido en casa de Rodriguez, puedo decirles que el muchacho tenía sobre el chifonier de su habitación un libro de cuentos de autores varios. En verdad que no conocía a ninguno de los escritores, pero eso no significa nada. Un buen relato puede hallarse en el lugar menos pensado. En uno de las historias, la tercera en orden de aparición, un eclesiástico con pronunciadas tendencias a desafiar las costumbres de su religión, recorre por sí solo varias de las ciudades ubicadas al sur de Francia: Toulouse, Montpellier, Marsella, Niza, acabando en Montecarlo. Su idea inicial era llegar a Roma, cosa que nunca sucede en definitiva. En un momento, mientras meditaba en el puerto, ve desplegarse la vela de un navío y desde allí su camino cambia para repentinamente: la tela contenía una inscripción en francés, con grandes letras en estilo gótico, y decía "Sea hacia donde sea que sople, usa siempre el viento en tu favor". El asunto es que el personaje cambia el rumbo de su vida, y termina en San Petersburgo, casado con una bella mujer rusa y con seis hijos como legado... aparte de convertirse en co-ganador de la medalla Fields, el mayor premio mundial en Matemáticas (Nobel no quiso un premio para tal disciplina). -mas allá de la veracidad de la historia, que poco importa creo, la vuelta de tuerca que el escritor le otorga a su obra es genial, detallando las penurias y sinsabores que el cristiano sobrevive en pos de lograr su sueño, el que poseía desde niño y que no había tenido el coraje de encarar. Algo tan trivial como una frase, en una vela desplegada, pudo modificar un estilo vida, un alma humana, el destino mismo.

Alex, en tanto, comenzó a despertar nuevamente. No recordaba haber dejado el pañuelo dentro de su boca, pero era evidente que yo había sido el responsable. Me observaba de reojo, huyendo a mi mirada. Había dejado el libro a un lado y revisaba el celular del cautivo, cosa que parecía incomodarle bastante. Sin embargo, dadas las circunstancias, Rodriguez

aceptó el papel que le tocaba: de alguien que debía obedecer con la sumisión requerida. Lo hizo. Utilizando el significado dado en el periodo helenístico, es algo "axiomático": evidente bajo todo ángulo de donde se lo mire. Obediencia debida, o punto final. El decidió sabiamente.

No deseaba irritarlo en demasía, por lo que me levanté y dejé el smartphone sobre la mesa. Sus ojos parecían lidiar en torbellinos repletos de maldiciones dirigidas hacia mi persona. Trataba de ocultarlo, pero el odio es eso: desear que el otro sufra lo mismo, o incluso más, que uno. Se alimenta del dolor, se cega, lleva a la ruina propia y ajena: a pesar de su constante parpadeo, las luces ignóminas en sus pupilas impregnaban de rencor un camino imaginario en mi dirección. Era fácil culparme de su error, y desatar su desprecio sobre mí. Pero ver los hechos objetivamente, le era imposible.

Le saqué el trapo de la boca, húmedo por su saliva y sangre. Bajó la mirada, insistiendo en rehuir a mis ojos. Le dije:

-Sabes Alex, entiendo que estés molesto conmigo. Yo mismo, en tu situación, lo estaría. O si, quizás de peor manera. Pero bien, tú no sabes nada de mí, y aunque yo sepa algunas cosas de tí, somos completamente extraños. Debo decir que esa energía que estás utilizando en aborrecerme, es necesario que la guardes para cosas más importantes para tu bienestar, por ejemplo, sobrevivir a esto. - mi mirada lo atravesaba mientras él se hacía cada vez más pequeño, acurrucándose como un gatito temeroso -Sin embargo, y para tu dicha este sin embargo implica una posibilidad, tengo para ti una propuesta. Es sencilla. ¿Me sigues?-

Asintió con su cabeza. Iba a requerir que me respondiera con su voz, pero no me pareció necesario esta vez. El muchacho se mostraba interesado en lo que iba a decirle.

-Necesito que cooperes, o deberé actuar como ya lo hice anteriormente. ¿Ok?. Bien, te voy a colocar una venda en los ojos y vos, en forma lenta y pausada, vas a ir obedeciendo mis indicaciones. Vamos a ir a mi auto, y desde allí te voy a llevar al lugar que se me asignó para dejarte al cuidado de EL VIEJO y sus chicos, quienes se van a asegurar de tenerte bien hasta que todo esto se resuelva, ¿entendido? -sus ojos se llenaron de lágrimas al saber, supongo, que su libertad no iba a regresar pronto- EL VIEJO es buena gente, no va a permitir que nada malo te suceda, excepto que vos lo quieras así.-

Alex se quebró. Su llanto fue bastante desgarrador, lo reconozco, por lo

que traté de calmarlo y declarale la proposición:

-Hey, nene -levanté su cabeza tomando su quizada- ¿Te olvidás que te mencioné de esa "posibilidad"? He aquí la misma: el camino hacia lo de EL VIEJO es largo, por lo tanto, tenés una hora y media para convencerme que te deje en libertad. Es algo así como el derecho a defensa de la Constitución Nacional, ¿entendés?. Aún mis jefes no saben de tu captura, tranquilamente puedo decir que algo salió mal, aunque en mí resulten extraños los errores -un toque de mi falta de modestia habitual- Entonces, ¿qué me dices? ¿Aceptas o prefieres ir durmiendo en el maletero del auto?-

Rodriguez abrió los ojos de tal manera que se pareció y mucho a un "tarsero" filipino. ¿Lo conocen? Asintió con descreimiento, pero ante la duda de si mis dichos eran verdaderos o si solo jugaba con él, optó por lo correcto. Les aclaro, desde hace unos cuatro años, cuando empecé a dar a mis presas la oportunidad de ser escuchados, nunca nadie me había convencido como para liberarlo. Todos, absolutamente todos, eran igual de culpables. No había uno que no me mintiera, que no renegara de su destino, que no culpara a otro/s de sus penurias. Sin embargo, una y otra vez seguía insistiendo con mi procedimiento, pues estaba completamente seguro que un día iba a llegar ese que me obligara a cumplir mi promesa de liberación.

Tapé cuidadosamente los ojos de Alex, y con el arma sobre su espalda, lo llevé al auto. Era madrugada y no había un alma cerca. Estuvo atento a las cámaras de vigilancia y sus movimientos, pero no fue nada de otro mundo subirlo al auto, atarlo de la manera que sé y emprender nuestro viaje a la cueva, llamada así por todos los que frecuentamos el lugar, propiedad de EL VIEJO.

Capítulo 17

Capítulo V: La defensa y el veredicto.

Mientras volvía a intentar ponerle una melodía diferente a *"Este arañazo de fuego en el alma. este bosque de sueños de arrabal, este inmenso azul en calma, dolor y sal"*, don Alex, sentado en el asiento trasero del auto, en el lado derecho, apenas atinó a mover su cabeza y manos en los primeros minutos de viaje. Solo escuchaba el golpeteo rítmico de su pie izquierdo sobre la alfombra de goma, cubierta de polvillo y suciedad, en el piso de mi "máquina". Su tiqui tiqui podría ser la percusión que mi canciñita necesitaba.

Una gota de sudor rodaba por una de sus mejillas, pareciendo eternizarse en su caída. Por cierto, no entiendo como tardaba tanto en recorrer la cara del muchacho, no es que esté siendo exagerado en mi relato. Por un momento noté que sus largos dedos tanteaban el nudo, con lo cual le dije:

- Mi amigo, en vano intentas alcanzar el nudo. Yo me preocuparía, en tu posición, en elaborar una buena historia y persuadirme que te libere. Es nuestro trato, ¿recuerdas? -

El pibe seguía en un silencio incómodo, entonces lo presioné sutilmente:

- Tic tac, tic tac, tic tac... el tiempo sigue corriendo Alex -

- Ok, ok. ¿Qué es lo que deseas de mí? ¿Que con mi historia te convenza de no merecer esto?- casi tartamudeaba del estado de nervios en que se hallaba- Soy... soy una persona común, no soy mala persona, no hice nada para...- lo interrumpo

- Eso lo decido yo, amigo. Prosigue-

- Es que no he hecho - lo miro nuevamente con cara de pocos amigos por el retrovisor- ... ok, ok. Soy un tipo normal con una vida ordinaria, con un lindo buen trabajo, y... - queda en silencio- dejame por favor, no me mates... te lo suplico -comenzó a llorar- no voy a hablar, ¡por favor! -

- Claro, no vas a hablar como no lo hiciste en tu oficina. Ah, cierto, sí lo hiciste. Prrrr: error. El ser humano tropieza con la misma piedra muchas veces, querido. - le contesté secamente.

- Pero prometo no hablar más, nunca... ¡por favor! Menos de esto... es decir todo esta situación no pasó nunca, vamos, vos me entendés... por lo que mas quieras...- ya se había convertido en un mar de lágrimas el

cobarde.

Tal vez los pusilánimes me molesten más que los mentirosos, tal vez no. Tomé un sorbo de agua de una de las tres o cuatro botellas que rondan en mi auto, y respondí:

- Yo entiendo que te queda una hora para hablar conmigo, y que la estás desaprovechando con un triste espectáculo, que dicho sea de paso no me da ni un céntimo de pena. Entonces, Alex, por última vez, o me dices algo que me conmueva el alma o, en su caso, la cueva te espera.-

Noté la desesperación y apresuramiento en su respuesta: - ¿Pero cómo puedo decirte algo que cambié tu parecer? No tengo un talento especial, ni nada extraordinario para decir. No sé... no...-

Dice un proverbio turco que la paciencia es la llave del paraíso. Oh Dios mío, ambos, Alex y yo, la necesitábamos más que nada en el mundo, cada uno con un fin distinto. Estaba al borde de mi tolerancia, y él al límite de una angustia que no lo dejaba pensar siquiera.

Traté de estar sereno, y no mostrarle directamente mi evidente fastidio:

- Entonces, amigo, si creés que tu vida no tiene nada interesante que mostrar, ¿para qué demonios sigues viviéndola de la misma manera? ¿Acaso no tuviste sueños de niño? ¿Intentaste al menos llevarlos a cabo?- me lo quedo mirando por el retrovisor.

El muchacho observa sus manos atadas. Se queda enmudecido nuevamente. No era mi intención, pero darse cuenta de llevar una vida sin una dirección concreta, no ha de ser nada agradable. Por la humedad y el frío exterior, su respiración había empañado el vidrio de su ventanilla. Moviendo la cabeza, pareciera que intentara ver algo a través del cristal.

En cierta manera me dió algo de pena el verle de esa manera. Es decir, más allá de lo traumático que un evento como el que estoy detallando pueda llegar a ser para cada individuo, la noción de un presenciar el dolor interior por un "NUNCA SERA", es, pues, bastante duro. Pero no seamos tan exigentes con Alex. La mayoría de las personas dejan su vida librada a las mareas de la circunstancias: el timón del barco no lo manejan ellos, sino otras personas, objetos o deseos. ¿Cómo es esto? La esposa o el esposo decide. Los hijos ponen condiciones. El autito nuevo, la casa con todos los chiches, las vacaciones: sacrifican cosas que en verdad no deberían por estas. El amor al dinero, al juego, a los vicios. El asunto radica en dónde se plantean los objetivos, aunque muchas veces ni siquiera existan. Y cuando nos damos cuenta que fallamos, comienzan a actuar las excusas. El más más grande de la humanidad. No aceptar la responsabilidad, mitigándola con justificaciones absurdas que la gente

misma se encarga de crear, enunciar con solemnidad y lo peor, creer en ellas como cristianos en la biblia. Un verdadero disparate. Pero vayamos al grano y a lo que me interesa, decidí darle a Alex otra oportunidad:

- Mira amigo, quizás tu día a día no sea como el que soñaste, pero estás a tiempo de cambiarlo. Hoy. El camino es largo aún, te doy tiempo para que inventes, si, con tus palabras, una historia, de la temática que desees. Y que me hagas ver que vale la pena dejarte ir. No es compleja la consiga.- le dije en tono amigable.

Me quedó observando, atónito: - Es decir que... que te haga un relato de... -lo interrumpo y le agrego "de lo que sea", él continua hablando- bueno, ok ok... y si te gusta, ¿me dejás libre?-

Le digo: -Eres un chico capaz, es posible que seas lo suficientemente hábil como para escaparte de mí, ¿no es cierto?- guiño el ojo, tratando que acceda a mi pedido.

- Está bien, está bien. Bueno... a ver...- comenzó a suspirar mientras con ambas manos se refregaba su rostro.

- Tenés tiempo. Tranquilo. Tan solo, concéntrate, y dame algo para pensar.-

Las luces de la ciudad nos seguían cobijando. Los parabrisas estaban empañados en toda su superficie. El frío castigaba el horizonte, de forma sorprendente para esta época del año. Quedaba mucho por recorrer. Mis oídos esperaban ansiosos las palabras de Alex. ¿Será un Dickens, o un Poe? ¿Un Borges o un Kafka? Grandes esperanzas de mi parte, ¿coinciden?

- Se trata de un padre y su hijo. Bueno, en realidad de un padre que pierde a su...- el comienzo me desilusionó un poco; seguramente es la historia de alguien que conoce, incluso es posible que sea la suya propia. Alex continuó balbuceando su relato. Alcancé a escuchar las palabras "barrio" y "divorcio".

-... y él, como podía, se hacía cargo de la crianza del niño. Apenas podía verlo, ya que pasaba gran parte del día repartiendo mercadería en el camión de la empresa para la cual trabajaba. El padre ganaba lo justo y necesario para vivir: el alquiler no era barato, y en esos tiempos los empleados no tenían la protección sindical con que cuentan actualmente. Al abandonarlos, su madre había no solo destruido los vínculos familiares, sino complicado severamente el pasar económico de su ex esposo e hijo...- me estaba gustando como el muchacho se estaba metiendo en su propio relato, si bien ya había confirmado que se trataba de su propia biografía y la de su padre, aunque con pequeñas alteraciones: su madre se había suicidado dos días después de que Alex cumpliera 13 años. No se

sorprendan, investigo a mis víctimas más de lo que otros lo harían.

Con cara de concentración, pero con una mezcla de dolor y furia en sus pupilas, prosiguió: - El niño... el niño creció entonces como pudo, con muchas de sus horas en soledad, mirando dibujitos animados de felinos con super-poderes y leyendo cuentos no tan infantiles. Sin embargo, el amor que su papá le brindaba era más que suficiente para colmar su corazón.- Por supuesto que Alex estaba mintiendo: es evidente su pena sigue viva a pesar del tiempo transcurrido. ¿Acaso es posible borrar el dolor de la mente y alma del ser humano?

- El niño se volvió adolescente, y con esto, la rebeldía se hizo presente. La paciencia del padre se fue colmando lentamente. Las discusiones desgastan, carcomen como pollilas todo a su alrededor. Ellos no estuvieron exentos de sus efectos. Permitieron que un árbol les tape el bosque entero. Mientras el padre siguió trabajando gran parte de las horas de sol, se volcó a la bebida por las noches. El pibe se convirtió en parte de una bandita de muchachos de mala muerte, que pasaba sus días pergeniando sandeces y formas idiotas de pasar el tiempo viendo la vida pasar. - bastante autocrítico, pensé; sin embargo, muchos creen que la juventud da licencia para equivocarse, o como decía mi abuelo, "los pichones tienen permiso pa' hacer cagadas", frase con la que no coincido. Muchos de los peores peores errores (y aciertos, vale decir) se cometen en nuestros primeros años de existencia.

Más allá de mi decisión final sobre su destino, el gran acierto de Alex es intentarlo: su rostro, ahora concentrado en su historia, desprendía los primeros vestigios de ese, como llamarlo, esa aura que caracteriza a los narradores, a aquellos que a través del su del lenguaje describen su visión del mundo que los rodea. Unos usan palabras, otros pinturas; están los que con la música logran magia, mientras que hay gente que con su cuerpo hace danzas maravillosas. Son medios para expresar realidades paralelas. Y claro, están los que simplemente, solo sirven para aplaudir o desaprobado: "the mere spectators".

Mientras un camión de carga me superaba por la autopista, visualicé el cartel que indicaba que debía tomar la siguiente salida en pos de llegar a la cueva. Aún quedaba un trecho largo por las calles de este barrio, de nombre inglés pero de ordinaria apariencia. Casas iguales, construidas en ocasión de algún plan gubernamental, calles con baches, olores nauseabundos, poca iluminación, ningún vehículo policial. En tanto, Alex decía:

- Aún con su modo de vida, el chico consiguió terminar sus estudios, e incluso comenzó a cursar en la universidad. Seguía pasando el tiempo sin comunicación entre padre e hijo. El viejo sufría de dolores en las piernas y antebrazos, producto las mismas labores practicadas durante años. El muchacho, quien empezó a desprenderse de sus malas compañías,

empezó a sentir en su corazón que era momento de saber de su progenitor. Sentía que, como pasa en muchos casos, el disgusto entre ambos ya había pasado, pero el recuerdo del mismo los seguía distanciando. Esperaba que su padre pensara de igual manera. En verdad tanto no le importaba, y en una semana había arribado a la conclusión que era "ahora o nunca"-

Mientras me pasaba los dedos por mi mejilla derecha, asentí con la cabeza. Se estaba poniendo interesante y me encontraba intrigado del final de su historia. Lamentablemente, el tiempo restante era poco y no acompañaba la suerte del narrador. Pero opté por no apurar a Alex, después de todo, se merecía la chance:

- El hijo llamó, creyó mejor la antelación de un llamado telefónico a la brusquedad de un falso encuentro fortuito. Sabiendo la hora exacta en la que comenzaba a preparar la cena luego de un largo día de trabajo, marcó esos número que de memoria sabía y aguardó en silencio.

Cuatro veces sonó el teléfono cuando el padre atendió la llamada: - ¿Sí?...- siempre decía la misma palabra. El muchacho, son la sangre helada por temor al rechazo, contestó: - Hola papá, ¿cómo estás?- Del otro lado, luego de unos segundos de mutismo, esperable ante la sorpresa de la situación, respondió entre sollozos: -Hijo mío, no sabes lo que me has hecho falta. Yo... yo...- Entonces el hijo, quien se hallaba ya en este punto con los ojos llenos de lágrimas, acertó la agonía de su progenitor, haciendo una invitación para el día siguiente: - Pá, está bien, ¿sí? ¿Te parece si mañana voy a tu casa a comer? Sé que leña siempre tenés, llevo la carne y algún malbec rico, ¿ok?- El papá se notaba entusiasmado, respondiendo con alegre "¡Qué te parece hijo!".

El adolescente se despidió rápidamente, a fin de no emocionarse demasiado. Su viejo lloraba sin cesar. - Nos vemos papá, mañana, a la hora que el gallo nocturno del vecino comienza a cantar. Y perdón, perdón por todo- Le robó una sonrisa. - Pancho hace mucho que ya no canta hijo, jeje. Y no pidas perdón, no lo hagas. Hasta mañana...-

Al otro día, el día se mostraba como el más importante en años. Ambos tenían ese aura de felicidad que nos toca vestir pocas veces en la vida. El viejo fue a trabar, el pibe a la facultad. Cuando éste último estaba en el buffete, vió mucha gente arremolinada frente al tv del lugar. En éste se veían varias dotaciones de bomberos tratando de apaciguar las llamas de un voraz incendio. El chico reconoció el cartel, donde apenas se veía parte del nombre de la fábrica. Era la de su papá. Trató de no entrar en pánico, pero fue en vano cuando leyó en el titular del fondeo de la pantalla que había al menos 30 muertos y muchos más heridos de gravedad. Se dirigió entonces, sin demora, al hospital donde estaban llevando los

damnificados.

Habló con dos o tres médicos. Su papá no había muerto, pero se encontraba en terapia intensiva con quemaduras en casi la totalidad de su cuerpo. No le quedaba mucho tiempo de vida. Había perdido la vista, su rostro estaba en carne viva. Su nariz y orejas habían desaparecido. El joven, a instancias de la bondad de una de las enfermeras, pasó los últimos minutos de la existencia de papá tomando como podía de una de sus manos. Lentamente su corazón fue dejando de latir. No tenía ojos para mirar, y quizás tampoco podía escuchar, pero el padre supo que su hijo estuvo a su lado. Cuando expiró, le dió un último apretón con sus carcomidos dedos. Fue... su despedida.-

Debo decir que también fue la despedida de Alex, quien quedó en manos de EL "otro" VIEJO en la cueva. Por supuesto, no logró convencerme. No estuvo tan lejos, sin embargo. Tal vez descifren por ustedes mismos el motivo de mi resolución. Tal vez no. Sin embargo, salta a la vista con facilidad.

Deténganse a pensar por un instante, si es necesario vuelvan a releer "su" historia. Yo sé que ustedes pueden leer entre líneas, como yo lo hice.

Los aguardo, estén tranquilos.

Alex se mostró triste, pero con un aplomo que no tenía al emprender el paseo a su nueva morada. Algo había cambiado dentro de él, estoy completamente seguro. Me pude sentir más que satisfecho. Y eso, como se verá reflejado más adelante en mi proceder, es más que suficiente.

Capítulo 18

Capítulo VI – Razones

Luego de comunicarme con uno de mis jefes y asegurarme que todo dentro de mi auto estuviera en su correcto lugar, volví a casa acompañado de la AM. Para uno que toda la vida escuchó Continental o Rivadavia, hay ciertas cosas, como el bip de las noticias, los tangos de medianoche, los partidos relatados por el gordo Muñoz... esa interferencia clásica que se escucha en los parlantes en forma ininterrumpida, ruido al que las nuevas generaciones ni siquiera toleran ("Sacá eso Abu" es una de las recriminaciones normales de mi nieto), bueno... decía que pasan a ser parte de nuestra esencia.

Una llovizna salpicaba el asfalto y no alcanzaba a limpiar el polvillo del parabrisas, que formada una delgada capa sobre el mismo. Había limpiado los vidrios del vehículo con sumo cuidado antes de salir de mi hogar, tal como es mi costumbre. No hay nada como ver bien mientras uno maneja. Es indispensable. Estoy convencido que varios accidentes se evitarían por la simple acción de tomarse unos minutos y pasar un paño limpio sobre en las ventanillas de nuestros compañeros diarios de cuatro (o más) ruedas. Pero ese es otro tema. Durante la parte del trayecto donde el camino de tierra era la única opción para llegar a La Cueva, poblé de mugre todo el santo Fiat. El asunto pasa que en esos momentos no contaba con un lugar para detenerme en la autopista e higienizar el cristal.

Sé que están pensando "¿por qué demonios no usas el líquido limpia-vidrios?", o zorrino, como comúnmente se dice en nuestro país. Mi respuesta es simple, breve: no. Eso es para haraganes, o urgencias. No era ninguno de esos casos, así que, era solo cuestión de tiempo. Por otra parte, el programa que normalmente escucho en la radio, tenía un contenido de mierda gracias a la tosudez del periodista en su intención de machacar a un oyente, quien muy respetuosamente hizo un comentario que hirió de muerte su ego. En pocas palabras, y como acostumbramos los argentinos a opinar de todo, muy a pesar de contar o no con los conocimientos necesarios sobre la temática bajo análisis, este muchacho que cuenta con la fortuna de contar con un micrófono para expresar sus ideas, da una opinión sobre política, pero de una manera despectiva para quien piense diferente. Lamentablemente se nos a mal acostumbrado a echar basura al de la lado si no ve las cosas como uno, y el cronista fue un fiel exponente de este forma cavernícola de pensamiento. Pues resulta que la emisora tiene como costumbre, sana por cierto, recibir mensajes de los oyentes y ponerlos al aire, en tanto éstos sean educados, obviamente. Un viejito de Quilmes, dió una verdadera

lección de sapiencia y humildad al idiota que llevaba adelante el programa, quien, como se imaginan en este tipo de personas, no aceptan, no toleran las diferencias con lo que entiendan como distinto a ellos. Pero claro, el poder de la voz en vivo estaba en sus manos. No tuvo mejor idea de tomarse revancha durante las restantes tres horas de emisión radial. Ni tiempo a la música otorgaba, interrumpiendo las canciones al inicio o final. Solo deseaba mostrar quien mandaba si se metían con él: "¡he aquí el verdadero y único jefe!" Un perfecto ignorant, como vociferaba mi suegro, oriundo de Sabadell, cuando de vez en cuando discutía de fútbol con mi padre .

Volvamos a la historia de Alex.

Les voy a dar mis motivos.

Primero, la falta de sinceridad. No lo culpo, es algo generalizado en estos días. Todo pasa por tener huevos o no. Por asumir las consecuencias de los actos que uno realiza. Ser responsable de su vida, y no hacer a otros encargados de llevar sus riendas.

Me mintió. Está bien, dadas las circunstancias, dirán ustedes. Yo les digo que no. Demonios, ¡no! Era su oportunidad para mostrar sus agallas, el carácter del que está hecho. ¡Patrañas las circunstancias! Modificó la historia de su vida, lo que lleva a un pecado capital, la falta de creatividad, y lo hizo en su afán por escapar de una historia sin resolver. Tristemente, es la puta historia de su familia, estimados.

Segundo, se rindió antes de tiempo. Me dirán que lo intentó, y entonces les diré que no es suficiente. Verán, uno puede tratar de lograr un objetivo de una de las siguientes maneras: preparándose para fracasar, contentándose con intentarlo, sin temor pero carente de expectativas en lograrlo, o con el convencimiento de conseguirlo. Solo la última forma es la que funciona. Y Alex nunca mostró la actitud necesaria para que su historia me dejara librarlo. En su caso, si en su interior no pudo más, no debió dejar que yo lo supiera.

Por último, para las tragedias ya tenemos bastante con Shakespeare y el día a día en este mundo. Ver las noticias es más que suficiente para darnos cuenta de la maldad de la que el ser humano es capaz. Claro, lo dice un secuestrador de personas, ¿no? No sean proclives a juzgarme, dejen de apresurarse. Decía entonces, en esta idealización del "soy víctima" es fácil plantear todo, absolutamente todo, como un juego en el que alguien o algo más grande que nosotros intenta dañarnos. ¡Mentira! En su historia el padre se muere antes de reencontrarse con su hijo, cuando es el hijo, Alex, protagonista de esa farsa, quien rehúsa a la realidad y crea esta fantochada para sentirme menos culpable. Al muchacho le interesa sentirse bien consigo mismo, a la mierda los demás.

Pero es hora de dar vuelta a esta página, después de todo, tengo más trabajo por hacer.

Bajo el volumen de la radio, mientras viene a mi mente una canción que mi abuela me cantaba:

Trin' Trin', Cavallin'
Sut' e' porte de Turin'
Sut' e' porte de Tortuna'
A' dua chi pistu l'erba buna.

Pronto será el turno de Jonathan.

Ahora la lluvia arrecia.

Levanto mi pie del acelerador. La velocidad del auto queda en setenta y un kilómetros por hora, aceptable para una buena maniobrabilidad.

Alex es pasado. Pero no historia...

Capítulo 19

Cap VII – Marcha atrás

Jonathan, por su parte, fue un auténtico dolor de cabeza. Desde el intento de sublevación permanente, con el soporte de Alex, a quien convenció luego de largas charlas nocturnas a través de la tosca reja que El Viejo había colocado entre sus habitaciones; durante el camino a la cueva, cuyo viaje tornó interminable y mereció un rectificativo mucho más duro que el que le procuré; hasta incluso el momento en que lo recogí al final de esa parodia de partido de fútbol cinco (el resultado fue 21-17, acorde a un set regular de... badminton) y amablemente lo invité a subirse a mi carro con mi 9mm asomando por debajo de mi querida campera de cuero negro. ¿Qué? ¿No puedo usar la palabra carro sin que pongan esa expresión en sus rostros?... es broma estimados, prosigamos.

El viejo me llamó una mañana en que estaba relajado leyendo el diario, reposando en mi viejo sofá, y tomando un café en la tacita de mi club del alma. El sol copada el cielo como no lo había hecho en casi una semana: por cierto éramos muchos los que estábamos cansados en aquellas horas de la saga interminable de días grises y lluviosos que habían precedido al corriente. Asimismo, en la ciudad el agua había hecho estragos en los barrios más humildes, provocando evacuados y pérdidas materiales irre recuperables. “No hubo muertos”, dijo un político en la tv, como si la falta de víctimas fatales pudiera mitigar el sufrimiento de los damnificados, de esa gente que tipos como él recuerdan en tiempo de elecciones para luego sepultarlos en un olvido con fecha de vencimiento dentro de cuatro años. Claro, siempre hay asuntos más importantes que resolver antes que responder a las promesas de campaña a los votantes. Pasa el tiempo, y hay cosas que en este país, quizás como en otros tantos, lamentablemente, no cambian.

Decía entonces, luego de conversar un rato sobre el clima y sobre los favoritos del día para las distintas carreras de pingos en Palermo, el viejo cambió su tono y más seriamente, comenzó a contarme de las charlas nocturnas de los dos amigos en cautiverio, Alex y Jonathan. Si, seguramente hacían sus conversaciones en voz baja, no creo que fueran idiotas. Sin embargo, la astucia del sexagenario y sus conocimientos técnicos le habían permitido tener acceso a los diálogos de los muchachos, a merced de una serie de micrófonos que él mismo había instalado en las salas. Incluso, el muy pícaro tenía algunas montadas en... ¡el baño! El zorro podía escuchar incluso los asuntos indeseables de cada uno:

escatológico de su parte , desagradable en mi opinión.

Antes que siguiera dando detalles de "ese" tema, lo interrumpí procurando que vaya directo al grano. Lo notó, por supuesto: entonces comenzó a darme detalles de un plan, elaborado por Jonathan para darse a la fuga junto a su amigo. Al parecer, el viejo disfrutaba y mucho de escuchar a los chicos pergeniar su escape. Alex al parecer apenas aportaba algunas ideas, sin embargo eran mucho más inteligentes que las de su compañero. Para el viejo, éste último era más pragmático, y según afirmaba, "en la vida las cosas se resuelven en la práctica hombre".

El bosquejo, mas o menos, consistía en lo siguiente: aprovechando que el viejo los cuidaba bastante, a su manera, y que en una de las habitaciones se había dejado ver una pestilente rata, Jonathan iba a simular ser mordido por el animal. Se lo iba a informar al viejo, pero restándole importancia y al solo efecto que arroje algún veneno en el lugar. Desde ese día, iba a pretender simular el comienzo de algún tipo de infección a causa del roedor. Claro, con el correr de los días y ante el progresivo desmejoramiento de su salud, el viejo no sospecharía que se tratara de un artilugio creado por el enfermo.

El viejo, según me dijo, los había dejado comenzar su jueguito. Jonathan se había infligido una pequeña herida en la pierna, escondida entre los pelos de su pantorrilla. Lo habían mordido y con ganas, ja. Aclaro, la rata no era tal, sino que era una cruce entre una tamia y algún otra especie de roedor (he de reconocer que se asemejaba mucho a una gran rata gris) siendo ésta la mascota preferida de... ¿a que no saben quién? Creo no necesito aclarar en este punto. Alex, en tanto, aportaba respecto a las formas y credibilidad a dar a la supuesta infección, al igual que sobre como debía verse la herida. También se preocupaba y mucho por el momento justo para aplicar el atraco. El viejo sentía que éste sentía incluso pena por él, su "carcelero". Increíble.

Pacientemente aguardaron día tras día, mientras Jonathan aparentaba empeorar su condición física. El viejo me contó que su actuación era bastante buena, digna de su objetivo. Alex preguntaba a su amigo en alta voz, sobre el estado de la herida. Había que hacerlo lo más real posible, claro. Sin embargo, el viejo tenía el as en su manga: el minúsculo micrófono desnudaba las intenciones, anhelos y temores de los muchachos.

La noche previa al día que se produciría el escape, Genaro (he de llamarlo alguna vez por su verdadero nombre) escogió un traje gris de esos que tenía al final de su ropero, colgado de una las escasas perchas de madera con que contaba. No lo usaba desde hacía años, según él desde antes que falleciera su Mirta querida. Le quedaba ahora bastante grande, debido a los varios kilos perdidos. Se engominó el cabello grisáceo, ondulado, tratando de disminuir su volumen. Silbó suavemente, en tres soplidos

entre-cortados, y su roedor apareció desde un rincón, con las orejitas arriba. En menos de dos segundos ya se encontraba sobre su hombro derecho.

Se dirigió a donde estaban Alex y Jonathan. Encendió la luz de ambas habitaciones. Ellos no dormían: estaban sentados en el suelo y conversaban a través de la reja. Se quedaron observando los imponentes metro ochenta y cinco del viejo, quien lucía como todo un caballero con su nueva atuendo. No solo no se veía flaco, sino que supongo con ese aire que el buen vestir otorga a sus abonados. Genaro reía al describirme el rostro de sorpresa de los jóvenes.

Imaginen su desconcierto cuando notaron la presencia del animal sobre el hombro izquierdo del anciano (se había mudado de articulación). Genaro, con su pasmosa tranquilidad, les presentó a su "amiguito". Solo añadió, a expensas del dúo boquiabierto: - No lo intenten, por favor...-. Alex, más sensible, se paró de un salto e intentó tímidamente exponer un motivo para su fallido plan.

- Lo sentimos don, es que no sabemos que va a ser de nos...-

El viejo solo gesticuló con su arrugada mano extendida hacia el suelo, con la palma hacia abajo.

- Está bien, está bien. Solo, no lo intenten nuevamente.-

Según me dijo, les dió la espalda, apagó la luz y se marchó en silencio con Pepe, la ex-rata caníbal, a cuestas.

Estoy seguro que Jonathan no sintió lo mismo que su compañero. Se habrá lamentado de la oportunidad perdida, y digo oportunidad cuando a decir verdad nunca la tuvieron. Fue solo una ilusión. Es fácil para el hombre desesperado aferrarse a utopías, ¿no creen?.

Durante el viaje a la cueva, la actitud de Jonathan tampoco fue la ideal. Una y otra vez intentó desanudar lo imposible (recuerden, la receta de mi atadura es bastante peculiar: él no lo sabía). Admiré su insistencia y la capacidad para mostrarse calmado cuando un tic en su ojo izquierdo exteriorizaba su desasosiego. Mientras contaba su historia, la que nunca dudó en comenzar a describir, movía sus manos a la sombra de las luces de la ciudad, arremetiendo contra los lazos de la sogá sin cansancio.

- Había una vez una niña de cabellos dorados y profundos ojos pardos, que vivía en una gran ciudad. Luego del divorcio de sus padres, su papá alquiló una casita en un barrio tranquilo y la llevó a vivir junto a él.

Ella era delgada y alta, sin embargo sus manos eran pequeñas; movía su cuerpo con mucha soltura y era muy femenina, a pesar de su corta edad:

solo ocho años. Oh, si que era una auténtica señorita.

La casa donde ahora vivían era chapada a la antigua, con techos altos y paredes anchas. Su habitación tenía el piso de pinotea, algo descuidado: la chiquilla consiguió que Pa le prometiera que más adelante lo puliría. Las paredes estaban muy bien, y el patio con dos nogales era lo suficientemente amplio para corretear un poco y jugar con la mascota de la niña: se trataba de una gata gris, enana y extremadamente mimosa. Atención, era selectiva en el trato con las personas. No se dejaba tocar por casi nadie.

La chica pasaba las tardes, luego de venir desde el colegio, leyendo en compañía de su amiga gata. ¿Su nombre? Pues no lo tenía.

“No tengo por qué nombrar a mi mascota si no quiero”, solía decir. Su padre siempre insistía que no dejara que nadie le diga cómo hacer las cosas por el solo hecho de que todo el mundo lo intentara de otra manera.

-

En un primer momento estuve realmente intrigado respecto hacia donde llevaría su relato Jonathan, lo reconozco. Pero sigamos a través de sus propias palabras:

- Un día soleado de Agosto, estaba a solo diez minutos de finalizar su día en la escuela. En tanto, la maestra de Historia, mientras daba detalles de la extensión de las diferentes conquistas del Imperio Romano, dijo: “A veces, en el mundo de los adultos, la mentira es necesaria.”

Fue como si una bomba estallara ante los mismos pies de la pequeña. Nadie se inmutó por la apreciación de Inés... nadie excepto la niña.

Levantó los deditos de su mano y con mucho coraje, a pesar de sentir un temblor en todo el cuerpo, se levantó a instancias de la profesora, quien le cedió la palabra.

Miró al suelo, respiró profundo; luego alzó la vista y dijo: “La mentira nunca es deseable. Los mayores males de la humanidad provienen de ésta señorita: desde una pelea con un amigo hasta las guerras, pasando por familias que se separan... como la mía. Sea pequeña o quizás gigante, la mentira siempre trae consecuencias indeseables. ¿Sabe? Siempre nos dicen aquí en la escuela que no mintamos a nuestros papis. Yo creo deberían hacer extensivo el pedido sin importar quien nos escuche o... bueno, quiera hacerlo...” concluyó mirando la boca abierta de parte de sus compañeros de clase. Inés también había quedado perpleja. Solo el timbre interrumpió el silencio en que había quedado el aula.

Esa tarde, mientras comenzaba a leer el primer capítulo de ‘La montaña mágica’ acompañada de su gata sin nombre, la pequeña pensaba que

quizás había sido demasiado brusca con la maestra. Sin embargo, convencida que la verdad duele pero no mata, estaba muy tranquila consigo misma.

Esa misma tarde, Inés estuvo pensativa por varios minutos sentada en el sillón de terciopelo de su hogar, frente a la chimenea. No le cabía en su cabeza como una niña de cabellos dorados, ojos pardos, alta y flaquita, la había puesto en su lugar. Esa precisa tarde, su hija de 19 años saldría del closet, admitiendo su lesbianismo ante la maestra. Simplemente, ya no podía tolerar continuar mintiendo.

En tanto el cronista, al igual que la niña con su gato, no cree en eso de colocar un nombre a la protagonista: en fin, no tengo por qué hacer lo que ustedes esperan...-

Por cierto, no esperaba ese final. Punto a favor del muchacho. La enseñanza que intenta dejar es bastante aceptable. Pero lo que más me llamó la atención es la irreverencia de sus última línea. Puedo decirles que me sacó una sonrisa, haciéndome recordar viejos tiempos de mí mismo. Asimismo puedo asegurarles que contar la historia mientras intentaba segundo a segundo desatar el nudo, representa un sentimiento de admiración insoslayable por mi parte hacia con el muchacho. Diez en tenacidad el pibe.

Su desacierto fue intentar convencerme con su crónica que él mismo no me mentía. Yo sabía de antemano que Jonathan contaba con más información de la que afirmaba poseer. Incluso más de la que su amigo poseía. Desde que Alex había 'desaparecido', las labores investigativas por parte del primero se habían intensificado. No pienso dar detalles del cómo, pero en las próximas líneas voy a decirles porqué Jonathan, el empleado con sueños de gerencia, era mucho... pero mucho más listo de lo que todos creíamos.

El primer indicio lo tuve al visitar su dulce hogar. Cómo olvidar la alfombra, felpuda y marrón claro, con la leyenda 'Home sweet home' en la entrada. Una auténtica porquería. Ok, sobre gustos no hay nada escrito dicen por allí. Jonathan usaba black out en cada una de sus ventanales. Los números de la vivienda eran grandes: el 644 en relieve con un mármol blancuzco de fondo, se veía ya a unos treinta metros de distancia claramente.

Iba a intentar algo similar a lo que hice en lo de Alex, después de todo casi siempre me ha dado buenos resultados. No sé si era el día o qué, fui más directo, por así decirlo. Toqué timbre, pero no escuché que sonara. Golpeé dos veces, suavemente. Nada. Golpeé nuevamente, tres veces, más fuerte. Se sintió movimiento dentro de la casa. Presentía que él se encontraba pegado a la puerta, tratando de ver por el visor quien llamaba. Acerqué mi mano nuevamente a efectos de volver a tocar, cuando la voz

de Jonathan me dijo: -¿Diga?-

Mirando fijamente la mirilla, en tanto adopté un tono firme, aunque sereno: - Alex me envía, Jonathan. En tus manos está la vida de tu amigo. Así que...- No me dejó terminar. Abrió la puerta.

...

Capítulo 20

Cap VIII

El muchacho no me sacaba el ojo de encima. Su semblante denotaba tensión a la vez que curiosidad. Dí unos pasos con mis brazos unidos por la espalda alrededor del living, donde una imitación al estilo Pollock se robaba la atención del visitante; incluso creo esa era la intención de Jonathan: las paredes sobre el lado opuesto, el oeste, tenían bastante humedad en la parte inferior, más allá del mueble oscuro alargado que cubría irregularmente esa zona.

Me quité el abrigo observando pasivamente al chico, dejando entrever mi arma inequívocamente debajo de esa fina camisa gris que tanto me adoro usar.

-¿Puedo?- le dije a Jonathan, con señas de dejar mi campera sobre el sofá colorado del rincón, junto a un antiguo perchero de pie. Éste último brillaba: era de una noble madera y solo contaba con una sobretodo encima.

- Si... por supuesto...- me contestó tibiamente, en tanto se apoyaba sobre una silla que tenía delante con ambas manos, como el domador que se apresta a jugar con un león en el circo.

Abandoné el abrigo y no pude resistir a sentarme en el sillón rojo: se veía muy pero muy cómodo, y a esas alturas del día estaba ya algo cansado, sepan entender.

Lo miré unos segundos fijamente.

- Tú sabes que tu amigo no me envía, eso lo veo en tus ojos. Es mi trabajo, la gente habla más y otra gente a la que le molesta lo que la primera habla, me paga para hacer "shhh" a dichas personas. Individuos como Alex o como vos...- lo señalé con el dedo índice de mi mano derecha, aspirando a que me muestre que actitud iba a tomar respecto de mis palabras.

Golpeó levemente el piso con la silla, que había elevado uno o dos centímetros del suelo sin darse cuenta. Entonces, empezó a ... negar todo. A intentar engañarme con mentiras. Nunca hay que mentir sin conocer que sabe realmente quien las escucha, ¿coinciden conmigo?.

- No... no sé de qué me está hablando... Alex... eh...-

Lo interrumpí:

- Antes que digas algo respecto de tu amigo por lo que luego te arrepientas, dejame refrescarte la memoria una pizca- demonios, tuve que levantarme de ese lecho de rosas que era ese sofá.

Solo tuve que dar un paso para que la mente de Jonathan se aclarara...

- Esperá, esperá – soltó la silla y retrocedió – ok, en la fiesta de casamiento de una compañera de trabajo... Alex y yo escuchamos algo... un tipo hablaba por el celular cerca nuestro y solo estábamos allí. Pero nada más, nunca pasó nada más ni siquiera comentamos...- a partir de ese momento es como si su voz se comenzó a disipar y dejé de escucharlo. ¿Él? Siguió su inútil monólogo. Fue extenso y emotivo, apto para el nene de mamá que llora ante su progenitora "¡Yo no fui, no fui!".

Gracias al cielo tenía sobre volando en mi cabeza desde temprano I need her love de ELO, lo cual fue no solo relajante, sino positivo por dos aspectos: por un lado ayudó a hacer menos tedioso el tener que soportar el relato del muchacho, y por otro, cuando luego de unos cuantos pasos lentos y disimulados hacia Jonathan pude con mi pierna evitar que levante la maldita silla mientras le daba un gancho en su vientre, pues evitó que lastimara a Jonathan. Una vez en el suelo, fue fácil maniatarlo, en tanto se retorció como si le hubiera clavado un puñal. Mucho "acting" de su parte, como se dice ahora. Igualmente trató de librarse de mí, dificultando que lo atara con mis nudos mágicos. Una rodilla sobre su pecho con mi cuerpo encima fue suficiente para que cambiara de opinión respecto a sus intenciones: ojo, peso más de 90 kilogramos, no subestimen al llorón.

Luego dediqué unos minutos a recorrer la morada. La mesa principal del living estaba cubierta con un mantel blanco con dibujos de flores en diferentes tonalidades de naranja, amarillo y marrón, cabe destacar, de una fealdad y falta de gusto elocuente. Sobre ésta, una especie de anuario de atletismo mostraba a un Usain Bolt festejando alguno de sus tantas victorias. Seguramente el muchacho admiraba al jamaiquino, como tantos en este mundo, lleno de likes, vistas, "compartir", etc. Debería saber que antes de aquel hubo un Carl Lewis, y antes un Jesse Owens... que ambos aparte de correr, también competían (y ganaban) en salto en largo. Todos deberían saberlo. Sin embargo estamos en la sociedad del ahora, donde lo pasado es historia, y por ende, poco importa.

La silla donde presumí que normalmente se sentaba Jonathan estaba con barro seco en su travesaño inferior frontal. Gracias al cielo no contaba, al igual con la mesa, con alguna sustancia desagradable pegada en su parte posterior. Ustedes dirán que soy detallista: esas pequeñas cosas dicen mucho de una persona, como verán más adelante. En tanto la puerta del

baño y de la habitación estaban cerradas. El primero se caracterizaba por su limpieza y un extractor de aire que se encendía automáticamente al tocar la perilla de la luz. Las toallas, blancas, una de mano y otra colgada al lado de la ducha, se hallaban impecables. Por supuesto, no todo era perfecto. Dos prendas íntimas colgadas en la canilla debajo del aspersor arruinaban el paisaje. En cuanto a la habitación, estaba bastante ordenada y repleta de fotos familiares en marcos añejos, al parecer heredados. La frazada estaba a la altura de los pies, era clara con un motivo bordado, que posteriormente supe que era el Senecio de Klee. No se ven cosas por el estilo a la venta en las tiendas o blanquerías. Buen gusto el de Jonathan, punto a su favor en esta ocasión.

Me quedé sentado sobre su cama un rato, pasando hojas de una colección de historia contemporánea dispuesta en varios tomos, llenos de fotos y con escasez de información en ciertos temas de considerable importancia, a mi entender. No es justo tomarse a la ligera un tema de manifiesta importancia como la vida de Da Vinci, sin destacar sus notables trabajos de ingeniería adelantados a su época. O asuntos no tan conocidos, como su rivalidad con Miguel Ángel Buonarrotti, bastante más joven que él. Leonardo no es para nada solo "La Gioconda" o "La última cena". Incluso estudió el cuerpo humano diseccionando cuerpos de criminales y enfermos terminales. De Einstein nada se dice de la colaboración que necesitó de gente como Eddington para demostrar su teoría. Ni un ápice. Tampoco que tocaba el violín y que amaba a Mozart..

Estaba entretenido en un diagrama que describía temporalmente los hechos que desencadenaron la Revolución Francesa, cuando me percaté de sonidos que provenían del living. Por supuesto, se trataba de mi amiguito que estaba despertando. Me dirigí veloz pero sigilosamente a su encuentro. Noté cierta decepción en su mirada al verme, mientras con sus manos se tocaba la quijada. Seguía en el piso. Sus brillosos ojos dejaron de perseguirme cuando sonó el timbre.

Intentó ponerse de pie. Más allá de los dolores que le habían provocado los golpes y las ataduras que rodeaban sus extremidades, creo que fue mi mirada la que lo detuvo. Me llevé el índice de la mano derecha para apoyarlos perpendicularmente contra mis labios, en tanto caminé hacia la puerta. Jonathan parecía ahora una estatua. Aún inmóvil, transmitía una actitud, una "vibra" (como dicen los jóvenes en estos días) que no me dejaba tranquilo del todo: con mi otra mano saqué a relucir solo unos centímetros del arma, al parecer suficientes para quedar en modo stand-by.

La chicharra volvió a sonar, esta vez con más insistencia. Me apresuré a acercarme al pórtico. Quien tocaba, de sexo masculino y ronca voz, conversaba telefónicamente mientras esperaba, según estimé. Alcancé a escuchar un "éste dónde cornos está..." mientras los pasos se alejaban de la casa. Seguramente luego se intentaría contactar vía celular, pero ya me

había encargado de ese asunto.

Jonathan estuvo atento en todo momento y seguramente se lamentó al notar la ida del visitante, aunque intentaba la mejor cara de poker que podía brotar de sus facciones. Le dije que era hora de irnos. Dudó unos instantes.

-Te ayudo- le dije, en tanto lo tomé por el antebrazo atenazándolo. No cooperaba. Lo levanté y finalmente estuvo erguido sobre sus pies.

Mientras lo tenía tomado, tanteé en mis bolsillos para no olvidar ningún elemento en el lugar. Todo estaba en orden. Miré hacia afuera, no había moros en la costa. Lo llevé casi a la rastra al auto y lo metí en el asiento trasero, dándole un codazo en esa espalda que no quería descender. - Yo también puedo hacer las cosas de otra manera, querido- le dije acercándome a su rostro, antes de dar un portazo en sus narices.

Volví a mirar alrededor. Paz en la noche. Subí a mi vehículo y acomodé el retrovisor directo a su rostro. Encendí el motor. La aguja del combustible estaba demasiado baja, iba a tener que cargar nafta en el camino a la cueva. La radio estaba sintonizada. Un bello viaje nos esperaba (vamos, déjenme un poco de cinismo para diversión mía).

Capítulo 21

Capítulo IX

Estimo que más allá de contar mis andanzas con los jóvenes, ustedes están algo ansiosos por saber de la existencia (o su fin) del contador de la firma. Al menos, espero que el interés que Jonathan intentó despertar con el aburrido relato de los acontecimientos de su vida haya llamado parte de su atención. Al fin y al cabo, ha de haber sido así. Caso contrario, claro, no hubiesen seguido leyendo este manuscrito.

En primer lugar diré algunas palabras respecto a la vida personal del aquel personaje. El hombre, ya entrado en años, no había perdido las mañas de su juventud, donde por nombrar algunos detalles de su pasado, intentó copiar la tesis de su carrera, siendo descubierto y expulsado de la casa de altos estudios de más renombre de la ciudad. Luego de cinco años de sanción, pudo finalizar su formación en una universidad privada que no contaba con demasiados miramientos hacia los antecedentes del estudiante.

Gracias al poder y contactos de su tío paterno, experimentado militar devenido en "Jefe de Recursos Humanos del Ministerio de Asuntos Institucionales" durante uno de los tantos periodos dictatoriales nefastos que vivió nuestro país, fue ubicado en un puesto gerencial de un organismo dependiente del citado organismo en la provincia de Entre Ríos. El viejo general, astuto en asuntos referidos al "olvido" natural que el pueblo padece frente a malos actos de sus individuos, lo instaló en una bella oficina sin muchas responsabilidades ni atención pública que llamar.

El contador aprendió en esto de los "contactos", y claro que sacó provecho de ello. Más allá de estar lejos de su zona de confort, el cargo que poseía le daba ciertas atribuciones que supo explotar en un entretejido con otros popes de oficinas vinculadas a las operaciones de ciertas instituciones locales, con la anuencia del jefe policial de la ciudad, quien cobraba su parte en agraciados dividendos. En tanto, prosiguió cogiendo experiencia en otros asuntos vinculados con la marginalidad.

La creación de empresas fantasmas, con las que negociaba importantes montos de ventas ficticias a efectos de beneficios impositivos, fue uno de sus puntos fuertes. No me consta, pero alguien dentro del organismo recaudador de impuesto daba el visto bueno a semejantes tramollas, de considerable magnitud para omitirlas. Con el tiempo su ambición de dinero fue tomando fuerza, siéndole insuficiente lo obtenido en estos auténticos "juegos de niños" según sus propias palabras, por lo que se embarcó junto a un colega, tanto o más delincuente que él, en la elite local de los negocios ilegales, incursionando en el lavado de dinero proveniente de... ¡adivinen!. Creo que está de más seguir ahondando en el

tema. La avaricia y otros tantos pecados capitales hicieron que el contador, como tantas otras personas en ese ambiente, se sintiera intocable. Está escrito que todo lo que sube tiene que bajar, y así pasó con este individuo. Uso y abuso vienen de la mano cuando el poder está al servicio del ser humano equivocado. Cuando un par que equivocaciones hicieron a nuestro sujeto, quien fue ganando kilos además de mucho dinero, estuviera al borde de pasar al otro mundo, su tío, ya viejo con las mismas mañas de siempre, salió en rescate nuevamente del protegido.

Entonces fue el tiempo de... están en lo cierto, de la firma, o de LA FIRMA como mencionaba Jonathan. Con un CV exquisitamente dibujado, rico en falsos detalles y abultado en referencias inexactas, el contador tuvo la oportunidad de ingresar a la por entonces desconocida empresa, de mediano tamaño y en franca expansión comercial, con promisorio futuro por ende. No pudieron colarlo en jefatura alguna, a pesar que el querido tío moviera cielo y tierra en su favor. "Apenas" le asignaron un puesto de supervisor en el sector de gastos comerciales, con solo cinco personas a su cargo, número de súbditos inusualmente bajo e insuficientes para el bribón, con la voracidad propia de quien carece de talento, carácter o constancia, pero admira ser endiosado por ese atributo denominado status. Lo evidentemente más desagradable para sí, fue... el tener jefes. Lo repito, jefes, en plural. Alguien que casi nunca estuvo debajo en la estructura jerárquica de las organizaciones donde fue parte, sufrió de golpe y porrazo el ser sometido a esta pesadilla: recibir órdenes, bajar la cabeza.

Esta situación desconocida, temida por su ego e intolerable para su minúscula mente, no estaba destinada a durar mucho tiempo. El contador se lo había prometido a sí mismo.

Cabe decir, que en ese preciso área, sobraban caciques y él, como dije, ni siquiera era uno de ellos. Entonces empezó a hacerse cada día más y más adicto a la mentira. Se hizo amigo de los rumores, tanto los creados por sus pensamientos como los que llegaban a sus oídos y eran embellecidos con sus anexiones. El pobre diablo llegó a creerse, como muchos de los de su calaña, sus propias mentiras. Y lo más triste, arrastraba consigo a aquellos sin la personalidad suficiente para definirse en posición e ideales. No los juzgo, pero es responsabilidad de cada individuo el accionar ante sí y la sociedad. En estas oportunidades, la culpa es del chanco, no del que le da de comer.

El contador entonces, de esa forma tejió y tejió redes de engaños y calumnias, fiel a su estilo. No dejó de lado el aspecto que más adoraba, el del dinero. Notó que determinados gastos en que incurría la firma, manejados por su sector, no eran lo suficientemente... cómo decirles, controlados en forma cruzada, y a su vez avizó que cierto informalismo en las relaciones interpersonales de determinados empleados podían serle de provecho en caso que lograra enturbiar los distintos circuitos cajas-

arreas-comprobantes. Ideó un mecanismo procedimental que supuestamente beneficiaba al organigrama de la sociedad, y tuvo la dicha que dos popes de la firma se convencieran de sus dividendos potenciales. Su sarta de mentiras, con aparentemente una finalidad de "eficiencia" para mucha gente sin el más común de los sentidos, tuvo éxito. Esos grandes cerebritos fueron los encargados de aprobar el proyecto del contador, quién ganó consideración y respeto, además del puntapié inicial a su caballo de troya capaz de manejar colateralmente montos importantes de fondos del organismo.

Por algunos años mostró a los jefes los resultados que éstos querían ver. No hay más ciego que... jeje. Sin embargo, siempre aparece un personaje, el nuevo, que mete su nariz donde no debe. Y ahí, pueden suceder dos cosas: o se calla la boca y se adapta, subyugando su moralidad al silencio impuesto por el miedo o la pasividad generada por el dinero, o... levanta la voz y lo, por supuesto, abofetean. Pasó pues, lo último que mencioné.

Como resultado de lo descrito, dicha persona (prometo que pronto entenderán por qué me detengo en él) sufrió bastante a consecuencia de inmiscuirse en los negocios del contador y su banda. El chico, en extremo inteligente, de contextura delgada, contaba con unos ojos pardos claros que derramaban candidez de carácter. Tenía un futuro prometedor por delante, repleto de expectativas. Sus compañeros de trabajo y amigos así lo atestiguaban.

Le sobraban ganas... de trabajar, de aprender, de crecer. Había ingresado a la firma en parte gracias a la insistencia de su padre, quien ya era empleado de la corporación. Siempre insistió en que el joven dejara su currículum y hablara unos minutos con José Luis, el secretario del jefe de Recursos Humanos. Llegó el día en que Arturo finalmente lo hizo, y en semana y media era convocado a su primera entrevista de trabajo.

Arturo...

Arturo tenía como tatuaje un león de prominente melena, en su antebrazo, cosa poca común por esos años, digo el pincharse la piel con agujas. Siempre intentaba estar un paso adelante a su tiempo.

Arturo era la persona más feliz, y contagiaba su luz al mundo.

Arturo pasaba horas acariciando esa pequeña cicatriz en su pómulo, aquella que se hizo cuando tenía cinco años de edad, golpéandose con el borde la piscina del club de barrio al resbalar sus piecitos mojados en los azulejos verdes del piso.

Arturo... él... aún de grande dormía con una luz encendida, porque así lo

habían acostumbrado de niño.

Arturo era mi hijo, lo mejor que le dí al mundo y lo más valioso que Dios me dió. Él no volverá, y todo gracias al hijo de putas del contador y sus secuaces.

Esa vela que se apagó cambió mi vida para siempre. Privarme de él fue demasiado...

Dicen que la venganza "es el manjar más sabroso condimentado en el infierno". Ja ja. Me van a venir a hablar de infierno, si vivo en uno desde hace 21 años. Pero bueno... también se ha dicho que "si la justicia existe, tiene que ser para todos; nadie puede quedar excluido, de lo contrario ya no sería justicia". Me atengo a esto último.

Pasé a convertirme, en consecuencia, en la herramienta indispensable de la mía.

Capítulo 22

Capítulo X

Tuve tiempo para leer los mensajes que llegaban al celular de Jonathan. Lo encendía muy poco, de vez en cuando, sobre todo para evitar el rastreo de la policía, pero ay ay, que en el momento que caían los mensajes, ¡lo hacían de a decenas!. Me divertí mucho con ese tal Fabi, el muchacho gay. Claro, al principio noté que era el único emisor de whatsapps cuyo número no estaba agendado: era porque el pibe dejó a la jermu por otro de su sexo, y había cambiado de teléfono. Había pasado por la casa de Jona y no lo había hallado, qué casualidad. Una lástima, pues iba con Bauti para presentárselo. ¡Me muero de la ternura, uhhhh! ¡Puaj, ASCO!

Había otro, Gonzalo, que le consultaba sobre el amiguín marica. Y lo mejor, una tal "Rusita" que le escribía que aún lo quería. Ja. ¡Qué perra!

Bien bien. Punto y aparte.

Para muchos se trata de la acción divina. Para otros, consecuencia de las idas y vueltas de la vida. Para los menos, casualidades sin explicación. Lo cierto es que en un día de primavera del año pasado, llegó a mis manos la oportunidad de teñir mis manos con la sangre que la venganza me exigía.

Uno de mi jefes me llamó la noche anterior, citándome en el bar sobre calle Sanchez de Loria, en los arrabales de Almagro. Cuando llegué, lo vi esperando sentado con las piernas bien abiertas, fiel a su costumbre, jugando con la cucharita que golpeaba su taza, ya vacía, de café. El periódico estaba extendido en la mesa, y su celular descansaba sobre el atado de cigarrillos.

Me hizo gestos ampulosos para que me acercara a sentarme a su lado. En tanto, el mozo se acercaba con premura hacia nosotros.

-Un café para el Señor, y aire.- fue certero en el pedido como en sus intenciones, retirándose inmediatamente el camarero.

De la misma manera, fue directo en la descripción de mi próxima tarea: había un cierto personaje, contador él, que se había inmiscuido en los negocios de su jefe, habiéndolo incluso desafiado en forma agravante. Ese tipo ahora vivía como un rey en Palermo y tenía propiedades por toda la provincia, no siempre a su nombre: el uso de testaferros le era habitual. Escudriñé un poco más, cosa difícil con mi patrón, pero debo reconocer que tengo mis mañas y que a veces dan resultado. Entonces me contó que el sujeto era amigo de políticos y jueces, que alardeaba con su fortuna y que tenía como mujer el ser más fiel y con la cornamenta

más grande de la ciudad.

El tipo, para decir de un eufemismo, no era ningún nene de mamá. Antes que terminara mi taza, cogió su celular que vibraba, y al verlo me dijo que se tenía que ir a arreglar otros asuntos. Mencionó lo que ya sabía: mi presa había robado en forma descarado bastante dinero de una gran empresa de la ciudad. Otrora la firma de la que fui parte, oh milagro divino / vuelta de la vida / casualidad de la naturaleza. Por último, mientras cargaba sobre su brazo el abrigo de cuero negro, se hincó sobre mí y me susurró: -Atenti, no te duermas con éste que es plaga-

O lo acostaba, o él contador lo iba a hacer conmigo... como lo había hecho con mi criatura 7742 días atrás. Yo tenía la ventaja: él no sabía quien yo era, ni conocía mis motivos. Ignoraba mi dolor, se hallaba desentendido de mis lágrimas y del sufrimiento que había provocado. Por supuesto, nunca me proclamé una víctima o vendí al mundo algo que no soy. Tantos otros habían sido cargados en la cuenta de daños colaterales de la avaricia de este nefasto ser anti humano, Arturo era uno más para su fría estadística.

La codicia hizo emerger la posibilidad de enfrentar cara a cara al asesino de mi retoño. Tal vez ustedes deban preguntarse que harían en mi lugar. Tal vez no sea necesario, o no quieran hacerlo. Lo cierto es que con respecto a Arturo nunca deseé, como una vez Borges señaló, consagrarme a su memoria, sin esperanza, pero también sin humillación. Podría haber intentado todo este tiempo acabar con el contador en cualquier tiempo. Pero decidí esperar el momento oportuno, a sabiendas que tarde o temprano iba a llegar una oportunidad lícita, bajo el foco de mi moral, para desahogar mi angustia y evitarle a la humanidad más ataques a sus partes más íntimas, en otros términos, a las almas individuales.

Creo que el haber contado con la paciencia para aguardar la oportunidad no fue mi mayor virtud. Estoy convencido que, si bien varios factores confluyeron a generar la ocasión, el elemento primordial fue mi convencimiento, absoluto para adjetivarlo brevemente, que en esta vida iba a conseguir verme las caras con ese vulgar criminal. Habrán oído y visto en multitud de casos cuando tal o cual persona dice " que fortuna tiene, nunca le pasa nada", "ya le va a tocar", "en la vida lo que das, te vuelve", o comentarios del tipo "por qué no habrá un loco que haga algo", "tanta importancia cuándo la justicia no hace nada". Pues, decidí ser yo mismo todo ello para con el contador: su suerte, el indicado, quien tocó a su puerta, el loco, el juez, su destino... final.

A la hora que estimaba, en el lugar que tenía indicado por mi patrón, con ese vanidoso traje negro de Brioni, mucho más caro que mi propio automóvil, fumando un cigarro bajo el reflejo de una lujosa boquilla de oro, el contador... el nefasto personaje a cargo de la puta gerencia de la

firma.

El restaurante era uno de los más conocidos de la zona céntrica de la ciudad, visitado por famosos, adinerados y los menos, algunos que buscaban en las apariencias elevar al menos por unas horas su posición social, disfrazando con vermouths, caviar y hongos Matsutake. El pelado decrepito se hallaba en una mesa cerca del centro del local, a vista de todo mundo, como a él le gustaba. Miraba el menú por encima de sus lentes, que casi colgaban de la parte inferior de la nariz. Por supuesto, su Rolex era una perla sobre la muñeca izquierda: de tanto en tanto arrojaba miradas tanto sobre este como sobre su smartphone. Normalmente comía con otros hombres de negocios, tanto de los de la firma como de los turbios, aunque en el caso de estos últimos era muy detallista de los horarios de reunión. Pero ese día estaba solo: por supuesto ya sabía de ello, pero igualmente me mantuve atento a los movimientos de las personas que ingresaron al establecimiento mientras me mantuve cerca.

Me resultó arduo el evitar mirarlo con excesivo desprecio. El tiempo parecía no avanzar, en tanto mi ansiedad iba in crescendo. Decidí pedir pastas, con salsa bolognesa como es común en mí. Solo gasté de más en el vino, y no me excedí demasiado en el presupuesto con Luigi Bosca. Ja ja Es que recuerdo que ví que solo había pagado un cuarto de lo que el contador abonó con su foie-gras con trufas y un vino blanco importado, de nombre francés que sinceramente no me interesó recordar.

Mientras tenía sus ojos puestos en las noticias del televisor gigante del local, sostenía su copa por la parte superior, dándole suaves toquecitos con el anillo de matrimonio que exhibía en su dedo anular. Juguetecía rítmicamente con ese sonido, que al cabo de unos minutos terminó de irritarme. Por supuesto estaba cerca suyo. Lo tenía a mis espaldas, pero podía verlo claramente a través de uno de los espejos que decoraban el restaurante. Desde su ángulo, el casi no podía fijarse en mí. En realidad, de cualquier manera, él se creía demasiado importante para prestar atención a cualquier otro comensal diferente de si mismo.

Comió tan lentamente que me fue dificultoso el hacer tiempo en mi mesa. El lugar de por sí me incomodaba, como habrán notado en mis descripción. Tenía ese tipo de desasosiego característico del gato, que saborea su ratón pero sabe que debe mantenerse estoico. Me entretuve pidiendo un cafecito y jugando con los dobleces de la servilleta de lino de mi mesa, que contaba con el logo verde del comercio bordado.

Estaba por cierto algo distraído cuando el reflejo me arrojó al contador moviendo su gordo trasero sobre su silla, tratando de conseguir tomar el saco, colgado en la silla a su lado. Solo moví mis ojos, disimuladamente. Mientras, el sacó una lapicera de uno de los bolsillos, anotó algo muy breve en una especie de libreta y la volvió a su lugar. Luego tomó su celular, y escribió algo toscamente, con dificultad por el grosor de sus

dedos, ensanchado por una artritis que avanzaba atrozmente, como él lo hacía con quien se cruzara en su camino. Un sonido percibí en tanto con una sonrisa respondió a la pantalla.

Permaneció minuto y medio tratando de quitar el anillo de su anular, hasta que pudo con una gotita de aceite de oliva que el mozo aun no había retirado y que se hallaba en una esquina, sobre el delicado mantel. ¡Qué asqueroso y vil! Lo limpió y colocó en un bolsillo interior del atavío. Dejó una copiosa propina debajo de la copa, hizo una seña al mozo despidiéndose y con gestos ampulosos dirigió sus pasos hacia la puerta.

Yo hice lo mismo siete segundos después. Era mi momento. Lamentablemente, no seríamos nosotros dos esa noche: la causante del despojo repentino de la sortija del contador, lo aguardaba junto a su vehículo, con un atrevido vestido rojo.

Capítulo 23

Capítulo XI

¿Que si arremetí contra el infiel y su amiguita? ¿Ser yo presa de un arrebato y arrebatarme el derecho de una noche gratis de divertimento? Si creen que la primera pregunta podría haber sido afirmativa, es porque aún no he sido lo suficientemente sincero para que me conozcan. En este tipo de trabajos, no hay tantas opciones para disfrutar, a no ser que se cuente con algo de morbosidad, por así decirlo. Por supuesto, uno aprende de la mente humana y su comportamiento en situaciones angustiantes, dónde el espíritu de unos se eleva y el de otros se convierte en su propio excremento; uno analiza cómo familiares y amigos se dividen entre a los que si y los que no les importa realmente las personas que pasan por mis manos: están lo que hacen lo imposible para que las cosas salgan bien, incluso sin tener una relación directa con el raptado, moviendo cielo y tierra y realizando todo a su alcance para recuperarlo, en tanto, la mayoría se encuentra en el grupo de los falsos, que miran a sabiendas al costado equivocado, los que tienen intereses materiales: a esos que desvirtúan la realidad y se disfrazan de chanchito cuando son los verdaderos lobos.

Díganme, porque percibo a muchos de ustedes (si, demasiados...) veloces en su juicio personal sobre mí: ¿debería tal vez entrenarme con la desidia policial? ¿alardear de cómo conozco sus métodos con tanta exactitud que burlarlos me parece en exceso simple? Fulano podría decirme que no son todos iguales, es cierto y coincido; mengano que no ganan lo suficiente, también es correcto aunque no sea mérito para excusarlos.

Tal vez sería más aceptado por la sociedad que me mofe de la inutilidad de los medios de comunicación masiva en estos casos, vendiendo en el noventa por ciento de los casos solo aquello que les interesa. Una persona desaparecida tiene más prensa que otras tantas, como él, que no cuentan con el respaldo político ni los intereses creados que el primero despierta. Sin embargo, es un ser humano como aquel que el país desconoce que lo mataron, o raptaron, o vendieron como esclavo sexual. Puede hallarse su cuerpo en descomposición a la vera de un río o pantano, tal vez bajo tierra mutilado y engullido por gusanos: para la sociedad no existe, gente querida. Cuando lo descubran, si es que sucede, pasará a ser un número más y solo dolor para los pocos o muchos que lo estimaban. Les hablo con crudeza, pero con mi verdad.

Todo este monólogo venía a colación de mia actuar. No es dable llamarlo jugar con mi víctima, rechazo de pleno el uso de ese verbo. Sencillamente decidí ver hacia donde nos llevaría todo esta pieza para nada teatral del

marido infiel. Ja ja. Infiel, pero agrego sucintamente: soberbio, avaro, hipócrita, y asesino.

Los seguí a través de la ciudad, de su noche llena de luces y niebla. El auto hizo una parada bajo una de esas torres vidriadas de Puerto Madero, sin ingresar al estacionamiento. La dama se encaminó hacia la entrada del edificio, y en unos pocos minutos había bajado con una ligera variación en su atiendo (vestía un chaleco negro con transparencia) y portando una sonrisa cómplice dirigida hacia el interior del Mercedes, que permaneció con el motor encendido, donde la aguardaba el contador, con su brazo fuera de la ventanilla y un cigarro humeante entre los dedos.

El destino del vehículo y sus ocupantes era, por cierto, más que obvio. Don Torcuato. Bajo el nombre de una de las siete maravillas de la antigüedad, el hotel de cinco estrellas era (y es) una de las preferencias habituales de quienes buscan en el sexo y en el lujo un lugar para la consecución de sus más ardientes deseos.

Cuando avizoré que disminuía la marcha, cogí uno de mis celulares y marqué sin más el número del canalla: ya había hecho con anterioridad llamadas al contador, sin obtener respuesta. Presumí que el interés por saber quien intentaba comunicarse desde hacía unos días iba a hacer que atendiera el maldito smartphone. En tanto, puse mi auto a la par: el gordo estaba mirando la pantalla sin atinar a contestar. Deliberadamente seguí del lado derecho de supreciado vehiculo, cuando su bella acompañante le hizo señas que mirara en mi dirección. Me miró sin entender. Le hice una seña que atendiera la llamada. Entonces todo gesto de desdén desapareció de su rostro, para exhibir una perplejidad severa. Detuvo el auto, yo continué unos metros y aparqué delante de él.

Finalmente escuché su voz:

-... Ho... - la mujer le decía que hablara, instándolo: - Hola...- dijo el contador, tibiamente.

Fui conciso. Al hotel entrábamos los tres en su máquina, o su mujer se enteraría de esta y otras infidelidades. También precisé algunos aspectos de sus negocios turbios, entre estos detalles que solo el "indio", quien se encargaba de "limpiar" enemigos del gerente de la firma, sabía. Cuando intentó decirme que no sabía con quien me metía, ya lo tenía en la mira a través del parabrisas traseros de mi coche, situación que no intenté esconderle. Entonces lanzó con trémulo el "ok" que estuve buscando. No quité mis ojos de sus movimientos, como tampoco el arma apuntando a su frente, en tanto dirigí mis pasos al Mercedes. Le señalé la puerta trasera. La destrabó. Me subí observando como la mujer estaba hecha un bollo sobre el asiento delantero izquierdo, llorando sin cesar.

- ¿Tiene jacuzzi?- pregunté.

Aturdido por la situación, no me comprendió.

Repetí: - La habitación, ¿tiene jacuzzi?-

-Eeh... si, si... tiene...-

- Lo menos que esperaba de usted- añadí.

Toqué con el caño de la 9mm su hombre para que avanzara. No tuve necesidad de insistir. Veía el miedo en sus ojos a través del retrovisor. Miedo, que se convertiría en horror más adelante. Una no tan larga, pero si vibrante, única e inolvidable velada, nos aguardaba.

Capítulo 24

Capítulo XII

Me resultó muy cómica la cara de uno de los conserjes, sorprendido que un cliente reconocido de la casa trajera como bonus un hombre, a diferencia de la habitual compañía femenina del contador, quien entonces transpiraba a chorros. Por lo visto, había veces que se instalaba con hasta cuatro bellas damas en una de las mejores suites del hotel. Manuel, así era su nombre, mi miraba de arriba hacia abajo una y otra vez, sin poder disimularlo. La mujer, mucho más bella viéndola de cerca que lo que me imaginé, solo atinaba a apuntar su rostro hacia los azulejos del piso. El sorpresivo agregado era la causa del molde roto, en este caso mi persona, y en verdad debo ser sincero y decir que fue divertido vivir tal bizarra escena.

Intercambié unas palabras con Laura, cuyo antebrazo sostenía delicada pero firmemente bajo mi homónimo izquierdo, intentando que por un instante dejara de pensar en el infierno en que se encontraba. En tanto, bajo mi campera estaba mi arma en línea recta directo hacia la espalda del hombrecillo de los números, quien se parecía más bien a un conejito manso que a un mafioso consumado. Increíble cómo las circunstancias alteran las apariencias, entre otras cosas claro está.

Solicité que no nos acompañaran a la habitación, dejando un par de billetes en la mano del muchachito que nos iba a indicar el camino. No les voy a mentir, conocía el lugar. Tampoco voy a darles más detalles a este respecto. Fui el último de la fila de tres, mientras el contador era quien movía las fichas en la delantera. Este tenía una sola indicación: -Sin ascensores-

Al arribar a la lujosa, enorme habitación, los hice entrar y trabé la puerta. Les dije que tomen asiento en el sommier de dos plazas y media, sobre el cubrecama rojiblanco de matices geométricos. Me distraje unos segundos mirando unas bolas celestes similares a globos terráqueos ordenados por tamaño de izquierda a derecha, debajo del impecable televisor plano de de 40 pulgadas. Que originalidad, o falta de la misma por parte del diseñador. Elijo ésta última apreciación, sobre todo cuando todo lo demás en la suite se hallaba dispuesto de...a tres. Velas blancas, toallas, almohadones, bolas gigantes púrpuras sobre el jacuzzi.

Ambos, el contador y Laura, habían tomado posición en el borde del colchón. El, transpirando un poco menos que en la recepción, apoyó su trémula mano sobre el cabezal blanco de cuero, mientras que la otra era usada de sostén de su cuerpo. Dejó una pequeña marca al quitar sus gordos dedos del tapizado. Las huellas de las gotas que minutos antes habían corrido por su cabeza dejaron varios surcos visibles bajo la luz

blanca de las cálidas luminarias de la habitación. Me miraba nerviosamente, quitando sus ojos de mí cuando yo hacía lo mismo consigo.

Ella contaba con unas piernas absolutamente adorables, protegidas por medias de red de puntillosos detalles. Un rímel endurecido acariciaba unos profundos ojos pardos. Su vestido rojo, con cierre en la espalda, se veía mucho más sensual de lo que antes había percibido. Su cartera blanca con cierre dorado hacía juego con sus zapatos de plataforma y taco aguja. En los días actuales la moda no hace eco de esa combinación, pero yendo al grano, eso no importaba en absoluto. Los nervios hicieron que parte de ese labial borgoña se fuera esfumando a través de cada una de las muchas oportunidades en que mordió sus labios.

No les hablé durante veintiocho minutos. Cuando se cumplió la media hora exacta, hablé a Laura:

- Tu amigo es un asesino, querida. Y es probable que le llegue pronto su hora. No viste ni escuchaste nada, ¿nos entendemos? Esto nunca pasó, porque si crees que al irte de este hotel puede alcanzarte, en el futuro, alguna reminiscencia al respecto, entonces... y solo entonces, nos veremos nuevamente, y por última vez. ¿Está claro Laura?- mis ojos le confirmaron que yo no mentía.

No habló. No podía. Solo asintió con su cabeza, unas cinco o seis veces, antes que le tendiera la mano para que se levantase de la cama, ante el estupor en la mirada del contador, quien pareció derrumbarse como un castillo de naipes sobre el sommier.

La acompañé a la puerta y le susurré cerca del oído:- Si preguntan, el contador ha cambiado y prefiere los hombres-

Volvió a asentir, esta vez en dos ocasiones, presa de su garganta muda a causa del terror. Me ha tocado vivirlo, es como una mano oprimiendo tu cuello: mientras más te esfuerzas, menos consigues deshacerte de la maldita sensación. La miré por el corredor hasta el ascensor, y cerré la puerta de fina madera de roble.

El viejo, pelado y gordo criminal seguía anclado al colchón. Un contundente olor a urea señalaba que el contador se había orinado encima. No era más que otro cobarde de los que sobreabundan en este mundo. Me senté frente a él, sin dejar nunca de observar su ya lastimoso semblante.

Entonces, hice un breve pero conciso monólogo acerca de mi hijo, de quién fue, de su vida y sueños. Destruí con palabras llenas de dolor al ser que acabó con mi Arturo. El contador, atónito pero tan cruel como

siempre, no recordaba siquiera a mi hijo. Mi amado hijo...

Cuando intentó una disculpa, solo le pedí que se callara. Trató de elaborar unas palabras, pero nuevamente lo impedí, esta vez con el arma apretando su frente.

Luego de exactamente 27 minutos más en absoluto silencio, o mejor dicho, escuchando el lloriqueo casi mudo de aquel pusilánime asesino, le señalé la puerta. Era momento de marcharnos. Intentó suplicar, pero un culetazo en el estómago lo privó de su objetivo.

Pagó con su tarjeta de crédito, como era habitual, mientras yo lo abrazaba amistosamente desde atrás. Quería darle a entender al conserje que yo era el activo. El contador, que tan viril se creía, iba a dejar su peor huella en el hotel. El caño de la 9mm estuvo todo el tiempo apoyado en el medio de su rechoncho trasero, por las dudas.

El Mercedes nos aguardaba. Lo que le esperaba a él, no lo había aún decidido...

Capítulo 25

Capítulo XIII

El contador ya no transpiraba, al menos visiblemente. Debajo de sus axilas, la camisa manchada con sudor patentaba algunas de las razonables secuelas de aquellos largos, tediosos... interminables minutos vividos en el hotel. Antes de que ingresáramos al mismo ya su cuerpo comenzaba a cubrirse de excreciones dérmicas, pero fue en la habitación, donde la temperatura era por cierto cercana a los 25 grados, donde sus glándulas lo humedecieron por todos lados.

Ahora, con una mirada lánguida dirigida en todo momento hacia adelante, manejaba su bello vehículo por la madrugada brillante de la ciudad. Una niebla liviana cubría las calles, reflejando las luces de los edificios, carteles, automotores, haciendo que el cielo se asemejara a un espejo con imágenes deformes de lo estaba a sus pies.

El directivo de la firma, de vez en cuando, emanaba un suspiro lleno de hastío. Ambos nos manteníamos en silencio, cada uno cobijado por sus propios pensamientos. El audio del equipo se hallaba tan bajo, que era a duras penas audible. Gran favor me hacía, a la vista de su elección de temas (por supuesto que leía los nombres a medida que se reproducían) grabados en ese diminuto pendrive dorado que asomaba apenas del estéreo.

Los asientos del Mercedes, de cuero negro y de un diseño en extremo deportivo, eran ultra cómodos. Uno se sentía abrazado por la butaca, y no lo digo en forma literal. Demonios, eran tan confortables. El contador, acostumbrado a su uso y dadas las circunstancias, no disfrutaba de los mismos. Por momentos sus ojos recorrían la 9mm que lo apuntaba, quizás creyendo que no me percataría de ello. Lo hacía velozmente y volvía su mirada al horizonte que el parabrisas salpicado de una llovizna pasajera le ofrecía.

Por cierto, estábamos dando vueltas "en círculos" alrededor de mis barrios porteños favoritos. Si bien las palabras que usé entre comillas no eran, llevadas a la realidad en estricto sentido, las justas, me doy aquí una licencia ya que se asemejaban bastante a su definición. Recoleta, Palermo, Almagro, Balvanera, Constitución, La Boca (lugar que incomodaba al contador, para mi diversión), San Telmo, Montserrat, Puerto Madero, San Nicolás, y... la vuelta recomenzaba. En la segunda pasada, omitimos Palermo y Almagro, pero insistí en recalcar en varios sitios que conocía en La Boca. En oportunidad de la tercera, lo hice recorrer todos y cada uno de los pasajes y callejones del barrio boquense. Les puedo asegurar que el viejo estaba aterrado: su conducción era errática, y parecía que no le alcanzaban los ojos para mirar en todas

direcciones: los transeúntes nocturnos, sorprendidos por el Benz recorriendo los arrabales, tampoco ayudaban a que el conductor recobrar algo de tranquilidad.

Finalmente, y luego de un par de horas de ocio, sentí que era el momento de avanzar con el trabajo encomendado. Casi saliendo de San Telmo, sobre una de sus avenidas principales, hice que se detenga pasando un semáforo cuyas luminarias parecían haber sido recientemente reemplazadas, debido a su notable fulgor. Luego de quitarnos el cinturón, lo llevé paso a paso al baúl del auto. El sabía de su destino y solo trató de oponerse con un lastimoso -No, por favor...- insuficiente, totalmente innecesario. Me miró, y en sus pupilas noté esa avidez perturbada de quien sabe que, en caso de no hacer algo al respecto, puede estar en presencia de los últimos minutos de su vida. Lo había notado en cientos de casos antes, y éste era uno más. Dejé los buenos modales de lado: lo tomé del brazo derecho y le puse mi arma entre sus cejas: habló a Dios, a quien desconocía hasta ese instante, aumentando mi ira. Arrojé al suelo los pocos trastos que estaban en el maletero, y a pesar de sus más de cien kilos, lo introduje de un solo empujón sobre el impecable tapizado. Debido a que el tipo intentaba por todos sus medios prolongar sus extremidades fuera del auto, no me quedó remedio que mitigar sus movimientos, de la manera más sencilla y ágil: con un golpe seco con la culata de mi pistola en el parietal izquierdo de su pelada cabeza. Fin del asunto.

Lo até de manos y pies con el nudo que ustedes ya conocen, y puse una franela en su boca, encintada por las dudas. Tomé control de la nave, y me dirigí, con la radio en AM y regocijado sobre el asiento de cuero, hacia... lo que piensan es correcto: hacia la cueva.

Tranquilos, el miserable del dueño nunca abonó un servicio de seguimiento satelital para su auto: era demasiado elevado para sus números. Aparte, quién demonios (en sus cabales) querría meterse con él, ¿no? ¡Bah!

EL VIEJO me aguardaba mateando, con un trozo de pan caliente listo para compartir. Extrañamente parecía emocionado al verme: habían pasado algunos días sin siquiera comunicarme con mi compañero, y he de reconocer que la soledad a la que su profesión le obliga, esto es, como ustedes saben, cuidar de los "incautados", no era para nada una materia sencilla de lidiar. A ver. Siempre encerrado, sin casi ver la luz del día. Esperando por ese nuevo que llega, despidiendo aquel otro que por orden de la superioridad ha ser liberado; en tanto, custodiando que los hospedados no se manden ninguna macana allí dentro. Atiborrado de tiempo disponible, pero en tanta cantidad que no sabía cómo hacer uso del mismo. Ni siquiera cómo ajusticiarlo... En síntesis, veía correr sus días con una disposición "sine die" que tendía a eternizarse, o desde otro punto

de vista, a repetirse en ciclos sin fin.

Mientras me acercaba llevando delante mío al contador, pensaba en ese hombre que me veía casi sonriente y levantando la palma derecha desde la puerta. Nunca supe mucho de la vida del anciano: era viudo desde fines de los setentas (creo recordarlo diciendo que no había festejado el mundial que ganó Argentina debido a la crítica enfermedad de su amada Inés), aunque nunca tocaba el tema. Sin embargo, la sortija dorada aún brillaba en su dedo. No se la quitaría sino hasta el final de sus días.

No tenía hijo alguno, a causa de un problema en sus testículos, provocados por la patada de un caballo en el establo que su padre trabajó por años, y a quien él ayudaba ya de pequeño en las muchas tareas que se hacen en los studs. Un día tormentoso que quiso sacar a variar a "Más horrible", pues así era el nombre del potrillo, hijo de "Horrible" y de "Rayita de luz", el alazán se puso loco por los rayos que caían del cielo: en un santiamén se dio vuelta y pegó un salto estrepitoso, golpeando con la pata izquierda en las zonas íntimas del entonces muchacho. Si bien estuvo tres días en cama, nunca se enteró de las consecuencias reales del accidente, hasta que un joven médico del Hospital Italiano que portaba ampulosos anteojos de marco celeste y con la cabeza cubierta de cabello ralo oscuro, se lo afirmara en una consulta más de veinte años después.

EL VIEJO se acercó a dar una mano, concienzudamente y sin prestar atención a los movimientos del miserable que llevaba conmigo. Puedo dar fe que a pesar que no veía su rostro, pues como les dije yo iba detrás, presentí que las intenciones del contador no eran las de alguien que iba a aceptar el destino que le íbamos a dar, sin más. A pesar de no dejar de apoyar mi arma sobre su espalda, la imprudencia de mi compañero hizo que el gerente aprovechara la proximidad del anciano para rodearlo por encima del cuello con sus manos atadas: pude haber disparado, pero era posible que la bala diera alcance de igual manera a mi estimado amigo.

Una sonrisa llena regocijo cubría el rostro del gordo criminal, que se veía triunfante apretando el cuello del VIEJO con las sogas que yo mismo puse sobre sus muñecas y manos. La mirada desafiante, llena de satisfacción por el cambio de posición obtenido. Mientras, yo lo miraba sin mostrarle un signo de debilidad, pero con ambas manos en alto y el arma colgando por mi pulgar. En esos instantes, llegué a la conclusión que las suposiciones que estuve meditando en el viaje cobraban sentido. Entretanto, escuchaba algo así como un susurro que me repetía sin descanso "sus iniciales, el número de la casa y los cuatro últimos números de tu celular".

El misterio estaba resuelto. EL VIEJO ya no estaba para estos trances y el secreto del contador yacía en mi mente. La 9mm ya no pendió de mi índice. Es dable asegurarles que vio la muerte en mis pupilas. Solo un tiro

en el centro de sus ojos me fue suficiente.

El muy puto salpicó mi camisa.

(...)

¿Y al viejo qué mierda le pasa? Parece muy apenado.

No es para tanto, se dice que Dios se lleva a los buenos, pero algunos de sus ángeles nos cargamos a los verdaderos bad guys ieh! Deberían condecorarnos. Sin duda.

Capítulo 26

Capítulo XIV.

Mmmm... Me cuesta un poco entender el pesar de EL VIEJO por la muerte del truán. Es que las personas no deberían de lamentar aquellos hechos que, aunque carentes de humanidad, otorgan un bienestar directo a la sociedad, como es el caso de mi accionar con el contador. Se posee la odiosa tendencia de santificar a los muertos, cuando en vida han sido auténticas basuras. Ah no, pero muerto, debiera ser canonizado y colocado a la derecha de San Pablo. ¡Ustedes saben que es así!

Para el caso, exagero sí, pues no ha sido aquel el pensamiento de mi compañero de trabajo. Sin embargo en parte se corresponde con esa hipocresía que utilizamos para hacernos creer a nosotros mismos mejores seres humanos. "Pobrecito, se murió". Nos compadecemos de su presunta desgracia, y eso nos hace más gente. Ja ja ja ja... Qué mentirosillos somos, ¿no?

Mientras le contaba al VIEJO las conclusiones que extraje de mis horas con el contador, le pedí a que me alcanzara una de esas bolsas gigantes que tiene al fondo de una de las habitaciones de la cueva. Por supuesto, estamos preparados para circunstancias como las precitadas. Los cautivos enferman, a veces quieren escapar, en oportunidades deciden por sí mismos sacar pasaje a la otra vida. Evidentemente, no podemos permitir dejar nada librado al azar. Para ello están las bolsas. En virtud de lo antedicho, desarrollo la tarea menos peligrosa de mi profesión: la de sepulturero.

Por cierto que en esta rama del negocio soy apenas un novato con algo de experiencia: el correr de los años hizo que los patrones delegaran tareas que antes realizaba mi estimado y misericordioso camarada. Ustedes comprenden: de niño ves un pajarraco muerto en la calle y quizás juegas con un palito tocándolo, de grande el olor te da náuseas y ni siquiera quieres acercarte a un metro de distancia.

A la fosa se accedía por un camino bajo tierra. Estaba a una veintena de metros de la última habitación de la cueva. La puerta para acceder a las escaleras se encontraba oculta detrás de un armario que no era tal. Al llegar al fin del pasillo, una pesada puerta de acero era el último obstáculo entre el visitante y el mundo de ultratumba que se hallaba a continuación. No quiero dar demasiados detalles del lugar, no me interesa. Simplemente les digo que antes de usar solo ácido en los cuerpos, al parecer se usaron serruchos y otras herramientas de aberrante aspecto, las cuales se hallaban tiradas en un rincón, cubiertas de polvo, telarañas y quien sabe qué otra cosa. Por cierto, dejemos las sandeces de lado: nunca EL VIEJO me contó de algún fantasma o demonio que divagara por el lugar; ni

ruidos ni frío en la espalda, como tampoco susurros detrás de la nuca... a otro lado con ese tipo de cosas pues.

Mi "No hay problema, puedo solo" lo había dejado un poco más tranquilo. Una vez empacado el gerente, dejé los guantes con él dentro del bolsón. Lo llevé a cuestras lentamente (como pesaba el hijo de puta!), en tanto contaba los focos quemados del túnel para luego decirle a mi compañero que hiciera el mantenimiento. Quedaba aún un barril y medio de ácido, así que no debía hacer la maldita reposición por un tiempo. ¿Qué? ¿Creen que conseguirlo es tan fácil como ir a comprar aspirinas a una farmacia?

Coloqué la bolsa en la pileta. A pesar de la emanación de los vapores arto conocidos, sabía que debía agregar unos cuántos litros para que la desintegración física sea total. Lo hice con tan solo una decena más. Me volví y EL VIEJO estaba observándome en la puerta. No lo había escuchado. Tenía el mate en la mano izquierda con su brazo extendido hacía mi dirección.

-¿Dulce no?- sonrió tibiamente.

Me acerqué, agarré la calabaza y lo palmeé en su hombro: -Como siempre amigo, como siempre-

Nos sentamos en el cuarto donde mi compañero habituaba pasar la mayor parte de su tiempo. Adornado con un par de afiches de dos de los toreros más famosos de España, Manolete y Gómez Ortega. Una mesa pequeña de pino, con las patas enclenques, y dos sillas con el tapizado colorado bastante roto decoraban la habitación. Sobre una esquina se hallaba un mueble antiguo, que EL VIEJO usaba para guardar sus cacharros. Unos libros de gruesas tapas asomaban por encima del curtido aparador. Sentí curiosidad por saber de qué obras trataban, pero entre una cosa y otra me terminé olvidando de consultarle al respecto a mi amigo.

Por supuesto que había una vieja radio Winco en uno de los anaqueles, en perfecto estado de conservación. Yo también de chico escuché AM, y durante innumerable cantidad de horas. Así era mi generación. La televisión era para pocos, y mi familia no se encontraba entre las más agraciadas como para contar con una. Más allá de alto valor del equipo, es dable destacar la resistencia social que tuvo la adopción de la citada tecnología. Eran otros tiempos: costumbres, educación, vidas diferentes, estimados lectores.

Conversamos un poco de fútbol, otro tanto de turf, y sin tocar la política (EL VIEJO era ultra peronista, yo híper radical... nunca tuvo caso querer convencer al otro de su propio punto de vista) nos abocamos a las cuestiones laborales. Le comenté algunos de los encargues que había recibido: todos personajes de poca monta y escaso valor humano. Detallé pormenorizadamente mis actividades en relación a los futuros inquilinos

de la cueva. Como siempre, EL VIEJO hizo acotaciones interesantes y de una lucidez admirable. Sus neuronas seguían funcionando tan bien como hace veinte años, a diferencia de su cuerpo. Le conté de la "noviecita" de Jona, ja. Tuvimos tiempo de bromear y de dedicar algunos minutos a una breve crónica de la conducta reciente de Jonathan y su amigo.

- Hay días enteros que permanecen en silencio, solo dirigiéndose algunas palabras para saber si el otro sigue o no allí. En otras ocasiones se pasan horas hablando de lo que piensan hacer si salen de aquí.- me contaba el anciano apoyando su brazo derecho sobre la mesa, con el mate en la mano- A veces les dejo la luz encendida un tiempo más, encima de lo "permitido" ¿sabe? Es que me dan algo de pena. Los años ablandan el roble, usted me entiende-

Sonreí. - Por supuesto que lo entiendo. Ahora bien, nunca se confíe. Es difícil apagar el espíritu humano, así como ahondar en la mente e intenciones de las personas, sobre todo si se hallan confinadas don...- endurecí el tono, después de todo es parte de mi trabajo ser como soy.

- Claro, claro. Tiene razón. Mientras el orden se mantenga, la cosa va a seguir funcionando bien. Es...-

Lo interrumpo: -... y los ojos bien abiertos- señalé con mi dedo hacia esa precisa parte de mi cuerpo.

- Coincido con usted. Es evidente.- vio que miraba el mate que aún permanecía en su mano, así que se apresuró a cebar uno para mí. El también dudó de la temperatura del agua.

Vi que alrededor de su brazo colgaba ese cuellito de polar que normalmente usaba en la cabeza cuando se acercaba a nuestros "reos". Le había hecho un par de agujeros para los ojos. Le dije:

-¿Nunca se dejó ver, ah?-

Hizo una mueca rara, me contesta tocando la prenda:

-Nunca. Hay que hacer las cosas bien. No se sabe en qué pueden terminar las cosas, uno no tiene la de cristal en las manos...-

Asentí con la cabeza. Siempre sabio EL VIEJO.

-¿No le van las bufandas? Es decir, sé que también usa el cuellito en el cogote-

-Mi esposa amaba las bufandas- culminó, bajando apenas la mirada.

Seguía con el mate en su mano.

Sin embargo, no pude probar la próxima infusión. Un ruido estrepitoso que provenía de la sección de celdas nos alarmó en demasía. Hice un gesto que se mantenga sentado. Saqué mi 9mm desde detrás de mi espalda y salí presuroso, pero cauto, a fin de desentrañar que demonios estaba sucediendo.

Me moví lo más sigilosamente que pude. Las celdas se hallaban cerradas. Alex se hallaba sentado en el suelo, con sus ojos apuntando en mi dirección. No me gustó su mirada: era amenazante, e imprevisible. Jonathan estaba de pie, con unos nervios que se notaban a la distancia. Transpirado de cabeza a pies, tenía algo en su mano, un objeto que no pude determinar. Parecía algo punzante. Pensé en el viejo y en cómo pudo permitir que nuestro rehén obtuviese una pieza de ese estilo.

Jona se llevó su mano al cuello. - No puedo más – comenzó a decir una y otra vez, negando con su cabeza. Detrás, había destrozado un viejo mueble de pino contra una de las paredes del recinto donde se encontraba. La bandeja de acero en que amablemente el viejo servía las comidas diarias, junto con el plato y el vaso del mismo material, se hallaban desparramados en el suelo. El tenedor y cuchillito de plástico yacían a la par, quebrados por sus mitades.

- No puedo...- repetía. Su mano peligrosamente apretaba el puñal casero contra el cuello hasta hacerlo sangrar. El viejo, a quien nunca escuché, se hallaba a centímetros detrás mío. Puso su mano en mi espalda y dijo, serenamente: -Yo me encargo-

Lo dejé pasar. Se acercó lentamente a la celda. Llevaba el termo y el mate a cuestas.

Estando frente a Jonathan, susurró algunas palabras al muchacho. Éste lo observó sin emitir palabra alguna por unos segundos, y luego me apuntó con el índice de su mano desocupada.

El viejo giró su rostro. Me guiñó el ojo izquierdo.

-Me encargo- dijo. Entendí que debía retirarme.

Fui al cuarto y tomé asiento. Mi esposa me había enviado un SMS que no había podido revisar. Mi cuñada iba a comer a casa con su familia. Ja, siempre lo mismo. De la nada se aparecía para almorzar o cenar y así descargar sus penas con su hermana. No la soporté nunca, ni lo hago ahora. Además, pagar siquiera una botella de gaseosa, habidas cuentas que comían gratis, era algo imposible de conseguir de su parte. Así son

los parientes, uno no los elige.

Luego de más de quince minutos, el viejo volvió con su paso cansino y el termo vacío. - Ya está, se calmó. La juventud no es tan fuerte como lo éramos nosotros. No tienen esa fortaleza...- me dijo dirigiéndose a la mesa.

- ¿Está seguro que está todo controlado?- dudé.

Abrió un cajoncito bajo la mesa y sacó un par de chorizos secos. A decir verdad no había notado siquiera el cajón.

- Sí, quédese tranquilo. ¿No quiere picar un poco? Alcánceme el pan, está en esa bolsa colgado detrás suyo. ¿O tiene algo que hacer?-

Pensé en mi cuñada. Puff. Asimismo, el embutido se veía más que apetitoso. ¡Maaamita!

- Me convenció. Meta nomás. Sírvase...-

Capítulo 27

Capítulo sin nombre, ni número.

En ocasiones, más muchas que pocas, las cosas no son como se esperan.

Uno, como ser humano, se hace una idea subjetiva del mundo que lo rodea, de las personas que forman parte de su día a día.

Inconscientemente elaboramos una visión personal de... digamos, para ser breves, de la vida: como un todo, como concepto y única realidad. Lo cierto es que la manera como usted observa el mundo, como usted lo comprende, no es la misma que tiene su compañero de trabajo, su mejor amigo, ni quiera su madre o su hermano. Ese dicho que clama "cada cual cuida su quintita" es de aplicación extensiva: cada individuo mira lo que en definitiva quiere.

Pocos hacen lo que en su parte más íntima de su alma sueñan: que la vida, que el laburo, que los hijos, que la economía, que los políticos que se roban todo... se me ocurren cientos de excusas adicionales; otros en cambio fracasan: porque no lo intentan con la suficiente convicción, por comodidad, por culpa de "otros"; algunos (los más sin ningún tipo de dudas) ni siquiera lo intentan: no tienen huevos para afrontar las consecuencias de hacer una puta vez algo valiente en sus vidas.

El peor error que todos, y me incluyo, podemos cometer, consiste en la práctica del autoengaño. Es el cáncer de nuestra sociedad. Nos convencemos de nuestras mentiras. Todos, en mayor o menor medida, somos mitómanos. ¡Ah! ¿Dices que tú no lo eres? Déjame interrumpir tu pensamiento: Esa afirmación ya te incluye, en consecuencia, mi lector. Ya sea por hacer lo que el resto hace, en ocasiones por la insistencia de ese diablito que nos habla desde adentro, o por mero confort, debido al facilismo que trae aparejado, terminamos con la mano derecha levantada jurando eterna lealtad a la mentira. Esa que es fiel, y nunca nos abandona.

Así, el mundo convive con la gran pesadilla de nuestros días: la compasión para con nosotros mismos. Mostramos los ojitos, dilatamos nuestras pupilas a más no poder, como el gato con botas en la película del ogro. Ja.

Pero enfrente, nos tenemos a nosotros mismos. Y nos 'comemos' el papel que con tanto ahínco actuamos. ¡Oh, dónde estás mi Dios!... Somos los incomprendidos, los lastimados. Siempre. Ahora bien, pero... ¿Y los otros? No vives solo en esta cruenta sociedad. ¿No quieres pensarlo antes de...? ¡Ah, ya tienes tu respuesta!: "¡A quien carajo le importan los demás!" "¡Nadie se ocupa de mi dolor!"

Sepan dispensar a este viejo. La lluvia lo pone melancólico.

¿Jonathan?

Jonathan, el jovencito talentoso, convenció al viejo. Lo cansó hasta el hartazgo con la pretensión de su inocencia y sus sueños rotos. Pobre. No podía ver más allá de lo que su "punto de vista" le dictaba. O sus ganas de vivir.

El viejo aceptó la propuesta, pero a su manera. ¿Qué propuesta?

Podemos plantearlo de esta manera.: ¿Y si el viejo se convirtiera en juez y parte? Está viejo, tiene derecho a cansarse de la mierda.

El viejo mira a Jonathan. Tiene esposas, pero está fuera de la celda. Encerrado, se halla su captor.

El viejo piensa. Lee en el celular ajeno una parte de esta crónica.

El viejo ya no quiere ser el actor de reparto.

En este mismo instante, el que yace cautivo está en absoluto silencio. No comprende nada. Jonathan tampoco, mucho menos al ver el rostro del viejo. Entre tantas cosas que deben estar pasando por su cerebro, se debe estar preguntando si lo dejarán libre. El viejo, en tanto, sigue leyendo, tranquilamente, sentado con las piernas cruzadas. Con la radio Winco encendida. De vez en cuando mira de reojo a ellos, quienes que esperan ansiosos su accionar.

A el viejo no le está gustando lo que lee. El viejo ya no quiere ser llamado nunca más el viejo.

"Lo importante no son los años, sino cómo se llevan"

Saca el chip del Smart de Jonathan, se lo alcanza. Igualmente, no hay señal en la cueva. Jonathan lee y sonrío, ya sea por la rusita, ya sea por Fabi.

Señoras y señores, el narrador ha dejado de ser lo que era. El oficinista y el secuestrador han quedado atrás. La especulación está cerca de su final.

El que ahora escribe, se hace llamar Manuel Eulario Flores. Tiene sus años, unos cuántos, pero para nada se siente anciano. Ni viejo.

Se define a sí mismo como un laburante, hombre de familia, que guarda el duelo por su difunta mujer, un tipo como cualquier otro.

Sepan también que, al parecer, supo ser más inteligente que los que menospreciaban su raciocinio, aspecto físico... su naturaleza.

¿Quién es Manuel?

Es ahora su humilde servidor. Solo deben procurar responder a Manuel esta pregunta: ¿les interesa conocer su verdad?

Tomen su tiempo.

Más tiempo.

...

...

...

Listo.

Los que duden, dejen este manuscrito de una vez y quédense con lo que los que cogían la pluma les contaron. Dice Manuel que pueden irse al mismísimo demonio.

-----XXX-----

Para el resto, gracias. El Sr. Flores les agradece su tiempo y tan acertada decisión.

Manuel es uno de los porteros de La Firma. Es uno de los sencillos trabajadores, el que vigila las instalaciones y ayuda con la limpieza de la empresa. Es uno más.

¡Eu!. Manuel los escucha. Los ve. Esa sonrisita suya está más. Sino, olviden que Manuel les cuente qué es de la fortuna y negocios del difunto contador. O que les confiese si se puede determinar, conforme a lo que Jonathan escuchó y lo que Manuel sabe, la ubicación del gran botín. Ese que los jefes que quieren y pagaron tanto por conseguir. Flores ya tiene un plan sobre lo acontecido. Sí que lo ha tramado en una forma que roza

lo brillante. Manuel solo desea asegurar su retiro, después de todo.

Ahora mismo, Manuel está cansado de tanto ajetreo. Necesitaría una de esas curas de reposo que daban en el Berghof. Pero no está en Alemania, ni es Hans Cartop. Se halla en La Cueva y se apresta a seguir escuchando una versión orquestal de una canción, instrumental por cierto. Always with you, always with me. En Si Mayor. En tres cuartos. Uno boccone diel prete (para aquellos que ignoran, no es originalmente "boccatto di cardinale").

Si, luego de esa Manuel se pone con la 4 en 6 de Montgomery. Y para el mate deja a Piazzolla.

¿Chino básico para los lectores? Manuel espera que no. Igualmente, él les solicita que no se esmeren demasiado. Ello importa lo mismo que... un bledo. Hay cosas más importantes. Como el amor por la Señora Mirta. Como acostumbrarse a las cicatrices que la vida deja. Como el sr consciente de dónde se viene y nunca olvidarlo. La calle tiene su ley, como Titán sabiamente afirmó en "El campeón olvidado"(1). Hay que adaptarse o te come pedazo a pedazo. Vean sino: el contador cambió su pasión por gloria, esa que el dinero en exceso y el poder consecuente, carente de medida, le otorgaron.

Manuel está viejo, pero no lo siente así: se los reitera una vez más, se halla muy vivo por dentro. Es él quien lo está afirmando, de puño y letra. Quiere seguir con su vida. Sabía que esto debía terminar de una vez. Y terminó.

Manuel sonrío. Toma un sorbo agua del vaso sucio, con la de la presión. Mira un libro gordo tapado de mugre arriba de la heladera. Le da un golpecito. Se pone serio. Sigue recordando de mala manera la madre de Fiodor, escritor. Nunca superó que Anna Karenina(*), la más valiente dama rusa, se arrojara debajo del tren. Y ni Vronsky, Sergio, Alekséi Aleksándrovich, Manuel ni nadie puede hacer algo al respecto. Al demonio con los literatos moscovitas.

Otro día Manuel continuará con la escritura. No hoy. Tiene aún mucho que hacer. Y luego del clonazepam y de descansar, mañana le toca, como cada día, ser el sereno de La Firma.

(1): texto completo en <http://megustaescribir.com/obra/leer/57807/el-campeon-olvidado>

() Dicen que la memoria es como un mal amigo: cuando más se la necesita, te falla.*

Capítulo 28

Next level...

EDITAR TODO ESTOOO